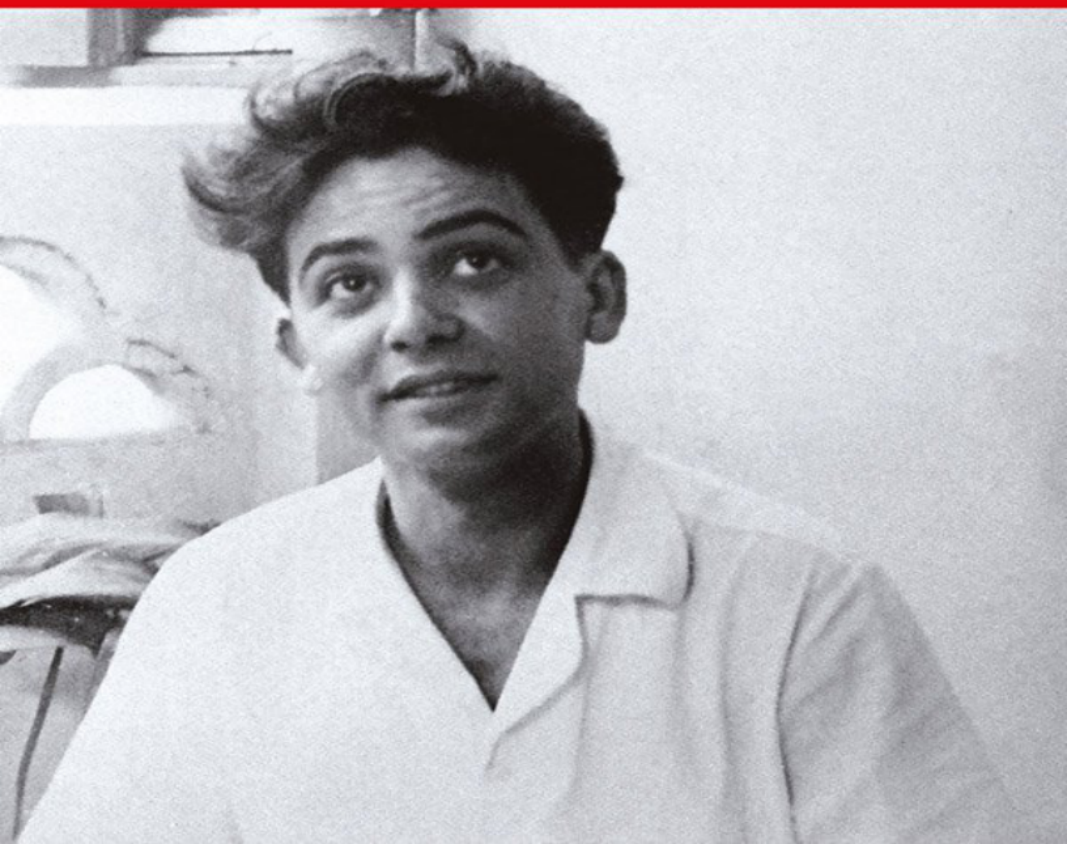
Michèle Audin

UNA VIDA BREVE

PERIFÉRICA



UNA VIDA BREVE

MICHÈLE AUDIN

TRADUCCIÓN DE PABLO MOÍÑO SÁNCHEZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

LARGO RECORRIDO, 155

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2020
TÍTULO ORIGINAL: *Une vie brève*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© Éditions Gallimard, 2013
© de la traducción, Pablo Moíño Sánchez, 2020
© de esta edición, Editorial Periférica, 2020. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN:978-84-18264-69-6

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Para ella
Para ellos

[…] el papel del escritor no está exento de difíciles deberes. Por definición, no puede ponerse hoy al servicio de los que hacen la Historia; está al servicio de los que la sufren.

ALBERT CAMUS, discurso de Suecia,
10 de diciembre de 1957.[1]

0

En este libro se habla de una vida breve. No de la de un desconocido elegido al azar, por haber visto su foto o su sonrisa en un periódico viejo, sino de la de mi padre, Maurice Audin.

Puede que ya se hayan topado con su nombre. Puede que hayan oído hablar de lo que se conoce como «el caso Audin».

O puede que no.

Lo digo desde el principio: no es de ese «caso» de lo que quiero hablar aquí. Por lo demás, no veo qué podría añadir a una verdad también breve y brutal: en 1957 Maurice Audin tenía veinticinco años, fue arrestado durante la batalla de Argel, fue torturado por el Ejército francés, fue asesinado, se organizó un simulacro de evasión y se hicieron desaparecer las huellas de su muerte, como determinó la investigación que llevó a cabo Pierre Vidal-Naquet entre 1957 y 1958. Nada nuevo aprenderán aquí acerca de dicho caso. Ni el mártir, ni su muerte ni su desaparición son el tema de este libro.

Todo lo contrario: de la vida, de su vida, de una vida cuyas huellas no han desaparecido por completo, pretendo hablarles aquí.

ANTES

1

Átomos de carbono, de oxígeno, de hidrógeno, su asociación en moléculas de agua, de metano o de dióxido de carbono, el caldo primigenio, moléculas más complejas y después cadenas de ADN, células, las relaciones sociales entre clases, la llegada del telar de Jacquard a los talleres de seda lioneses, el éxodo rural, la expansión colonial, los encuentros esperados, la filoxera y sus efectos colaterales en la viticultura argelina, la guerra de 1914 y sus efectos colaterales en las matemáticas francesas, el encuentro fortuito, improbable, con o sin intervención del demonio de Maxwell, de un obrero lionés y de una campesina argelina, de un militar y de una criada, la crisis de 1929, enfermedades infantiles, el movimiento independentista en Túnez, el azar, la necesidad, un poco de ternura o un momento de amor, todo eso se había conjugado, mezclado, unido para hacer que él existiera, brevemente, veinticinco años y cuatro meses, ni siquiera sabemos decir el número exacto de días, brevemente pero lo suficiente como para haber dejado algunas huellas, tenues, pero huellas.

2

Sus padres, mis abuelos, se conocieron en Argel, a principios de los años veinte. Su madre era una joven de pueblo, de una familia de seis hijos. Había perdido a su padre a los siete años. Primero se colocó como criada cerca de su casa, en Koléa, a treinta kilómetros al suroeste de Argel, cuando tenía sólo catorce años, y después, a los diecisiete, en una familia adinerada, en pleno centro de Argel, en la rue Dumont d'Urville. La hija de la familia Videau, de la que fue criada habitual, estaba casada con un tal capitán Péronnet cuyo ordenanza era el joven militar que acabaría siendo mi abuelo. Señalaré que este capitán llegó después a coronel y que uno de sus

hijos, Francis Péronnet, fue alcalde de Boufarik, asesinado en 1962 «por los *fellaghas*» argelinos, lo cual es una digresión y una anticipación al mismo tiempo.

La casa de los Videau disponía de un servicio doméstico bastante numeroso: cocinera y ayudantes de cocina, nodriza, chófer, criadas. La fortuna familiar provenía de los viñedos de la Mitidja, que durante aquel periodo habían hecho ricos a muchos colonos; aquí podríamos aludir a la filoxera en las viñas metropolitanas.

El apuesto militar no dejaba indiferente a ninguna de sus jóvenes empleadas, pero era a Alphonsine a quien había elegido. Más tarde, ella misma contaría de buena gana su historia, acompañándola de comentarios con implicaciones morales, ya que de todas aquellas chicas ella era la más inteligente, y eso fue precisamente lo que a él le gustó.

El ordenanza y la criada, Louis Audin y Alphonsine Fort, sus padres, mis abuelos, se casaron en Koléa el 12 de junio de 1923. En el libro de familia, mi abuelo figuraba como «empleado» (había conseguido un empleo de guardabosques) y mi abuela, pese a que trabajaba desde los catorce años, como «sin profesión». Cabe la posibilidad de que ella considerase dicha mención como un ascenso social.

Mi abuelo había empezado a aprender a leer al llegar al ejército, donde se había alistado el día que cumplió dieciocho años, en 1918. Mi abuela no era analfabeta: tenía el certificado de estudios primarios e incluso había soñado con ser maestra, de modo que ella acabó de enseñarle a leer. La educación religiosa del joven también dejaba mucho que desear, pues, aunque su madre había tenido tiempo de bautizarlo antes de morir, no había hecho la primera comunión. Para mi abuela, aquello hacía imposible la boda. Así que él fue seis meses a catequesis, hizo la comunión, y ella lo aceptó.

Tengo una fotografía de la boda de mis abuelos, en el año 1923. Para ser precisa, debería decir que lo que estoy mirando mientras escribo estas líneas es una reimpresión realizada por un fotógrafo a petición de mis padres, que querían regalársela a mis abuelos el 12 de junio de 1957 por su aniversario de boda, y que yo fotografié a mi vez.

3

Su apellido, Audin, el apellido de su padre, mi abuelo, es un apellido francés común, pero está particularmente extendido en la región

lionesa, todavía hoy, como muestra una rápida búsqueda en las guías telefónicas (o en donde queramos). En efecto, su padre venía de una familia de obreros de Lyon.

Mi abuelo estuvo en París entre 1916 y 1918, llegó a dormir bajo algunos de sus puentes y desempeñó diversos trabajos menores, por ejemplo en los almacenes Félix Potin. Al enrolarse en el ejército lo mandaron a Marruecos. Más tarde, hacia 1930, fue pasante en Marsella y después partió hacia Túnez. Hubo otros lugares más. Pero él siguió siendo «lionés».

La familia de mi abuela, la madre de mi padre, estaba instalada en Argelia, cerca de Koléa, en la Mitidja, desde la década de 1850. Estos campesinos habían llegado hasta allí, unos procedentes de Saboya (con sus vacas), otros, del Piamonte. En este punto cabe señalar que había quienes mostraban reticencia a hablar de ellos: entre los *pied-noirs*, tener orígenes italianos no constituía motivo de orgullo. Habían desecado pantanos, desbrozado terrenos para convertirlos en campos fértiles, excavado canales de irrigación, plantado trigo, algarrobos, eucaliptos, olivos, naranjos y vides.

Mi abuela era de procedencia campesina, aunque también fue obrera en Lyon, en torno a la crisis del año 1929: allí pudo comprobar que la vida es mucho más dura para los pobres de la ciudad que para los del campo. Nada crece entre los adoquines, solía decir.

4

La crisis de 1929 fue un macrofenómeno económico. Transformó muchas vidas, la de la familia de mi padre en particular. Su padre había perdido el empleo y no había trabajo. La familia vivió un tiempo del salario de su madre, que sólo tenía un puesto de media jornada en una fábrica textil. Pero eso no es más que un microfenómeno.

Se trata de un tiempo muy próximo y, sin embargo, muy lejano. ¿Cómo imaginar la vida de personas a las que nos parecemos tanto en un mundo tan distinto? Digamos, antes de los antibióticos. ¿Cómo se vivía sin penicilina? Bueno, pues se moría; por ejemplo, de septicemia tras dar a luz, como mi abuela materna en 1934. ¿Cómo se vivía sin vacuna contra la difteria?

En la segunda mitad del siglo XIX, la difteria era la primera causa de mortalidad infantil. Aparece con el nombre de «crup» en *La educación sentimental*. Flaubert se había documentado, había pasado tiempo en los hospitales; pudo describir con precisión los síntomas

que presenta el hijo de la señora Arnoux. La vacuna no se desarrolló hasta principios del siglo XX; la vacunación se hizo obligatoria en 1931 para los jóvenes que hacían el servicio militar y, en 1938, para todos. Antes de eso, sencillamente, los niños morían. Aunque no todos. En la novela de Flaubert, el niño se cura. Morían más, desde luego, los niños de eso que se llamaba «las clases trabajadoras».

A partir de finales de la década de 1930, los niños de mi familia y sus madres dejaron de morir: consecuencia de las vacunas, de los antibióticos, de la mejora en las condiciones de vida y de higiene, o de la mejora del nivel social de la familia, no lo sé.

5

Esos años, los años en que los padres de mi padre se conocieron y se casaron, haciendo posible que él llegara a nacer, las matemáticas francesas también estaban en el limbo: el limbo en el que las había sumido la Primera Guerra Mundial. Algunos de los que desempeñarían un papel en su corta vida dentro de la disciplina ya ejercían. Joseph Pérès, futuro decano de la Facultad de Ciencias, había defendido la tesis en 1915, y dicha tesis fue la última hasta la de Gaston Julia en 1917. Muchos otros, como René Gâteaux, habían muerto sin terminar las suyas. Julia era un superviviente de la masacre, envuelto en una inmensa y ambigua gloria donde se mezclaban sus brillantes trabajos sobre las funciones de variable compleja y la herida atroz que había recibido en el rostro, inimaginable bajo la máscara de cuero que la disimulaba y que al mismo tiempo la hacía más evidente.

Albert Châtelet ya empezaba a abandonar la aritmética por la administración. René de Possel y Pierre Honnorat, alumnos de la Escuela Normal Superior, que serían profesores suyos en la Universidad de Argel, se movían en la órbita de otros jóvenes como André Weil, Henri Cartan y Jean Leray, que se harían más famosos. Cada cual a su manera, cada cual en su medida, todos ellos iban a participar en la renovación de las matemáticas. Comenzaban a formarse frecuentando el seminario de Jacques Hadamard en el Collège de France.

Laurent Schwartz, por su parte, no era más que un niño.

6

De esa familia, la de su padre, viene mi apellido; de esa familia, la de su madre, viene mi tercer nombre, Adeline, que era el de su abuela materna, de soltera Tonolo. Puede que también tenga los «codos ganchudos» de los que su madre se quejaba, al igual que mi hermano Louis tenía sus «orejotas». Tengo el mentón de mi madre, lo reconozco en los espejos, pero no sé qué tengo de él que sea reconocible. De esta familia viene también una parte de lo que sé de él.

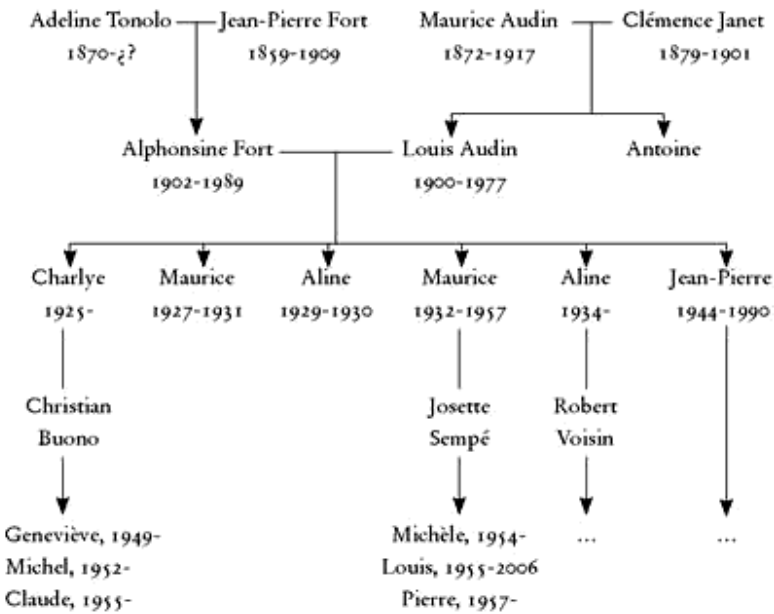
La familia de mi padre no «se remonta» a las cruzadas, ni a Luis XV, ni siquiera a Napoleón. O mejor dicho sí, por evidentes razones lógicas y biológicas. Pero antecedentes en la historia de Francia, como decía Rimbaud, no tenemos (tampoco los tenía Rimbaud). El libro *Le monde retrouvé de Louis-François Pinagot* [El mundo recobrado de Louis-François Pinagot], en que el historiador Alain Corbin parte tras las «huellas de un desconocido», empieza así: «Louis-François Pinagot existió. El registro civil da fe de ello». Como a Louis-François Pinagot, a los antepasados de mi padre sólo los conocemos a través de fechas y nombres en fichas del registro civil, al ser éste la única prueba de que existieron.

La abuela paterna de mi padre, Clémence Janet, es uno de esos seres sin destino. Su partida de nacimiento y su libro de familia nos cuentan que nació en Tournus, de un padre cantero y una madre costurera. Tenía diecisiete años cuando se casó, en Lyon, en 1897. Era «empleada de la seda», así que trabajaba en un taller de seda, pero no soy capaz de entender qué quería decir eso exactamente en 1897. Estaba embarazada cuando se casó, ya que seis meses después trajo al mundo a un pequeño Antoine que sólo vivió dos semanas. De todos los niños muertos de los que se hablará en este libro, Antoine Audin es el que dejó menos huellas; no he podido resistirme a calcular que habría cumplido dieciocho años en 1915, justo a tiempo para participar en el «espantoso holocausto». La propia Clémence murió en el hospital en enero de 1901. Su hijo Louis, mi abuelo, no tenía siquiera un año. Ella tenía veintiuno.

De todas las mujeres de la familia de las que he encontrado referencias en los documentos del registro civil, ella es la única no considerada «sin profesión».

Tras la muerte de Clémence, su marido, mi bisabuelo, que se llamaba Maurice Audin, volvió a casarse. Cuántas veces habré oído a mi abuela decir que aquel nuevo matrimonio se había producido «mucho después» y que Maurice se había casado con una mujer «apenas mayor que su hijo…», cuando en realidad resulta que su matrimonio con Louise, una lavandera a la que llamaban «la Louise», tuvo lugar cuatro años después de la muerte de Clémence. En 1905, mi abuelo sólo tenía cinco años. A veces los recuerdos familiares están sesgados.

La partida de nacimiento de este primer Maurice Audin, mi bisabuelo, no contiene la fecha de su muerte. Murió en 1917 de una tuberculosis que contrajo en el ejército, de manera que fue una de las víctimas de la carnicería que resultó ser la Primera Guerra Mundial. Pero él no es uno de los «muertos por Francia», así que no figura en el sitio de internet «Memoria de los Hombres» del Ministerio de Defensa. Sin embargo, allí sí aparecen soldados muertos de tuberculosis o de gripe española. Sus familias estaban mejor informadas. Ni siquiera el registro civil es igualitario: nadie pidió la mención «muerto por Francia» para Maurice Audin, obrero lionés.



BÉJA, 14 DE FEBRERO DE 1932

7

El primer niño varón que trajo al mundo mi abuela recibió el nombre de Maurice. Mis abuelos lo habían decidido antes incluso de su boda: el primero de sus hijos se llamaría como su abuelo paterno. Me acuerdo de una fotografía de un niño con pelele, con larga melena rubia: «Mi pequeño Maurice», decía mi abuela, y yo creía que hablaba de mi padre. Pero no. El primer pequeño Maurice de mi abuela, otro niño nacido en 1927 y muerto en 1931, no dejó casi ninguna huella.

8

Y cuando nació mi padre, un año y un día después de la muerte de su hermano, su hermana mayor creyó que era su hermano pequeño muerto que regresaba; a él también lo llamaron Maurice y le dieron un segundo nombre, Jean, como a su hermano muerto (no sé por qué Jean).

Extracto de la partida de nacimiento

de Maurice Jean, AUDIN

El año mil novecientos treinta y dos y el quince de febrero a las quince horas,

Ante nos, Penet Paul, auditor civil en Béja en calidad de cónsul de Francia y de funcionario del registro civil,

Compareció:

Louis Audin, jefe de brigada de gendarmería, en Béja, de treinta y dos años de edad, quien nos presentó a un niño de sexo masculino, nacido el catorce de febrero del corriente a las veintitrés horas, en Béja, del citado declarante y de su esposa, Alphonsine Fort, de treinta años de edad, sin profesión, con la

que reside, un niño al que ha declarado dar los nombres de Maurice Jean.

Y tras la lectura hecha, el declarante firmó con nos la presente acta.

[Y en efecto, firmaron los dos, incluso dos veces, porque había una tachadura, al haber registrado antes el citado Paul Penet «brigadier» en vez de «jefe de brigada» como profesión de mi abuelo.]

Menciones al margen

Contrajo matrimonio el 24 de enero de 1953 en el ayuntamiento de Argel con Josette Marie Léonie Sempé.

A quien corresponda, Bizerte, el 27 de febrero de 1953

[Firma del secretario jefe]

Fallecido en Argel (Argelia) el 21 de junio de 1957, acta transcrita en el consulado de Francia en Argel el 5 de octubre de 1966.

Así sabemos que nació a las 23 horas. Nació en casa. Mi abuelo no quería ni oír hablar de hospital, ya que su madre había muerto en uno. Es posible que, en los años treinta, al igual que el hecho de declararse «sin profesión», dar a luz en casa se considerase una señal de promoción social. ¿Los muy pobres en el hospital, los menos pobres en casa? No lo sé. Muchos niños de familias judías pobres nacieron en el hospital Rothschild, en París, en esos años; lo leí en una novela de Patrick Modiano. Georges Perec nació también en una maternidad parisina. Mi madre nació en casa y, puesto que es de él de quien estamos tratando, mi padre también.

Sé que el médico, porque había un médico en Béja (incluso sé que se llamaba Le Faucheur), vino a ayudar a mi abuela en el parto y también sé que la ayudó cuando hubo que cuidar al bebé porque ella, no es de extrañar, se alarmaba a la menor fiebre.

No se hacían muchas fotografías en aquella época. ¿A quién se parecía aquel recién nacido? ¿Nació con la cabeza deformada? Si tenía pelo y de qué color, nunca lo sabré. De adulto era moreno, pero había tenido, de niño, el pelo más claro. Si su madre lo amamantaba, si estuvo muy enfermo, si lloraba a menudo por la noche, a qué edad le salió el primer diente, cuándo caminó, cuándo habló, tampoco sé nada de eso. Conformémonos con esa información en bruto: era el 14 de febrero de 1932, y nació.

9

Al mismo tiempo que él, nacía una idea de lo que serían las matemáticas de aquel siglo, del siglo XX. Los jóvenes matemáticos defendían sus tesis, hacían el viaje a Alemania, un poco como en otros tiempos los pintores europeos habían hecho el viaje a Italia. Tras un largo y esterilizador periodo de boicot, se podía, en efecto, hablar de nuevo con los científicos alemanes y, si seguían participando en el seminario de Jacques Hadamard en el Collège de France, los jóvenes organizaban con Gaston Julia, quien también había ido a Alemania, un seminario temático como los que habían frecuentado en las universidades alemanas y al que llamaban «seminario Julia». René de Possel, de quien cabe señalar que había tenido un hijo en 1932, dio la primera conferencia sobre integración, y después la primera conferencia sobre los espacios topológicos. Con Henri Cartan, André Weil y otros, participó en la fundación del grupo Bourbaki, que tendría una profunda influencia en las matemáticas.

Jean Leray participó también en el seminario Julia, aunque no así Laurent Schwartz, quien entonces era alumno de la Escuela Normal Superior de París. Todavía era muy joven. Pero pronto iba a aprovechar lo que sus mayores habían discutido en aquel seminario, en el instituto Henri Poincaré, durante las comidas en los cafés del barrio latino y, después, en los congresos Bourbaki.

10

Cuando nació mi padre, la familia, integrada por su padre, su madre y su hermana mayor, vivía en la gendarmería de Béja, en Túnez. He encontrado y estudiado un plano de Béja que data de esa época, en concreto de 1928. En él se ve claramente la gendarmería, en lo alto de la «ciudad árabe», rodeada toda ella de murallas bizantinas. También sé que allí las comodidades eran más bien escasas: no había electricidad, tampoco había agua corriente, pero había fuentes.

Inmediatamente después de su matrimonio, mi abuela había perdido a un primer bebé que ni siquiera llegó a nacer, un niño que llevó muerto en su interior, tras una crisis de paludismo. Fue un aborto espontáneo, un malogro, no un parto. Después tuvo una niña, Charlye, un Maurice, y una Aline que murió de difteria y que no dejó muchas más huellas que el pequeño Antoine, de quien habría sido sobrina. De ella puede que ni siquiera hubiese fotos. Luego murió, en Zaghouan, el primer pequeño Maurice, que era el segundo hijo de mi abuela.

El Maurice de 1932 era el cuarto hijo vivo que ella traía al mundo. Tal vez el parto fuera rápido y poco doloroso, pero hay algo casi seguro, y es que ella no habló de eso, ni siquiera a su hija Charlye, por quien supe casi todo lo que escribo aquí sobre la familia en aquel periodo; mi abuela no hablaba de esas cosas.

Siempre me impresionó mucho la coincidencia de las fechas de nacimiento en febrero en mi familia: mi abuelo el 13, mi padre el 14, mi madre el 15. Hace poco tiempo me di cuenta de que el primer pequeño Maurice había muerto el 13 de febrero de 1931, el día del cumpleaños de su padre.

No cabe duda de que el nacimiento del segundo pequeño Maurice fue un bonito regalo de cumpleaños para mi abuelo, que el día anterior había cumplido treinta y dos años.

El bebé fue bautizado. Su padrino era Paul Canamas, el marido de Pierrette, hermana de mi abuela. Ni mi madre ni mi tía Charlye se acordaban. Fue la hermana pequeña de mi padre, mi tía Aline, quien me lo contó. Pero quién fue su madrina hasta Aline lo ha olvidado. El bautizo se celebró el 19 de junio de 1932 en Koléa, lo que significa que la familia había hecho el viaje, de Béja a Koléa, setecientos cincuenta kilómetros por carreteras no muy fáciles, con una niña de seis años y medio y un bebé de cuatro meses. En efecto, la familia se encontraba en Argelia, como muestra, entre otras cosas, una foto de grupo tomada en 1934 en la «granja Charrier» (en casa de Marguerite, hermana de mi abuela).

11

De las noticias de febrero de 1932, guardo en la memoria la muerte de Ferdinand Buisson, fundador de la Liga de los Derechos Humanos; una conferencia mundial sobre el desarme en Ginebra, de la que hoy es fácil decir que no fue muy eficaz; el registro de patente de invención del pasapurés; pero no recuerdo los Juegos Olímpicos de Invierno que se celebraron en Lake Placid (los deportes de invierno, en los entornos y países en que vivía su familia, no debían de despertar mucho interés). Y, en cuanto a Túnez, que era un protectorado francés, bueno, pues el partido Destour, que reclamaba la emancipación del pueblo tunecino del yugo de la esclavitud (pues también se podría describir el «protectorado» en esos términos), estaba ya muy activo, y me parece haber oído decir a mi abuela que Bourguiba estaba entonces en arresto domiciliario y que era asunto de la gendarmería de Béja, pero no he encontrado confirmación de este hecho.

Nació en Béja, Túnez, a cien kilómetros al oeste de la capital. Cómo se vivía en Túnez en aquellos años me resulta difícil imaginarlo, y no sólo porque nunca haya pisado ese país. A su padre, que había acabado siendo gendarme -definitivamente había crisis y definitivamente no encontraba trabajo-, lo habían enviado primero a Zaghouan, tras unas prácticas en Marsella. Zaghouan se encuentra a ochenta kilómetros al sur de Túnez, y allí fue donde la primera pequeña Aline y luego el primer pequeño Maurice fueron enterrados. Mis abuelos no tenían ninguna estima por el médico de aquel lugar. Los recuerdos de Charlye al respecto repiten literalmente lo que yo misma oí contar a mi abuela. La quinina, una palabra que siempre me recuerda a mis abuelos, debido a las historias que repetía mi abuela, la quinina (que me hacía pensar también en la quina que elaboraba mi abuelo con cáscaras de naranja), único medicamento conocido por el médico de Zaghouan, decía ella, repetía ella, la quinina, un remedio eficaz contra el paludismo. Pero ¿y contra la difteria? Así que en Zaghouan había un médico, sin ninguna duda un médico francés, al que imagino necesariamente alcohólico, como el personaje interpretado por Gérard Philipe en *Los orgullosos*, porque mi abuela lo daba a entender (no que se pareciera a Gérard Philipe, sino que era alcohólico o que tal vez se drogaba). Lo que es seguro es que aquel médico era responsable de un territorio inmenso en el que la única farmacia era el «baúl» (como se decía entonces) de su coche, y aquel médico había enviado a mis abuelos a Túnez en taxi con su pequeña Aline y su angina diftérica. «No se admiten muertos», les dijeron cuando llegaron por fin al hospital con un cadáver infantil en los brazos. Había muerto de camino y se la llevaron de vuelta a Zaghouan.

Así era la vida para la familia de un gendarme francés, en Túnez, en 1930. Por su parte, el pequeño Maurice murió de paludismo. Charlye se acuerda: la enfermedad lo hizo sufrir y delirar durante trece días antes de acabar con él.

En 1935, enviaron a su padre todavía más al oeste, a Aïn Draham.

DESPLAZAMIENTOS

13

Ésta es, por orden cronológico, la lista de los lugares en los que vivió su infancia: Béja, Aïn Draham, Bayona, Koléa, Toulouse, Argel, Autun, Hammam Righa. A cada uno de estos lugares se asocia un pedazo de su historia, un pedazo de Historia.

La salida de Túnez y el desplazamiento de la familia a Bayona, en 1936, fueron consecuencia de la política del Frente Popular: en Francia se llamó a filas a los gendarmes que habían sido utilizados por la política anti-Destour. De modo que la familia vivía en Bayona cuando estalló la guerra. Tras el armisticio de junio de 1940, mi abuela y sus tres hijos atravesaron la línea de demarcación de Orthez para reunirse con mi abuelo en Toulouse, donde lo habían desmovilizado. Después vino el barco de Port-Vendres, en el que viajaron el 15 de septiembre. Mi abuela y sus hijos desembarcaron en Argel, donde el autocar los llevó a Koléa. Vivieron allí unos meses, con la familia de mi abuela. En cuanto mi abuelo pudo reunirse con ellos, volvieron a Argel y se instalaron en el apartamento de la rue Barbès, número 6, donde mis abuelos vivirían hasta 1962. Mi padre estudió interno en Hammam Righa, a unos cien kilómetros al suroeste de Argel, de 1943 a 1946, y luego en Autun, tras la liberación, donde se quedó hasta los dieciséis años.

14

He visto muchas fotografías viejas, algunas en marcos o en álbumes, otras más o menos ordenadas pese al desorden. Las he examinado, las he revuelto, las he fotografiado para agrandarlas y no perder nada de la información que pudieran contener.

De su infancia hay dos que están en un marco en casa de mi madre. En una de ellas tiene el pelo largo y claro; la tomaron en un

jardín, seguramente el de la gendarmería de Béja donde, recuerda Charlye, mi abuela cultivaba flores que llevaba a las tumbas de sus hijos muertos. Es quizá la primera foto de él, por tanto, con dos o tres años; en la otra, que no sé cuándo (ni dónde) se tomó, antes de 1936 o después, en el jardín de Bayona o en otra parte, debe de tener cuatro o cinco años, lleva pantalón corto y un sombrero blanco, una especie de gorro de pescador, y se parece mucho a sus fotos de adulto.

También he tratado de recuperar, de reconstruir, para poder asegurar más que imaginar. De Clémence, su abuela, tanto tiempo después de su muerte, no llego a saber nada más que lo que dice el registro civil, pero de mi padre, aunque sea ya muy tarde, aunque muchos de quienes lo conocieron, que habrían podido hablarme de él, hayan muerto, yo habría podido averiguar algo más, corroborar, confirmar lo que recordaba haber oído decir por unos u otros. He utilizado un texto escrito por su hermana Charlye, que ella misma me envió hace unos años. Son sus recuerdos de infancia y forman el fondo de lo que sé, no sólo sobre los hijos perdidos de mis abuelos, sino también sobre la infancia de mi padre. La tradición familiar a la que a veces hago referencia tiene un componente oral (lo que mi abuela contaba o, más exactamente, lo que recuerdo que mi abuela contaba, lo que mi madre me dijo), un componente iconográfico (las fotografías) y un componente escrito (los recuerdos de Charlye). Cuando empecé a pensar en este libro, creía conocer todas las «fuentes» familiares escritas. Pero no era así.

Conmovida por el resultado de las operaciones que había hecho en las fichas del registro civil de Clémence, un día le dije a mi madre que había dado con «la pobre Clémence». Unos días después, fui a visitarla y encontré, en la mesa de su comedor, un fajo de hojas mecanografiadas. Pregunté de qué se trataba. Eran recuerdos que mi abuela había puesto por escrito a vuelapluma, en 1979, y que inmediatamente mi hermano Pierre había hecho legibles pasándolos a máquina. Por qué ignoraba yo la existencia de aquellos papeles no conseguí entenderlo; pero por qué apareció ese texto, justo en el momento en el que lo necesitaba, sí puedo explicarlo. Sin preguntarme dónde había descubierto a Clémence, mi madre se puso a buscar. Como yo había empleado la expresión «la pobre Clémence», y eso iba bastante con el estilo de mi abuela («mi querido marido», «mi pobre Louis», «mi pequeña Charlye», «mi pobre hijo»), ella pensó que «mi» Clémence venía de un texto escrito por mi abuela… y quiso que ese texto reapareciese. Clémence no estaba allí: mi abuela sólo mencionaba muy brevemente a la madre de mi abuelo, sin escribir su nombre. Así fue como supe de estos recuerdos. Ni mi madre ni mi hermano habían decidido ocultármelos en su momento: ni a uno ni a otra se les había ocurrido hablarme de ellos. La historia, la

arqueología de los documentos familiares no se detiene ahí. En su texto, mi abuela mencionaba una meningitis que había tenido mi padre (y cuya existencia yo conocía) y una carta que éste había enviado a la familia durante dicha enfermedad. «Aún tengo esa carta», escribió mi abuelo. ¿Qué había sido de esa carta tras su muerte en 1989? Mi madre no me había hablado de ella. Así que ya me disponía a escribir a mi tía Aline, que había ordenado los papeles de mi abuela, para preguntarle, pero resulta que la carta estaba también en casa de mi madre…

Los papeles, las fuentes, los recuerdos familiares no siempre fueron los más fáciles de encontrar. Mi madre no me ocultó nada, sólo me enseñaba lo que yo le pedía. Hasta que se dio cuenta de que estaba escribiendo este texto.

15

Vista, y quizá incluso oída, desde Bayona -porque, al fin y al cabo, la frontera española no estaba muy lejos, a treinta kilómetros apenas-, la preguerra era ya la guerra. Charlye en el colegio y su madre en casa tejían jerséis para los niños de los republicanos españoles refugiados en Francia. Por aquel entonces, en Argelia, los *pieds-noirs* se negaban masivamente, por unanimidad de sus alcaldes, a dar derecho a voto a algunos de los habitantes musulmanes de su país. Y, tras la guerra de España, vino la guerra, la nuestra, la de todos, y esa guerra envió a su padre a la línea Maginot, a Sélestat, Colmar, Neuf-Brisach, Forbach, Saverne.

Mi tía Charlye se acuerda de que su padre, al partir, le había dicho a su madre: «No me cuentes entre los prisioneros de los *boches*». Si mi abuelo no fue hecho prisionero, lo fueron muchos otros, entre los cuales hubo incluso matemáticos y, entre ellos, Jean Favard, quien presidiría finalmente el tribunal de tesis de mi padre, y Jean Leray, que tal vez leería el resumen que habría escrito para él.

16

Dónde iba al colegio, en Bayona, tampoco lo sé. Cuando la familia llegó allí, en mayo de 1936, él tenía cuatro años y una hermana pequeña de dos años, la segunda Aline. Lo que hacían los pequeños mientras su hermana mayor iba a la «clase avanzada» también lo ignoro. Su madre los mantenía celosamente junto a ella, eso lo sé. En

la casa había un gran abecedario, con el que mi abuelo había aprendido a leer, y que ellos, los niños, utilizaban a su vez. Y, porque también sucede que nosotros mismos destruimos las huellas que han dejado aquellos a quienes queremos, fue mi abuela quien hizo desaparecer aquel abecedario, enterrándolo con mi abuelo en 1977, algo que lamento infinitamente: ella temía que se (¿«se», quién?) rieran de él (en aquel momento, nosotros no lo supimos, y yo me enteré por mi tía Charlye mientras escribía este texto, ni siquiera estoy segura de haber visto nunca el abecedario en casa de mis abuelos).

Charlye leía, leía muchísimo; como su madre había deseado antes que ella, quería ser maestra; tenía siete años más que él, el segundo pequeño Maurice. ¿Es difícil imaginar que él aprendió a leer y a contar en casa, con su madre y su hermana? Así pues, cuando mi padre entró en la escuela primaria de Bayona, en 1938, la maestra, como ya sabía leer, lo envió a la clase elemental de primer año. La hermana mayor estaba muy orgullosa. Y como él sabía leer, quizá leyó lo que se leía en el colegio, lo que prestaba la biblioteca del colegio o lo mismo que su hermana mayor.

La lista detallada de sus lecturas no puedo sino imaginármela. Una cosa es casi segura: no leía «ilustrados». No en casa de mi abuela. Libros, sí. ¿*Sin familia*? ¿*La isla misteriosa*? ¿*Matías Sandorf*, con su mensaje cifrado y sus patriotas? ¿Sería allí donde se encontró por primera vez con los nombres de la punta Pescade y el cabo Matifou? Me lo imagino feliz de haber comprendido cómo Phileas Fogg acaba llegando a tiempo en *La vuelta al mundo en ochenta días*. Me gustaría poder escribir que vibró con la lectura de *Los tres mosqueteros*. O con la de *El conde de Montecristo*. Pero, al fin y al cabo, ¿por qué? ¿Qué razón iba a tener para identificarse con nadie en esa siniestra historia de venganza? ¿O de esperar, como hicimos mis hermanos y yo, el regreso milagroso de un famoso héroe fugado de la cárcel?

En Bayona aprendió lo que se aprendía en el colegio en esa época: los Tres Obispados, el jarrón de Soissons, que el Sena nace en la meseta de Langres, que los números divisibles por nueve son aquéllos cuya suma de las cifras es divisible por nueve…

También jugaba, desde luego: todos los niños juegan. ¿Se peleaba con sus hermanas jugando a las cartas? ¿A qué jugaban? ¿Al barbú? ¿A la oca? Seguramente no al Monopoly; sin embargo, en casa de mis abuelos nosotros jugamos mucho, sus hijos y sobrinos, con un juego que sin duda ya existía allí cuando él era adolescente, pero no en Bayona, ahí no: la versión francesa no apareció hasta 1938. ¿A qué jugaban los niños de las clases populares en los años treinta? ¿A qué jugaba aquel niño?

¿Le gustaba ayudar a su madre a hacer tartas pesándole el azúcar y la harina o separando las yemas y las claras de los huevos, como

hacíamos nosotros con ella después?

Su hermana mayor trepaba a los árboles, probablemente él también, a todos los niños les gusta trepar a los árboles, pero nosotros nunca sabremos nada de la forma particular que tenía él de trepar a los árboles.

Desde Bayona, la familia fue algunas veces a la playa, a Biarritz. Era una salida excepcional. Hoy hay un autobús, pero en aquella época los ocho kilómetros se hacían en tren. Su madre había tejido unos trajes de baño para los niños, unos trajes de baño de lana, ¡uno se los imagina mojados! Es más difícil imaginarse al niño del bañador: si lloraba de tristeza por no poder bañarse, de vergüenza porque estaba un poco ridículo, si se reía con sus hermanas de esa desventura, o incluso si estaba aliviado de tener así una buena razón para no entrar en el agua helada, eso no lo sé.

¿Tenía ganas de montar a caballo como su padre?

¿Ayudaba a preparar los desfiles de la Guardia Republicana en los que participaba su padre, lustrando las hebillas de la montura del caballo, atento a no manchar el cuero con el producto para el latón? ¿Jugaba a cazar los grandes escarabajos longicornios que poblaban los árboles del cuartel? ¿Le gustaba aplaudir a los aviadores durante las exhibiciones aéreas a las que acudía la familia? ¿Rió a carcajadas cuando fue por primera vez al cine, a ver una película de Charlot?

En una foto un poco rota aparece a la orilla de un río con sus dos hermanas, a los siete años, como escribió Charlye en el reverso. Lleva un abrigo, una bufanda y una boina, pero pantalones cortos con calcetines altos. Sonríe al fotógrafo en una postura cómica, un poco torcida; «travieso» es el calificativo que me viene a la cabeza al mirarlo, y se parece mucho a mi hermano Pierre a la misma edad. En otra, sin duda tomada por Charlye, está sentado en la hierba, al igual que sus padres y su hermana pequeña Aline; mi abuelo lleva un chaleco, una boina, una camisa remangada y bigote; y él, un sombrero canotier.

Lo que le gustaba, lo que lo hacía reír o temblar tampoco lo sabremos nunca. Desde luego, los cuatro días que mi abuelo pasó en coma tras una caída del caballo en 1938 lo aterrorizaron. ¿Estaba paralizado, sentado en la escalera junto a Charlye, en Bayona, mientras su padre se afeitaba el bigote, obedeciendo, furioso, a una orden de su superior? ¿Qué había comprendido, a los ocho años, cuando vio a los alemanes ocupar el cuartel?

¿Le gustaba el olor a madera de los sarmientos que su madre quemaba por la mañana para calentar la leche, en Koléa? ¿O el de las sardinas que la familia freía al fuego, también de sarmientos? ¿Y el del mosto en fermentación en los lagares?

*

Era un niño dulce y bueno, todo el mundo lo dice. En cuanto a quién es todo el mundo, ésa es otra cuestión. Sé que estuvo muy enfermo cuando estaba de hijo de tropa en el colegio de Hammam Righa y que el enfermero que lo cuidó fue a contarles a sus padres lo dulce y bueno que era su hijo. Desconozco en qué época les habló ese enfermero. Mi abuela no lo apunta en sus notas y Charlye escribió «tras el arresto de Maurice», ella creía que en 1957, o incluso más tarde aún, justo antes de que mis abuelos abandonaran Argelia, en 1962. El caso es que un enfermero argelino que se entera, en 1957, de que el joven en quien se convirtió aquel niño al que él había curado de una meningitis ha desaparecido en las circunstancias en que desapareció ¿qué puede ir a decirles a sus padres para expresarles su solidaridad? Y, por lo demás, un niño aquejado de una enfermedad tan grave, y sobre todo que acarrea vómitos, violentos dolores de cabeza y fiebre, ¿puede no ser dulce y bueno con su enfermero?

Se había convertido en «hijo de tropa». Al fin mi abuelo, como un auténtico autodidacta, aprobó la oposición de Correos, pero había sido militar bastante tiempo como para que su hijo pudiera acceder a una escuela del ejército.

Los estadounidenses habían desembarcado en Argel el 8 de noviembre de 1942 y se habían requisado algunos colegios para alojar a los soldados. Los demás se habían dividido: las chicas iban por la mañana y los chicos por la tarde. Es lo que hizo Aline (como hicimos nosotros, mi hermano Louis y yo, durante otra guerra, apenas quince años después). Pero él ya no iba a la escuela primaria: había entrado en sexto y parece que, un mes después de la vuelta a las clases, él ya no iba, pues sus padres lo apuntaron a clases particulares. Para Aline no había alternativa, pero para él había un colegio de hijos de tropa, que precisamente acababa de abrirse, donde podría recibir educación «seria», pensaban sus padres.

Lo aceptaron (si he entendido bien, había que pasar un examen de acceso) en quinto y allí se incorporó tras el verano de 1943.

*

Y heme aquí ante el gran desconocido: los colegios de hijos de tropa. Porque él, que fue, lo sabemos, torturado y asesinado por el Ejército francés, era también un producto de dicho ejército. Tras los cuarteles de la gendarmería en los que había nacido y pasado la infancia, fue en los colegios de hijos de tropa de Hammam Righa y, después, de Autun donde fue escolarizado, cinco años, de quinto a

primero. Antes de empezar a escribir este texto, de esos colegios yo no sabía nada. Pero ¿podía considerar como un paréntesis, en la vida de un hombre muerto a los veinticinco años, esos cinco años de adolescencia? ¿Podía pasar por alto esos años?

Yo no sabía nada; sin embargo, tenía algunas ideas y algunos prejuicios. Los revelo aquí desordenadamente: el estado deplorable de los lugares habitables (barracones, refectorios, sanitarios), la disciplina militar y la vida en comunidad sin intimidad. En eso había sido desgraciado. «Fue terrible para él aquel periodo de su vida de niño y adolescente», había escrito Charlye, que lo sabía «porque me lo contó mucho tiempo después». Lo que había escrito mi abuela en 1979 era un poco más suave, pero quizá él no le había hecho las mismas confidencias que a su hermana. Había caído enfermo, pudo haber muerto, y ni siquiera habían avisado a sus padres. Yo había oído hablar también de la boina del uniforme, que él llevaba ladeada como muestra de oposición, creí entender. Y además estaba la literatura: ¿podía yo ignorar, por ejemplo, que en el mismo libro en el que hablaba de la vida y de la muerte de su padre, Claude Simon calificaba estas escuelas de «prisiones de niños»? Sin duda los alumnos sufrían malos tratos.

Yo no tenía, o tenía pocos, documentos que dataran de aquella época. Su diccionario de alemán (gótico) que había aparecido repentinamente al fondo de un armario cuando yo necesité uno, en clase de segundo, y que indicaba que él había estudiado dicha lengua. Algunos cuadernos. Ningún boletín de notas. Una carta que había escrito a su hermana y a su cuñado el 4 de noviembre de 1947. Algunas fotografías. Algunas palabras de uno de sus antiguos compañeros de Autun. Después, como ya he dicho, me llegó una carta dirigida a sus padres desde Hammam Righa (en relación con la meningitis).

Estas dos cartas son más positivas que los recuerdos de Charlye o los de mi madre. Pero, desde luego, en los colegios de hijos de tropa la correspondencia estaba controlada. Los niños debían escribir regularmente a sus familias. Las cartas las leían los superiores (que no corregían la ortografía) antes de ser enviadas (y las cartas recibidas se abrían también). En cuanto a la boina, las fotografías parecían mostrar que llevarla ladeada era una norma para estos niños.

Por diversas razones, entre las cuales mi educación antimilitarista ha tenido sin duda un gran peso, me costó un poco decidirme a investigar más. Empecé a buscar datos sobre estos colegios en libros, en internet. Confieso que me repugnaba utilizar informaciones procedentes del Ministerio de Defensa o de sitios web *pied-noirs*. Pero lo hice. Así encontré, en un sitio del Ministerio de Defensa, las fotografías que habían ilustrado, en 1943, un reportaje sobre el

colegio de Hammam Righa.

¿Podía conformarme con lo que los servicios de propaganda del ejército habían tenido a bien mostrar del entorno en que él y sus compañeros habían vivido? Así pues, escuché con mucho interés lo que me contó y explicó un antiguo hijo de tropa que, si bien no conoció a mi padre, fue alumno de Autun en la misma época que él.

De la información que he reunido, se desprende que no había ninguna uniformidad y que los dos colegios, Hammam Righa en Argelia, durante la guerra, para las clases de secundaria (que se llamaba primer ciclo), y Autun en la lejana Francia, después de la guerra, para el segundo ciclo, merecen apreciaciones distintas.

Primero Hammam Righa. *L'École Militaire Préparatoire (EMP) Nord-Africaine d'Hammam Righa*, la academia militar norteafricana de Hammam Righa, pues ese es su nombre oficial completo («de» Hammam Righa sería más correcto, ya que la hache de Hammam no es muda), se abrió en 1942, se desmanteló en 1945 y se cerró en 1946. Estuvo instalada en un hotel balneario confiscado (algo que tenía la costumbre de hacer el gobierno de Vichy). El «Hammam» del nombre del lugar es coherente con el termalismo. Así que no se parecía en nada a los cuarteles que el Ejército francés construyó aquí o allá. En ella estudiaban cada año unos ciento ochenta y cinco alumnos, repartidos en seis clases, de sexto a tercero. Cuatrocientos niños pasaron por este colegio.

Miro las fotos en la página del Ministerio de Defensa. En una, los niños van de uniforme y llevan una boina del lado izquierdo; los de la banda de música visten uniforme oscuro, cinturón blanco, guantes blancos, y tocan el clarín. Otra muestra una clase de educación física (que quizá llevaba un título más militar, más guerrero). Los chicos, con el torso desnudo y en pantalones cortos, avanzan en grupos de tres: dos caminan, parece que al paso, llevando al tercero, que tiene las dos manos en los hombros del primero y los tobillos sujetos por el segundo. Se distinguen palmeras y eucaliptos: la escena transcurre en lo que había sido el jardín del hotel. En una tercera, los chicos, con uniforme más claro de dos filas de cinco botones, están alineados en posición de firmes; uno de ellos, por lo visto de los más jóvenes, lleva el estandarte de la segunda compañía de la EMP. Por supuesto, he examinado minuciosamente estas imágenes en busca de un niño que se le pareciera. Todos esos chavales se asemejan. Y en abril de 1943, la fecha en la que se tomaron, él aún no estaba allí. También se ve un taller en el que los chicos, siempre con la boina ladeada, liman piezas sujetas por tornillos. E incluso un ejercicio de tiro con fusil, bajo la mirada de suboficiales con quepis. En cuanto a lo que seguramente sea una clase de geografía, la imagen da una idea del aula en la que fue

alumno: techos altos, paredes blancas sobre baldosas de cerámica, ventanales de forma «morisca», retrato de Pétain en la pared frente a los alumnos. Entre dos ventanas, una estantería con libros; los alumnos están de dos en dos en pupitres, el profesor está sentado a la mesa, vestido de civil (quizá sencillamente porque es un civil), uno de los chicos, de pie, señala con una regla en un mapa de Francia (por supuesto, ¿de dónde si no?) una ciudad que bien podría ser Saint-Brieuc. Otra fotografía, tomada desde una planta del edificio, muestra a «los alumnos pasando revista», alineados en tres filas con al menos tres de los lados de un cuadrado, militares adultos y seguramente suboficiales en el centro. Las persianas y la forma morisca de las puertas del edificio se distinguen muy bien. La última imagen se tomó en un dormitorio y da también una idea del ambiente en el que vivió: se ve una puerta con cristalera y camas, muy cerca unas de otras, cuyos somieres bien parecen ser tablas; se adivina el color militar de las mantas, los chicos están alineados, tal vez en posición de firmes, tal vez en calcetines, a la izquierda de sus camas, y un militar con quepis examina las suelas de las botas que le presentan. El argot militar llama a este examen una «inspección a fondo», y ése es el título de la fotografía.

Esto dejaba bastantes preguntas pendientes.

Para empezar, la foto de la inspección a fondo está encuadrada de forma que no se vea el dormitorio, o la habitación, ni cuántas camas incluía. Uno de mis informantes, que fue alumno de esas mismas clases en el mismo periodo, pero en el colegio de Billom (en el Puy-de-Dôme), me habló de dormitorios de ochenta camas con un solo sanitario. Otro, que estaba en Hammam Righa, escribió que los barracones alojaban a dos o tres alumnos, no más de seis en todo caso, lo que concuerda bien con la arquitectura de un antiguo hotel. Pero también dice que se construyeron edificios anexos en los que los dormitorios albergaban a treinta alumnos, de dos en dos. Además, escribe que no había armarios y que las pertenencias de cada alumno se quedaban en su maleta, que estaba ordenada en otra habitación.

En cuanto a la cuestión de los malos tratos, los «presidios de niños», uno de mis informantes me ha hablado de castigos en el colegio de Billom que podrían calificarse de malos tratos. Con respecto a Hammam Righa, sólo he sabido de las marchas marcando el paso.

No he encontrado ninguna información acerca de la comida. Pero era la guerra, y también en Argelia había restricciones.

Allí fue donde vivió mi padre. No sé nada más, ignoro si formaba parte de la banda de música. Todo lo que sé es que estuvo enfermo. Me di cuenta de que el reportaje no enseñaba la enfermería. Había deducido de ello que las condiciones sanitarias debían de ser muy

malas, pero seguramente no era cierto. Lo he dicho: tuvo una meningitis, una auténtica meningitis cerebroespinal, que también habría podido matarlo a los trece años (fue mi abuela quien escribió que tenía trece años), pero de la que se curó. Sin embargo, no siempre se utilizaban antibióticos a principios de los años cuarenta, sino que las meningitis se trataban con sulfamidas y habilidad. Incluso sé que el medicamento se llamaba Dagenan: mi informante es médico militar. Por él he sabido que la profilaxis de la meningitis, esta enfermedad fulminante y terriblemente contagiosa, era muy conocida en los servicios médicos del ejército. Me dijo también que las enfermerías de los colegios de hijos de tropa eran de buena calidad en esa época, un periodo en el que ya no había ejército y en el que se había hecho muy necesario destinar a los médicos militares a algún sitio. En Hammam Righa había un médico, una enfermera y el enfermero del que ya he hablado, «de origen musulmán, un verdadero padre de familia, de una amabilidad y una competencia pocas veces vistas», como escribe otro antiguo alumno, cuyos recuerdos he leído.

Había tenido una meningitis y al parecer la familia no supo nada, sus padres no oyeron hablar de enfermedad hasta que, ya convaleciente, escribió a casa. Anunciaba su vuelta y él mismo «elogiaba las atenciones que le habían prodigado», escribió mi abuela en 1979. Ésta es la carta:

> Hammam Righa, a…
>
> Mis queridos todos:
>
> Os escribo estas líneas para daros unas noticias que hoy por hoy son mucho mejor [*sic*]. Espero que vosotros también, queridos padres y queridas hermanas, os encontréis perfectamente, al igual que el pequeño Jean-Pierre, que debe de estar muy interesante ahora.
>
> Mi salud no ha sido muy buena en estos últimos días; estuve enfermo: no fue muy grave, porque hoy, cuatro días después, vuelvo a comer un poco y estoy levantado. Pero debo decir que aquí se han ocupado de mí. Me atendió un enfermero al que tienes que ver en Correos algunas veces, mi querido papá, y que me trató como un padre. En fin, muchas personas me han mimado, y también el coronel. Ahora me han dicho que quizá me den una semana de convalecencia, tened en cuenta que eso me restablecerá del todo.
>
> Mi querida Charlye, espero que aún no te hayas encontrado demasiadas cosas raras en el menú del liceo y que el cambio no te cambie demasiado. En cuanto a mi menú, ¿sabes de qué se habla a mi alrededor? Sólo de pollo, parrilla, málaga y champán.

Como podéis ver, mis queridos todos, corro el riesgo de engordar, ¿no? En fin, lo único que me tiene impaciente, lo sabéis bien, es volver a veros.

Os dejo, mis queridos padres y queridas hermanas, abrazándoos muy fuerte, al igual que a Jean-Pierre.

Vuestro hijo y hermano que tanto os quiere,

Maurice

Esta carta data del año académico 1944-1945, y posiblemente de 1945, porque mi abuela dice que él tenía trece años, e incluso de primeros de 1945, porque la meningitis era, en el ejército, una enfermedad más bien invernal. No escribió ni la fecha, quizá porque la desconocía, ni el nombre de la enfermedad: la familia no lo supo por esta carta. Puedo explicar de qué habla. El liceo es donde se alojaban las alumnas de la Escuela Normal de Maestras, como Charlye. El pequeño Jean-Pierre, que llevaba el nombre del padre que mi abuela había perdido en su infancia, había nacido el 3 de febrero de 1944.

*

Mientras estaba en Hammam Righa, se produjo la liberación del territorio francés y luego el final de la guerra, el 8 de mayo de 1945. Lo que el chico de trece años supo, comprendió, dedujo de las masacres de Sétif en mayo de 1945, de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki en agosto, lo ignoramos.

En 1945-1946 era alumno de tercero y sin duda aprobó los exámenes que pasaban los de tercero: ¿certificado elemental?, ¿certificado de estudios primarios superiores? El colegio de Hammam Righa cerró sus puertas y se distribuyó a sus alumnos en escuelas técnicas, salvo tres que fueron admitidos «en secundaria», entre ellos él, «vistas su edad y sus notas», escribió mi abuela.

Mi padre fue admitido en el colegio de Autun, que para los hijos de tropa era el equivalente del liceo para los alumnos civiles. Un colegio hecho para acoger a los hijos pobres de los hombres pobres del Ejército francés -todos venían de un entorno popular, confirma uno de sus compañeros, una gran mayoría de los alumnos eran hijos de gendarmes- y transformarlos, de forma poco onerosa, en hombres, se esperaba que un poco menos pobres, de ese mismo ejército. El nombre oficial del colegio era, también, «colegio militar preparatorio», y su ambición, preparar a los alumnos para que entraran en Saint-Cyr. La situación del colegio había cambiado radicalmente al mismo tiempo que el estado del ejército. El Ejército francés, que había perdido a sus mandos, tenía, después de la Segunda Guerra Mundial, una gran

escasez de oficiales. El destino anunciado de los alumnos era pasar el examen de bachillerato de matemáticas elementales, preparar la oposición y luego entrar en Saint-Cyr, salir de allí en calidad de oficial (y marcharse a Indochina) o, en caso de suspender, enrolarse de soldado de segunda clase (y marcharse a Indochina).

Este colegio (que sigue existiendo, con el nombre de liceo militar) se instaló en un antiguo seminario; los edificios datan del siglo XVII y desde entonces sirvieron, alternativamente, al ejército y a la iglesia. Está rodeado de jardines, y el tejado -que ya era así en 1946- es de tejas de Borgoña de colores. Para los alumnos venidos de Billom, Autun parecía una especie de paraíso. Quizá no era así para los de Hammam Righa.

Mi padre llegó a Autun después del verano de 1946, cuando entró en segundo curso. Lo que quiere decir que toda la familia se trasladó de Argel a Lyon y que sus padres lo acompañaron después a Autun, que estaba a 180 kilómetros de allí.

Administrativamente, fue alumno de segundo M1 en 1946-1947 y de primero M1 en 1947-1948. La M quiere decir «moderno», como en los liceos civiles, y más a las claras que no se impartía latín (pero creo entender que nadie estudiaba latín en Autun). Pertenecía a la segunda compañía, y esa palabra tan militar designaba un nivel.

La Asociación de Antiguos Hijos de Tropa tiene una página web cuyo motor de búsqueda ofrece la siguiente información sobre los antiguos alumnos: apellido, nombre, entrada, salida, situación. La situación puede estar en blanco, indicar «miembro» o «desaparecido» (no entendí la diferencia entre blanco y «desaparecido»). Si tecleamos el apellido Audin, las respuestas son: «Audin, Maurice, 1946, 1948, desaparecido». El anuario en papel de los antiguos hijos de tropa (edición de 2000) incluye su apellido en cursiva (las cursivas son el equivalente de «desaparecido») y el hecho (erróneo) de que fue alumno de Autun de 1944 a 1948. Lleva el número 46250, que no sé si es específico del anuario o si es un número de matrícula que llevó como alumno.

Al igual que con Hammam Righa en 1943, es difícil hacerse una idea de cómo vivían estos jóvenes en Autun, justo después de la guerra. ¿Qué comían, en aquel establecimiento militar, en un tiempo en que aún había cartillas de racionamiento? En Autun las cartas ya no se abrían y la misa del domingo por la mañana ya no era obligatoria. He encontrado algunos datos en una carta que escribió mi padre (y de la que Charlye me dio una copia), el segundo año, el 4 de noviembre de 1947, a su hermana mayor Charlye y a su cuñado Christian, que acababan de casarse.

Queridos hermano y hermana:

Unas palabras rápidas para deciros que estoy bien y para pediros rápidamente noticias vuestras. Debéis de estar empezando a tener frío. Aquí ya lo tenemos. En el baño, completamente. Bah, lo aguantaré mejor que el año pasado. Además este año la calefacción funciona bien. Es una suerte. El año pasado en el cuarto no iba mal, pero en clase nos hizo falta una estufa y no era nada divertido encenderla todas las mañanas.

Trabajo bastante, pero menos que al principio y que mis compañeros, porque el año pasado, para entender el libro, profundicé en todas las cuestiones que el profesor se limita básicamente a señalar este año.

Os envío dos fotos del año pasado. Esperaré a recuperar el carrete para enviarlo a casa, ya que sólo tengo estas dos. Además, no salgo en ninguna, las saqué yo. Este año lo he abandonado todo y un profesor ha ocupado mi lugar, pero, siempre activo cuando no estoy de permiso, he fundado un periódico con tres compañeros. Al principio es bastante divertido y tiene muchas ventajas para los reporteros y fotógrafos, permisos suplementarios por espectáculo, meter la nariz en todas partes, etc., etc., etc.

El año pasado empecé una novela. Algo «de primera mano». Estoy acabándolo para participar en un concurso organizado por *Nouvelles littéraires*, hay muchos premios, pero lo interesante son las ventajas que da para la edición y también otras cosas.

Me gusta estar así, en un torbellino, si no me estancaría en un pueblo como éste.

Aparte de eso, me muero de ganas de recibir noticias vuestras. He recibido vuestras postales, que me han llenado de alegría, por supuesto.

Mil besos de vuestro hermano pequeño que no os olvida,

Maurice

¿Y la justificación de esta letra horrible? ¿Existe alguna?

Puedo elaborar una lista de lo que sé, y que viene de esta carta, de lo que he oído en la familia, de lo que me dijeron Marcel Guigon, uno de sus compañeros, y aquel otro alumno que estaba en Autun en la misma época, pero no en la misma compañía (y que no lo conoció): no le gusta encender la estufa, duerme en un dormitorio común sin intimidad -no puedo evitar señalar que ha escrito «en el cuarto» y no «en los cuartos» (ni, por supuesto, «en mi cuarto»), y que esta vez no

vivía en un antiguo hotel; en los cuartos había grupos de ocho a diez alumnos y los sanitarios estaban adaptados-, tiene amigos, hace fotos, pasa frío (pero ¿tiene sabañones?), funda un periódico, duerme al fondo del aula durante la clase de matemáticas, puede salir libremente el domingo por la tarde, explica la relación de Chasles a sus compañeros, escribe una novela que piensa enviar a un concurso y de la que no sé nada, se da cuenta de que a la mayoría de los demás alumnos les gustaría mucho que les dieran fusiles para ir a cargarse a los huelguistas -hay «*fana-milis*», fanáticos de la disciplina militar; es 1947 y hay grandes huelgas en Francia-, el profesor de matemáticas lo despierta para que salga a la pizarra a explicar la solución, él discute con el profesor y los que se duermen son los demás alumnos, es malo en las actividades físicas porque es un poco descoordinado («había que verlo bajar una escalera», me dijo Marcel Guigon).

Ya lo he dicho: la tradición familiar informa de que este periodo fue terrible para él. Y, sin embargo, tenía amigos: lo dice en su carta y lo sé también porque Marcel Guigon se declaró amigo suyo (fue él quien me habló de las huelgas de 1947, y creo que pudo haber mencionado también la guerra de Indochina, que había empezado en 1946); y además, hay fotos en las que aparece con uno de sus compañeros (en un paseo nevado delante del colegio, en una de estas fotografías, ha puesto el brazo en el hombro del otro chico en una pose amistosa, y en el reverso ha escrito «con un compañero de Hammam». «En Autun eran tres», dijo mi abuela, y quizá fue el tercero quien hizo la foto); por otra parte, mi madre me dijo que uno de ellos, que sin duda es el «compañero de Hammam» de la foto, llamado Lefrançois, o François, hizo más tarde, él o uno de sus amigos, estanterías para sus libros. La página de los antiguos alumnos no registra a ningún Lefrançois, pero registra a un Pierre François, que estuvo en Autun de 1946 a 1948, como él (también él «desaparecido»). Es posible que además estuviera un tal Paul Goisse, que envió una postal de Lyon el 23 de agosto de 1955, «un caluroso saludo de tu compañero Paul Goisse», dirigida a «Maurice Odin, casa del señor Odin, rue Barbès, 6, Argel», pero no lo he encontrado ni en la página de antiguos alumnos ni en el anuario en papel. Marcel Guigon me contó, incluso, una historia de compañeros de cuarto. En un internado de chicos, forzosamente hay historias de compañeros de cuarto. Un rayo de luna en la cara impedía dormir a mi padre. Así que, para evitarlo, decidió correr la cama y la volcó, despertando a toda la habitación. A lo que siguió una batalla memorable.

Sin sus boletines de notas, desconozco lo que pensaban de él los profesores, al igual que otros detalles, como los deportes que practicaba o la opinión de la jerarquía militar sobre su conducta. Con

el fin de encontrar estos boletines, escribí a Autun para preguntar si había archivos y cómo consultarlos, y no me contestaron. Escribí al Servicio Histórico de la Defensa y me contestaron que el servicio no tenía archivos escolares inventariados, ni en Hammam Righa ni en Autun.

*

Seguramente las clases no eran maravillosas. Los profesores eran reclutas que no habían terminado los estudios, que no tenían experiencia y que cambiaban bastante a menudo. Pero en algún sitio hubo un profesor que despertó su interés por las matemáticas. ¿Tal vez el de segundo? ¿Tal vez incluso un profesor de Hammam Righa? En diciembre de 1946, ya era cosa sabida en la familia que le interesaba la ciencia, porque Charlye le había regalado una *Historia de la ciencia*, un ladrillo de ochocientas veintitrés páginas de un tal Pierre Rousseau, dedicado:

> 12 de diciembre de 1946
> A mi hermanito querido con todo mi cariño y toda mi amistad.
>
> Charlye

En la carta de noviembre de 1947 no especificaba la asignatura de la que estaba hablando, pero parece claro que lo que ya no necesitaba estudiar más porque lo había aprendido todo el año anterior eran las matemáticas, lo cual encaja con lo que me dijo Marcel Guigon, que me lo describió como el típico alumno que duerme al fondo de la clase. También me dijo que aún recordaba las explicaciones matemáticas que les había dado. Me habló en particular de la relación de Chasles, una relación entre vectores, cuyo nombre había olvidado, pero de la que mi padre le había dicho que era sencilla y natural.

Para saber qué aprendió en Autun quedan dos cuadernos, los hermosos cuadernos bien cuidados del buen alumno que tiene tiempo para dibujar o colorear sus figuras o sus enunciados. Uno de ellos es un magnífico (por su contenido, pues el soporte es un bloc de borradores amarillento muy vulgar) cuaderno en el que escribió respuestas a posibles preguntas de clases de matemáticas y de física, sin duda para el primer examen de bachillerato, por lo tanto en primer curso. El otro parece corresponder al segundo curso. Había una papelería en Autun,

GUIGNARD & KOL
S. L., con capital de 900.000 francos

que fabricaba o mandaba fabricar sus cuadernos. Estampado en la cubierta ponía «Cuaderno G & K», y encima figuraban las armas de la ciudad y su divisa, «*soror et æmula Romæ*», que él volvió a copiar en la cubierta. No estudiaba latín, pero no hace falta estudiar latín para entender que eso quiere decir «hermana y émula (rival) de Roma». La última página de ese cuaderno incluye una especie de horario incompleto

	8 a 11	14 a 17
Lunes	Lengua	Física-Química
Martes	Matemáticas	Inglés
Miércoles	Alemán	

y una lista de libros de la que se desprende que también estudiaba historia y geografía, que tenía un libro de «álgebra-trigo» y uno de «geometría», que tuvo que estudiar *Eugenia Grandet, Hernani*, a Molière, a Corneille, a Racine, a Montaigne y los *Cantos* de Vigny. En aquel cuaderno escribió un resumen sobre la literatura o su historia (en mitad de dicha historia aparece una página sobre «el signo del trinomio, siempre signo de *a* salvo si hay raíz para los valores de *x* compr. entre las raíces»). La última página se centra en la literatura contemporánea (desde 1850), se detiene en la poesía, «Las tendencias de la poesía contemporánea», cuyo último epígrafe es «Surrealismo (1924)», no hay nombre de ningún poeta que corresponda a una u otra de estas tendencias, ni siquiera el de Apollinaire. A lo largo de las páginas, ha copiado algunas citas: La Bruyère («Si hubiera que optar, no dudaría: quiero ser pueblo»[2]); o los *Pensamientos* («Para tener paz, que es el + grande de los bienes, tenemos argumentos para distinguir a los hombres por la act. más que por las cualidades interiores»); o incluso Buffon («La primera de todas las religiones es conservar cada uno la suya»), y finalmente («finalmente», pero soy yo quien decide utilizarlo como conclusión), Proudhon: «La propiedad es un robo».

*

Ciertamente, la disciplina militar y el lavado de cerebro que recuerda su compañero no le convencían. Parece muy probable que Autun contribuyera así a su formación política.

Mi abuela escribió que, durante las vacaciones de 1947, lo encontró «en un estado extraño». El médico que mandó llamar confirmó que estaba bien de salud pero que necesitaba vida en familia. La vida militar le perjudicaba y la familia estaba «oficialmente» informada de ello, pero de todas formas prefirió (en todo caso, eligió) regresar a Autun.

Sus padres se reunieron con él para el «primer bachi», pues en esa época se hacía un primer examen de bachillerato en clase de primero y un segundo, el de verdad, al año siguiente. Él lo pasó en Lyon en 1948 (así que fue la Facultad de Ciencias de Lyon la que lo admitió en la primera parte del bachillerato, en serie moderna, el 16 de julio de 1948).

¿Fue la cercanía de la fecha límite, el continuar en La Flèche y luego en Saint-Cyr, la obligación de convertirse en oficial, lo que lo decidió a dejar Autun? Hubo discusiones sobre ello, pues su padre lo veía, efectivamente, convertido en oficial. Él le prometió que lo haría igual de bien en la vida civil. Su madre se había puesto de su parte. Por fin, sus padres aceptaron que hiciera el último año del liceo en Argel, lo cual los obligó a devolver los cinco años de pensión, pero seguramente eso se hizo de forma progresiva. Así, el Servicio Histórico de la Defensa conserva al menos una huella, aunque sea una huella leve, de su paso por Autun: la mención, en el «Diario de marchas y operaciones», el 14 de octubre de 1948, del hecho de que él (y otros con él) fue retirado del colegio por su familia.

Observo asimismo que pagó su cuota de la Asociación de Antiguos Hijos de Tropa hasta 1952.

Desde luego que fue desgraciado, pero sin duda un chico de quince años no puede ser permanentemente desgraciado. La conclusión de la carta a su «hermano y hermana», tras la lista de actividades (foto, periódico, novela, trabajo), decía claramente: «Me gusta estar así, en un torbellino».

*

De las fotografías guardadas con desorden en un cajón en casa de mi madre, algunas datan del periodo de Autun. Una de ellas es una fotografía de grupo. No es una foto de clase propiamente dicha; las poses son más relajadas y más amistosas. Se ve a veinte alumnos con su «jefe» (?); si he entendido bien lo que me explicaron, cada sección (clase) tenía un suboficial y un capitán. Once chicos están de pie y llevan la boina a un lado, el jefe tiene una gorra militar y una corbata, pero los demás van con el cuello abierto, siete están sentados, tendidos o agachados delante. Otros dos, uno de ellos él, están en cuclillas a un lado; estos dos no llevan sombrero. Se podría añadir que

él es el único que no mira directamente al fotógrafo (¿por qué?).

Se le reconoce sin dificultad. Al escribir esta frase, me imagino a otras personas que quizá examinan hoy la misma fotografía y escrutan los rostros de estos veinte jóvenes, tratando de añadirles arrugas, sobrepeso, de clarearles el pelo, quitárselo, para tratar de reconocer a un padre viejo o a un abuelo canoso, calvo y panzudo. Él no ha envejecido. «Eternamente joven», así oí calificarlo a Pierre Vidal-Naquet, y recordé que él había dicho lo mismo de su propia madre, asesinada en Auschwitz.

17

En unas fotografías tomadas en un parque, se le ve, joven de uniforme, sonriente, posar con una mujer y un hombre de civil y quizá de luto, identificados (en el reverso) como Paul y Jeanine Martin, seguramente unos primos lioneses a los que vio con motivo de un «permiso», como se llamaba a las vacaciones en estos colegios. Yo había reconocido el parque de la Cabeza de Oro antes de leer la confirmación en el dorso de las fotos; por su tamaño y las pocas hojas de los árboles, además de por la ropa que llevan, datan del invierno: Navidad de 1946, a lo sumo Pascua de 1947 (pues por aquella época sólo había vacaciones escolares en Navidad y en Pascua). Otra foto de la misma serie, con Jeanine Martin, se tomó «en la Mosca», precisamente en la entrada del estadio municipal de Lyon, en el barrio de la Mosca (Gerland), un barrio obrero en esa época (pero, si bien puedo imaginar «acordarme» de las ciudades de París y Argel, Lyon me resulta demasiado desconocida, así que no digo nada).

De la época de Autun data otra foto, muy hermosa. Él lleva un traje de civil claro (¿gris?, ¿beis?), con un chaleco (pero quizá sea un jersey, la foto no es muy nítida) y una corbata, está sentado con su madre en un pretil al borde de un río, ella le ha pasado el brazo alrededor del cuello; el pequeño Jean-Pierre, de unos tres o cuatro años, está de pie entre ellos, en pantalones cortos y camisa blanca, con una especie de chaquetilla torera. Seguramente vacaciones (¿en la región lionesa?, ¿o era en Argelia?), probablemente durante el verano de 1947, una ceremonia familiar que justifica la ropa elegante y la corbata, realmente excepcional en él. Un día tuvo que haber un bautizo en algún lugar de la Mitidja, puesto que él era el padrino de una niña pequeña, Aimée, hija de Aimé, el hermano menor de mi abuela. También contemplé la posibilidad del «primer bachi», pero 1948 me parece un poco tarde vista la estatura de Jean-Pierre. Además, el paisaje no tiene nada de urbano; sin embargo, el examen

se había llevado a cabo en Lyon, en la ciudad.

Existe otra imagen en la que lleva una corbata, es una foto de carné que debió de ir grapada a una tarjeta, hay una marca circular (un fragmento de tampón ilegible) y de una grapa, la corbata es la de su uniforme. Al dorso escribió: «La foto más horrorosa».

El mismo traje, esta vez sin chaleco ni corbata, lo lleva con una camisa de cuello grande, abierto, en una fotografía tomada en Argel, en el Jardin d'Essais[3]. En este caso es Aline, con vestido blanco, quien le ha puesto la mano en el hombro. Jean-Pierre está con ellos, con la misma ropa que en la otra foto, delante de su hermana, y los tres sonríen. Aparte de que él no lleve chaleco ni corbata, las sandalias de Jean-Pierre revelan que las dos fotografías no se tomaron el mismo día (ni en el mismo sitio). Aline es todavía una cría, digamos que de unos trece años, lo que quiere decir 1947, y tres años y medio Jean-Pierre, a quien, en la familia, se consideraba grande. ¿La boda de Charlye esta vez? ¿Dos bodas o una boda y un bautizo, el mismo año, para justificar el magnífico traje?

De la misma época data una foto en la que aparecen él y su cuñado Christian caminando por una rue de Argel, vestidos ambos con chaqueta y pantalón oscuros y, sobre todo, ambos tocados con un sombrero; por eso mi hermano Pierre llama a esta foto «Borsalino».

18

En Francia, la vida fue bastante difícil durante aquel periodo de guerra y de posguerra, eso todo el mundo lo sabe. Las matemáticas, sin embargo, salieron mejor de esa guerra que de la precedente. En aquel periodo, por ejemplo, Laurent Schwartz, que, amenazado por la legislación antisemita francesa, debía ocultarse para escapar a ella, conoció al grupo Bourbaki, al que pertenecía René de Possel, y así De Possel fue de los que le enseñaron la topología general, las estructuras uniformes, los filtros y las variedades abstractas con sus espacios vectoriales tangentes.

La guerra había terminado. Algunos matemáticos franceses habían muerto deportados, como Ayzyk Gorny, que ya había defendido la tesis, y Jacques Feldbau, que no había acabado del todo la suya. Otros se habían escondido (como Laurent y Marie-Hélène Schwartz) o expatriado a los Estados Unidos (como Jacques Hadamard). Así habían escapado a la deportación y a la muerte. La mayoría de los exiliados volvían. Los prisioneros de guerra regresaban de sus *stalags* y sus *oflags*, entre ellos Jean Leray y Jean Favard. La depuración se llevaba a cabo suavemente para los matemáticos, la vida matemática

volvía a la normalidad, la reconciliación nacional se había producido…

Con dieciséis años, mi padre copiaba con esmerada letra resúmenes de su curso de geometría en pequeños cuadernos, mientras Laurent Schwartz inventaba las distribuciones. Una nueva generación de matemáticos se estaba formando.

ARGEL

19

En 1948 abandonó el colegio militar de Autun y su internado, y volvió a casa de sus padres, a la rue Barbès, 6, en Argel. Hizo el último año de liceo (mates elementales, un último año científico) en el liceo Gautier, en 1948-49. De aquel año sólo queda un cuaderno, en el que reunió los principales enunciados del curso de geometría.

Las figuras son espléndidas y las primeras páginas están consagradas, digamos, a la retórica: cómo se enuncia un teorema, cómo se redacta una demostración. Copio aquí la frase «el gerundio aligera, si no se abusa de él», seguido del ejemplo «el cuadrilátero *AMPC*, siendo sus diagonales *AC* y *MP*, que se cortan en sus mitades, es un paralelogramo cuyos lados opuestos *AM* y *PC* son paralelos e iguales».

Al concluir aquel año en el liceo, obtuvo el diploma de bachillerato (expedido por la Facultad de Ciencias de Argel) el 13 de junio de 1949. Sólo tenía diecisiete años, porque se había «saltado» el curso preparatorio. Después se inscribió en matemáticas en la Universidad de Argel.

Cuándo y por qué había elegido las matemáticas no lo sé. Mi abuela escribió que mi padre le había dicho que ese camino no tenía techo, que siempre habría investigación. «Era su pasión», añadió ella.

En busca de los lugares en los que se desarrolló su juventud, he observado, examinado largamente un plano de Argel. Y no sólo un plano «de época», con los nombres antiguos de los lugares, sino «su» plano, el que utilizó él. Encontré allí el liceo Gautier, en la rue Hoche, muy cerca de casa de sus padres. Y la universidad, donde conoció a Josette, mi madre, en pleno centro de Argel, sobre una pequeña altura de esta ciudad de relieve accidentado. La «Facultad», como la llamaban, estaba rodeada de un jardín con palmeras, cactus, quizá también araucarias (esa palabra me recuerda, en todo caso, aquel jardín, que para mí no es más que el decorado casi abstracto que

eligió mi madre como fondo de una preciosa serie de fotografías que hizo de él. Él con su camiseta blanca, necesariamente joven, guapo, sonriente, feliz, en aquel jardín argelino, soleado: blanco y negro). Es difícil imaginar que él, que se había iniciado en la fotografía a los quince años en el colegio militar de Autun, y a quien pertenecía la cámara con la que mi madre tomó aquellas fotos, una cámara de caja Kodak, no contribuyera a la «película» sacando fotos de ella. Si las hubo, han desaparecido también, llevándose consigo, además de la imagen de mi madre joven, guapa, sonriente, feliz, la mirada que él había fijado sobre ella.

En Argel y antes de su boda, él y mi madre pasearon mucho por los jardines de la universidad y también por los «bosques», por el bosque de Boulogne, porque en Argel también había un «*bois de Boulogne*», o por el bosque de Baïnem, donde una serie de fotografías los muestra a ambos con otros dos estudiantes y uno de sus profesores, Pierre Honnorat, un amigo de De Possel, en los parques, en el Jardin d'Essais, en el malecón del puerto o en el paseo marítimo.

*

Si hiciera falta un lugar donde evocar la luz, los olores de Argel, sería éste. Pero ¿qué? ¿El mar, las buganvillas, el jazmín, la menta, el naranjo, el color local?

Han desaparecido no sólo el tiempo en que él vivió, con sus retazos de cotidianidad, sino también los lugares en los que se desarrolló aquel tiempo. El París de aquellos mismos años se modificó de forma continua (como dicen los matemáticos), sin solución de continuidad (como no dicen). La desaparición de la Argel de los años cincuenta fue mucho más radical. El recuerdo de tal o cual lugar parisino se ha transmitido de una generación a la siguiente acompañando la transformación de la ciudad, mientras que nosotros cambiamos de país en una ruptura que acentuó la desaparición de los lugares: él no nos habló de ellos, nosotros ya no estábamos; sus habitantes, los lugares y el modo en que ellos los ocupaban se modificaron sin nosotros.

Al igual que no encontrarán aquí exotismo, tampoco encontrarán nostalgia, la repugnante nostalgia *pied-noire*, con los colores y los sabores, el anisete, el chalé en la playa, la criada musulmana, el mar, el cielo y el sol. El mundo en el que él vivió ya no existe, lo he dicho, y con él desapareció aquello que él habría deseado que desapareciese, las criadas musulmanas, los colonos, la pacificación, los niños analfabetos, en eso que ha de denominarse el *apartheid* colonial.

*

Después de entrar en la universidad en noviembre de 1949, aprobó el examen de «mate gene» (el profesor de matemáticas generales se llamaba Robert Meynieux) en la Facultad de Ciencias de Argel (el 10 de noviembre de 1950, con calificación de «bien») y después el certificado de cálculo diferencial e integral (el 7 de junio de 1951, con calificación de «notable»; el profesor era Georges Bourion). En 1951-1952, siguió el curso de mecánica racional, impartido por René de Possel (obtuvo el certificado el 10 de noviembre de 1952), y el curso de física general (fue admitido el 4 de junio de 1953). El 1 de julio de 1953, obtuvo (con la calificación de «sobresaliente» y las felicitaciones del tribunal) un diploma de estudios superiores (DES), gracias a una tesina titulada *Extensión del segundo método de E. Schmidt a ecuaciones funcionales nuevas.*

Los nombres y los programas de estos diplomas han cambiado varias veces desde aquella época, e incluso varias veces desde que yo estudié. Qué era un DES, qué estudiantes lo hacían y por qué no he conseguido comprenderlo del todo. Originalmente era un certificado para preparar la admisión al profesorado universitario, en su caso fue más bien una especie de DEA (escribo esto y ya esa palabra, o más bien esa sigla, no se utiliza, y habría que reemplazarla por máster de investigación, «M2-investigación», al igual que la titulación de «licenciatura» correspondería más bien a la que yo obtuve, veintidós años después, con el nombre de «maestría», y que hoy se llamaría «M1»). En su memoria de DES, él ampliaba a ecuaciones más generales un método ideado por el matemático alemán Erhard Schmidt para resolver las llamadas «ecuaciones de Fredholm». Dieciocho páginas mecanografiadas, incluyendo, además de la dedicatoria manuscrita a mi madre, la lista de miembros del tribunal, es decir, René de Possel, que había planteado el tema y presidía, Robert Meynieux, el profesor de «mate gene», y un tal señor Meyer. En esa misma página, vemos también que hubo un segundo tema, propuesto por la facultad, que era «Los trabajos de Gaston Julia en los operadores lineales en el espacio de Hilbert», trabajos caídos en el olvido desde entonces.

*

Aquí no necesito salir en busca de documentación civil o de testimonios familiares ni interrogar a antiguos hijos de tropa: los anfiteatros, la biblioteca, los cuadernillos de apuntes, los exámenes son parte de mi vida cotidiana.

A veces me lo encuentro en alguna de mis aulas. Recuerdo en

particular una mañana de enero en la que estaba vigilando un examen. Había cogido el sobre con las preguntas de álgebra de un cajón de mi despacho, me había cruzado con grupos de estudiantes que se desplazaban y se concentraban en una ola movediza, los había hecho entrar en el anfiteatro. Había visto cómo se apretaban unos contra otros, como tantos otros estudiantes, en tantos otros anfiteatros, se habían apretado antes que ellos. Aquel era para mí, ese día, el lugar de una rutina sin sorpresas: hacer que se respetaran los asientos anunciados en la puerta, lograr que guardaran silencio, abrir el sobre, sacar las preguntas y pasar entre las filas para repartirlas, verificar los carnés de los estudiantes, contarlos, sentarme y mirarlos trabajar, dejando que mi mirada se detuviera a veces para descifrar con más atención algunos rostros. Serios o desenvueltos, ansiosos o seguros de sí, reflexionaban, se dormían, comían, bebían, escribían febrilmente, tachaban, soñaban. Era una prueba de examen, pero no creo que nuestros exámenes vayan acompañados, para nuestros estudiantes, de una gran solemnidad: uno no come plátanos en una circunstancia solemne. Observándolos, trataba de recordar otros anfiteatros, más solemnes, en los que yo misma había hecho exámenes. Aquel día me quedé contemplando a un joven de veinte años y a una joven, de veinte años también y embarazada, que trabajaban en los dos extremos de la sala, ambos más jóvenes aún que mis padres cuando estaban esperando su primer hijo. Y una imagen del anfiteatro donde se daban las clases de física general en Argel en 1952, un anfiteatro que no he visto nunca, me vino a la cabeza. El chico no se parecía nada a mi padre, la chica no se parecía a mi madre, pero fue en mis padres en quienes pensé aquella mañana. En ellos, jóvenes y felices, y también en mí, mirando el vientre de la estudiante, preguntándome de qué historia sería depositario aquel retoño.

Desde entonces, a veces observo a un estudiante, contemplo su aspecto juvenil, y me digo: «Bueno, tener veinticinco años es esto». Pues, en efecto, mi padre no sobrepasó la edad que tienen algunos de mis estudiantes.

Unos días después, cuando acabé de corregir los exámenes de álgebra, cuando se levantó el anonimato, verifiqué que aquellos dos jóvenes habían superado la prueba. No había sido el caso de mis padres en física general. Las fechas son claras: seguir el curso de física general en 1951-1952 y haber aprobado el examen el 4 de junio de 1953 es haber suspendido en 1952.

El curso de física general era muy difícil. Tan difícil que él se había encargado, dijo mi madre, de hacer un cuadernillo de apuntes para ese curso. Lo que aquello representaba en la época es casi imposible de imaginar cuando estas cosas se han vuelto tan fáciles para los

estudiantes, que no tienen más que ir a buscar a una página web los ficheros que los profesores ponen a su disposición. Él había tenido que conseguir los apuntes del profesor. Quizá estaban ya mecanografiados, pero no sé cómo los reprodujo él.

Difícil, el curso de física general era, sobre todo, aburrido. Tan aburrido que los estudiantes, en el anfiteatro, pensaban en otra cosa, levantaban la vista. «Yo me había fijado en él», me dijo mi madre, púdicamente. Seguro que él también se había «fijado» en ella, de modo que el aula magna del martes por la tarde se hizo mucho menos aburrida, y suspendieron el examen los dos. En una página del álbum de fotografías, él escribió en letra de molde el título «antes del suspenso». Un título extraño, pensé, parecen muy felices. Se aburrían, se fijaron uno en el otro, él habló, suspendieron, eran felices.

*

Ahora me gustaría tratar de describirlo, de trazar su retrato de adulto joven. Era de estatura mediana, más alto que mi madre, que mide casi un metro sesenta. En la foto de los sombreros parece ligeramente más alto que su cuñado Christian. No sé cómo, pero creí saber que medía un metro setenta y dos. Curiosamente, conozco su número de la seguridad social, 1 32 02 96 930 501 (hoy sería 1 32 02 96 930 501 13, pero en esa época sólo había trece cifras), aunque no su estatura exacta. «1,74 m», dicen los documentos policiales, los permisos que le concedieron en 1956 para un viaje que hizo a París y que mi madre conservó. Era delgado, las fotos lo manifiestan. Tenía los ojos marrones, negros según los permisos de viaje. Su pelo era negro y ondulado, incluso rizado. Es llamativo que en las fotos de carné, al igual que en las fotos «de traje» un día de celebración familiar, tenga el pelo alisado, seguramente con brillantina.

Llevaba camisetas (así llama mi madre, todavía hoy, a las camisas de manga corta para hombres o para mujeres), se ve en las fotos, pero lo que no se ve es que era su madre quien le cosía las camisas. «Nos cosía toda la ropa», dice Charlye, y mi abuelo, durante mucho tiempo, les arregló las suelas de los zapatos.

También llevaba zapatillas de tenis, que hoy llamaríamos deportivas, pero que en la época eran de tela, como se ve también en las fotos. Camisetas y zapatillas de tenis, pero «aspecto distinguido»: «Me impresionaron su capacidad y su porte distinguido», me escribió Alain Buono, el hermano pequeño de mi tío Christian.

Pese a lo que las zapatillas de tenis parecen indicar, él no hacía deporte. Eso, que confirma la incapacidad señalada en Autun, lo utilizó más tarde Pierre Vidal-Naquet en su argumentación contra la tesis de la evasión defendida por el ejército: demasiado endeble para

haber podido saltar de un todoterreno y huir, sobre todo después de varios días de tortura. No era deportista, démoslo por sentado. Por lo demás, no era una época en que estuviese de moda hacer deporte; en aquel tiempo, los deportistas no corrían por la calle. Es posible que se interesara por algunos aspectos del deporte, el ciclismo en particular, porque a mi madre le gustaba mucho el Tour de Francia. Se sabe que una vez (¿una vez o varias veces?) fue de Argel a Aumale en tándem con Christian y que un día hizo un centenar de kilómetros con Alain Buono, que lo recuerda: «Hacia Birmandrès, luego Blida y una vuelta difícil para subir a la Bouzaréah. ¡Era un tándem! Estaba detrás de mí: él pensaba, yo pedaleaba».

Ni siquiera sé si sabía nadar.

20

Del periodo de los primeros años cincuenta queda una carta, dirigida a su hermana Charlye y a su cuñado Christian en 1950. Mi padre les escribía desde Argel, ellos vivían en Aumale, donde eran maestros. La pequeña ciudad de Aumale, a cien kilómetros al sureste de Argel, había perdido su hermoso nombre de «muro de las gacelas», Sûr al-Ghozlan, para adoptar el de uno de los héroes de la colonización, hijo del rey Luis Felipe y duque de Aumale (la toma de la *smala* de Abd al-Qádir en 1843, ya saben…).

En esta carta, les enviaba modelos de caligrafía en árabe, *Bismillah* (en nombre de Dios, que abre la primera sura del Corán y que es la primera frase que se caligrafía en árabe). El uso al que destinaban aquellos modelos no está claro. En la carta, escribía «mi Corán». ¿Tenía entonces un Corán en árabe? No sé si hablaba, leía o escribía habitualmente en esta lengua. Sus padres lo habían apuntado a clases de árabe antes de que entrara en Hammam Righa, pero allí lo que había estudiado era alemán (era la regla, los hijos de tropa aprendían alemán), y no creo que hubiera seguido estudiando árabe. Es poco probable. El fragmento de horario de Autun incluye el alemán y el inglés.

A través del Corán, se introduce en este texto el asunto de la religión. Su hermana Charlye hizo la comunión en Béja. Su madre, que le había hecho un vestido blanco, había dejado de ir a la iglesia tras la muerte de sus hijos, pero, cuando la familia vivía en Bayona, Charlye seguía yendo a misa todos los domingos, y probablemente él también. Aline había hecho la primera comunión (y se casó por la iglesia). Jean-Pierre la hizo en mayo de 1957. Así que yo estaba casi segura de

que él también la había hecho. El dato me lo dio mi tía Aline: fue en la iglesia de Santa María y San Carlos del Agha, el 21 de mayo de 1942 (antes, por tanto, de Hammam Righa). La dificultad de conseguir dicha información, el hecho de que nadie haya podido decirme quién fue su madrina, muestra lo poco importante que era la religión para él y su hermana Charlye (y mi madre) de adultos. En Hammam Righa tenía que ir a misa los domingos, pero ya en Autun no era obligatorio. Lo que hizo no lo sé.

Y tampoco sé cuándo y cómo dejó de ser, de considerarse, cristiano. Se interesaba por muchas cosas, entre ellas la cultura y la filosofía hindú, que fueron una especie de alternativa a la religión católica antes de hacerse comunista. Algunos volúmenes en rústica de la biblioteca de mi madre, amarillentos, que seguramente nadie volvió a abrir nunca, son prueba de ello.

En Argel, tras alejarse del catolicismo, vino, ya en la época de la universidad, el partido comunista. Quizá las tradiciones obreras lionesas, los años en Autun, con sus «fana-milis», ciertamente, pero también la familia de su madre, debieron de contribuir a la formación de su conciencia y de sus convicciones políticas. Aquellos colonos de la Mitidja, cuyos padres y abuelos habían limpiado y cultivado las tierras que ahora, junto a sus tíos y primos, parecían esforzarse en volverlas inhabitables, por el modo en que trataban a sus obreros agrícolas «indígenas», sus esclavos -árabes, todos ellos ladrones, mentirosos, sucios y perezosos, otra especie que (por suerte) necesitaba muy poco para vivir, un poco de sémola y unos dátiles, que sólo comprendía las cosas por las malas-, consiguieron que gente con menos sensibilidad que él se volviera anticolonialista.

Se hizo comunista en 1951 siguiendo a mi madre: ella se había adherido al partido comunista argelino en 1950. Lo que les motivaba era más la lucha anticolonialista que la lucha de clases.

*

En 1952, René de Possel, que era el profesor de matemáticas titular de la cátedra de Mecánica Racional, obtuvo la de Análisis Superior (lo cual suponía una promoción). Al mismo tiempo se decidió crear un puesto de ayudante para dicha cátedra, y De Possel se lo propuso a mi padre, que era estudiante suyo. Así que lo nombraron «ayudante delegado» el 1 de febrero de 1953, antes de haber acabado el DES (e incluso antes de obtener el diploma de licenciatura, en junio de 1953). Un ayudante es lo que hoy llamamos un profesor investigador: enseñaba en la universidad y trabajaba en lo que sería su tesis.

El 1 de octubre, renovaron a mi padre como ayudante delegado para 1953-1954, y después, el 1 de octubre de 1954, lo hicieron titular. En uno de los cuadernos de cuentas de los que hablaré más adelante, leí que ganaba setenta mil francos al mes (cuando lo hicieron titular, le impusieron retenciones retroactivas: como delegado no había cotizado para la jubilación), y traté de entender a qué correspondería aquello hoy mirando el precio de lo que él y mi madre compraban. Decidí utilizar la «escala huevos». Cuatro huevos el 26 de enero de 1953 les costaron 68 francos; en nuestros días, eso sería, digamos, 1,20 euros (el precio de los huevos se duplica según el lugar donde se compren, he elegido un valor intermedio), de donde se deduciría que setenta mil francos de 1953 corresponden a mil doscientos treinta y cinco euros de la Francia de 2011, lo que seguramente no está muy lejos de la cuenta (el sueldo neto de un profesor universitario principiante es de mil setecientos veintiseis euros, la cualificación que se exige es superior, lo que hace de nuevo difíciles las comparaciones, pero en ambos casos se trata del primer puesto para un joven profesor investigador). El mismo cálculo partiendo del precio de un paquete de cigarrillos llevaría al salario astronómico de siete mil seiscientos euros: limitémonos a deducir de ello que la vida era más fácil para los fumadores.

*

Las matemáticas, la universidad, la militancia, la familia. La familia era sobre todo, en esa época, primero mi madre y luego nosotros, sus hijos. Él y mi madre se veían en la biblioteca, durante las clases, en las reuniones de célula… También pasearon mucho juntos, ya lo he dicho, y un día «él habló», como dice mi madre.

Él y mi madre, que se llamaba Josette Sempé, se casaron el 24 de enero de 1953, una semana antes de su nombramiento como ayudante, tres semanas antes de sus veintiún años. Él era, pues, menor de edad, y la fecha de la boda se había decidido a propósito, antes de su mayoría de edad, para que sus padres tuvieran que dar su consentimiento. A él le preocupaba este consentimiento, sobre todo porque habían decidido no casarse por la iglesia, algo que no se hacía mucho en aquella época y en aquel entorno, y que a mi abuela no debió de entusiasmarle, principalmente por el qué dirán y los comentarios de las vecinas. Añado que, si bien la ceremonia se redujo a la mínima expresión, sí intercambiaron alianzas, antes de lo cual él le había regalado un anillo «de compromiso» y joyas cabileñas. Los padres de mi padre habían visitado a la abuela de mi madre, para una especie de petición formal. Y hubo un ajuar, las chicas tenían ajuares. Fue una ceremonia sencilla, pero una ceremonia al fin y al cabo, hasta

el punto de que mi madre llevaba medias, algo que no hacía (no hace) nunca; por cierto, se las quitó mientras subía las escaleras de la casa de su abuela para la merienda que siguió a la ceremonia. En cuanto a él, ni siquiera sé si llevaba corbata, porque mi madre, que se acuerda muy bien de que él detestaba esos complementos, ni siquiera está segura de que aquel día se hubiera puesto una. Y, algo que puede parecer increíble, no se tomó ninguna fotografía ni durante la ceremonia ni después.

El hogar se convirtió rápidamente en una familia, con mi nacimiento el 3 de enero de 1954 y los de mis hermanos el 18 de octubre de 1955 y el 28 de abril de 1957. Quizá habrían tenido más hijos. Por no mencionar al que brevemente pensaron en adoptar tras el temblor de tierra de Orléansville en septiembre de 1954. Charlye tuvo seis, Aline siete y Lucette, la hermana de mi madre, cinco.

Eran muy jóvenes para tener hijos, ella no había cumplido los veintitrés y él no había cumplido los veintidós, pero él tenía un hermano pequeño, doce años más joven, y había visto a su madre cuidarlo; tenía una ahijada y también una sobrina y un sobrino, y había visto a su hermana ocuparse de ellos, y sin duda es cierto que a él lo asustaba menos la responsabilidad de un bebé, cuando nací, que a mi madre.

Mi nacimiento fue uno de los primeros «partos sin dolor» de Argel; él lo había «preparado» con mi madre, no esperó en el pasillo fumando cigarrillos nervioso, «participó» hasta el punto, dice mi madre, de que vio al bebé antes que ella. Sin embargo, aquí los estereotipos se interponen entre él y yo. Cuando me lo imagino de padre joven yendo a buscar, en plena noche, a un camarada estudiante de medicina para su hija enferma, no es a él a quien veo, sino a todos los padres jóvenes (tal vez esto sea una digresión, tal vez no, pero no puedo evitar contarles, porque es una de las cosas que sé, que este estudiante de medicina se llamaba Georges Counillon, que la palabra «camarada» significa que era comunista, y sé también que después pasó al maquis y que allí lo asesinaron).

Él «se ocupaba de sus hijos», como dice mi madre, y ambos compartían el cuidado de los niños, lo que quiere decir que no buscaron a alguien que nos cuidara, ni a Louis ni a mí; que uno de ellos se quedaba con nosotros mientras el otro asistía a una clase o la daba. ¿Era él tan feminista como ella dice? Probablemente no, o bien es ella quien no lo era. Mi madre dejó de estudiar para ocuparse de sus hijos (por cierto, a ella también se la califica como «sin profesión» en mi partida de nacimiento). Él se ocupaba de sus hijos, de eso no tengo ninguna duda, e incluso puedo decir que lo sé bien. Pero él trabajaba en una tesis, trabajaba de verdad. La división del trabajo y el reparto de las tareas parecen haber sido bastante convencionales.

En los cuadernos de cuentas que tuvieron, intermitentemente, era él quien escribía hasta que yo nací, y luego, cada vez más a menudo, era la letra de mi madre la que iba trasladando las listas de las compras.

21

Hacer una lista de los lugares donde vivió con mi madre no plantea grandes dificultades: ella no lo ha olvidado, quedan papeles.

Primero vivieron en un estudio en la punta Pescade, a doce kilómetros al oeste de Argel, que mis abuelos habían alquilado para ellos. La dirección era:

Le Lavandou
Punta Pescade
Argel

Había un cuarto de baño, un bidé, una ducha, pero no agua caliente, y tampoco calefacción (lo cual era la norma en Argelia). Pero el inmueble daba directamente al mar, al que se accedía mediante una escalera. Allí fue donde vivió, con mi madre, a partir de su boda, el 24 de enero de 1953.

Era un estudio y no era céntrico. Cuando supieron que ella estaba embarazada, buscaron un apartamento más grande y se mudaron, después del verano de 1953, dice mi madre, a uno con tres habitaciones, una de las cuales no tenía ventana, lo que disminuía la «superficie corregida», si es que esta noción era pertinente allí, con una cocina y sin cuarto de baño ni tampoco calefacción (el primer calentador que utilizaron lo adquirieron cuando tuvieron un hijo). La dirección era:

rue de Nîmes, 22
Argel

en el centro de la ciudad. Allí vivían cuando yo nací. Allí pidió que le enviaran las pruebas de su «nota» (un breve artículo de matemáticas publicado por los *Comptes rendus de l'Académie des sciences*, las Actas de la Academia de Ciencias) del 9 de junio de 1954. Es la dirección que llevan las tarjetas de visita que mandó imprimir. También es la dirección que da el *Bulletin de la Société mathématique de Franceen* la «lista de miembros a 30 de junio de 1953» (y en su volumen 81) y fue,

por tanto, a esta dirección adonde le reexpidieron una solicitud de separatas dirigida al instituto Henri Poincaré de París por el matemático brasileño Leopoldo Nachbin en 1954.

En agosto de 1955, mi madre estaba de nuevo embarazada, mi padre se sacó el carné de conducir, y se volvieron a mudar. Abro aquí un paréntesis. Su padre le había enseñado a conducir, así era en aquella época (por cierto, fue él quien empezó a enseñar a conducir a mi madre). Aquí la información es extremadamente precisa, se sabe en qué fecha exacta hizo el examen y en qué condiciones, pues aquel día escribió una carta (en papel con membrete de la universidad) a su padre, que estaba pasando unos días en casa de su hermana Aline

Monsieur Louis Audin
Casa del Sr. Robert Voisin y Sra.
en Maginot, por Sidi Aïssa

para anunciarle la noticia.

Argel, 22 de agosto de 1955

Querido papá:

Aquí hace un poco menos de calor, pero aun así no hace bueno; por eso me da una pereza terrible ponerme escribir y no te contaré gran cosa.

Simplemente quería avisarte de que he aprobado el examen de conducir esta mañana. Me llevó un amigo, pasé casi enseguida (el segundo) y salió bien. Por desgracia, hasta dentro de cinco o seis días no me darán el permiso en la comisaría. Ha sido una decepción, porque creía que lo entregaban inmediatamente. Así que habéis hecho bien en no esperar, porque no podremos subir antes de que lleguen Charlye y Christian.

Como dice mi amigo, el permiso lo tengo, pero ahora es cuando aprenderé a conducir. De acuerdo, pero me he sacado una buena espina.

Por aquí todo va bien, Michèle cada día más desenvuelta. En cuanto a Josette, está bien.

Tanto ellas como yo os enviamos a ti, mamá, Aline, Robert y los niños, muchísimos besos.

Tu hijo y alumno agradecido,

Maurice

En aquella época, para el examen de conducir, se subía uno en el

coche con el inspector, conducía un poco y contestaba unas preguntas (no necesariamente muy fáciles) sobre el código de circulación.

Mi madre y él tenían ya un coche, un 4CV de segunda mano que le habían comprado a plazos a Charlye y a Christian. Les pagaban quince mil francos todos los meses. Recuerdo que el número de matrícula era 27 BP 9A. Cerrado el paréntesis del permiso de conducir, se mudaron, con coche y permiso, durante el embarazo, a

camino Vauban
Kouba
Hussein Dey

a las afueras de Argel, esta vez al este, a una casa con jardín. Allí fue donde vivíamos cuando nació mi hermano Louis.

Delante de aquella casa, mi madre hizo una fotografía que después se reprodujo en la prensa: él lleva una camiseta blanca, está sentado y lee un periódico, sé que se trata de *L'Humanité* y que la pose estaba estudiada de modo que el titular «¡Paz en Argelia!» (con sus signos de exclamación) fuera visible; quizá sujetaba un cigarrillo en la mano derecha, da la impresión de haber interrumpido la lectura, ha levantado los ojos con aire sorprendido y su mirada sonríe a la fotógrafa.

*

En 1956 Robert Meynieux, el profesor de «mate gene», se marchó a Francia, y en julio mis padres se instalaron en el apartamento de alquiler social que dejaba libre y que estaba reservado a la universidad,

rue Gustave-Flaubert
Argel

en el barrio Champ-de-Manœuvres. Era una vivienda de tres habitaciones, en el tercer piso, con un balcón.

Entre sus papeles, he encontrado un plano del apartamento, en la esquina de las calles Ernest-Renan (arriba) y Gustave-Flaubert (a la izquierda), y un proyecto de distribución que había hecho él (y que no fue respetado del todo).

Allí fue donde pidió que le enviaran las pruebas de su última nota, allí fue donde vivía, donde vivíamos, cuando nació mi hermano Pierre, allí fue donde, brevemente, se alojó Paul Caballero, el clandestino «secretario de organización» del clandestino partido

comunista argelino, cuya presencia fue la causa del arresto y después la desaparición de mi padre, allí fue donde lo detuvieron, allí fue donde yo viví después con mi madre y mis hermanos hasta que el terrorismo de la OAS nos obligó a abandonar el barrio. Es esta dirección la que sigue figurando (en su segunda y última aparición, ya póstuma) en la «lista de miembros a 31 de mayo de 1959» de la Sociedad Matemática de Francia.

No lejos de allí, todavía en el barrio Champ-de-Manœuvres, se encontraba la Casa de los Sindicatos (que más tarde se convirtió en la sede del sindicato único), que aparece, bajo el nombre de Hogar Cívico, en el plano de Argel. Allí terminaba, tradicionalmente, la manifestación del Primero de Mayo (una plaza de este barrio se llama hoy plaza del Primero de Mayo). Quizá él recordaría, quizá nos habría contado, que fue allí y aquel día, el Primero de Mayo de 1953, cuando él y mi madre supieron que ella estaba embarazada.

*

A esos lugares de vida hay que añadir la biblioteca de la facultad. Allí trabajaba él, allí trabajaron los dos, juntos o por separado. Incluso mi abuela mencionó la biblioteca en sus recuerdos: escribió que mi padre vivía más en la universidad que en casa porque la biblioteca estaba bien surtida. Ella no estaba al corriente de todas sus actividades y podía pensar que él estaba trabajando en la biblioteca mientras participaba en una reunión de célula o repartía panfletos, pero desde luego que la biblioteca era un lugar importante, en esto ningún matemático me podrá contradecir. La noción que tengo del funcionamiento de las bibliotecas sólo me sirve para plantearme cuestiones más detalladas. Sé que había fácil acceso a muchos libros, aunque no a todos, algunos había que pedirlos a un empleado del depósito, pero ignoro si los estantes en los que estaban ordenados eran de madera o de metal. Si estaban clasificados por orden alfabético de autores o por tema no lo sé, y la signatura (206772), que es la única indicación que figura en un libro de esta biblioteca que «poseo», no permite contestar a esta pregunta. La biblioteca era amplia y había muchas mesas donde se podía trabajar, me dijo mi madre. Sé que en aquellas mesas podían sentarse seis estudiantes. Pero no sé si estaba abierta hasta tarde por la noche, si el archivo (fichas Brístol en delgados cajones de madera o de metal) facilitaba el acceso a los libros mediante entradas múltiples, cuáles eran las condiciones del préstamo, e incluso y sobre todo, si había muchos libros, periódicos: tampoco de eso sé nada.

No sé qué lo hacía reír, qué lo divertía. ¿Qué tipo de bromas? ¿Los calambures? ¿Las diferencias? ¿Los «colmos»? Algunas «bromas idiotas» de Christian, escribe el propio Christian. Seguramente Charlot, pero ¿quién más?

A veces también me pregunto qué le gustaba comer. Si le gustaba el chocolate y si se tomaba el café solo. Si le gustaba el vino, el anisete, las espinacas, el *gratin dauphinois*…

He tratado de contestar estas preguntas leyendo sus cuadernos de cuentas. Desde el día siguiente a su boda, empezó a anotar lo que gastaban él y mi madre y así durante treinta y un días, hasta el 24 de febrero de 1953. Volvió a empezar en marzo de 1954 y, después, en agosto de 1954. Una explicación sería que aquellos cuadernos sirvieron de prueba -«Vamos a ver lo que gastamos durante un mes»-, después de la boda, luego con el nacimiento del primer bebé y finalmente cuando se pusieron a administrar también dinero del PCA. Esos dos cuadernos dan una idea del modo en que vivía, e incluso de lo que le gustaba.

En cambio, los cuadernos no revelan quiénes eran sus amigos. Estos no dan lugar a gastos visibles: nada indica, durante los periodos en que llevó las cuentas del hogar, que algún amigo hubiera ido a comer a su casa. Muchos amigos comunistas. Otros también, como Lefrançois (o François) vinculado a Autun y las estanterías, y también su hermana, que ni siquiera tiene nombre, de la que mi madre recuerda que estaba en casa cuando tuvieron que marcharse a la maternidad por el nacimiento de su primera hija, pero de la que, a fin de cuentas, ni siquiera está segura de que fuera su hermana (¿quizá más bien su prometida?, ¿o su mujer?). Los cuadernos tampoco indican cuándo visitaban a los padres de él, a la abuela de ella, cuándo veían a Charlye y a Christian… Estos últimos, que eran maestros, iban todos los jueves a Argel y dejaban a los niños en casa de mis abuelos, en la rue Barbès. ¿Se veían ese día? ¿O el domingo? Seguramente la respuesta a esta pregunta fue variando según la época. En 1955, cuando tuvieron el 4CV, él (y con él mi madre y yo) fue a verlos a Makouda, lejos, en la Cabila, y de ahí es el álbum de fotografías que lo testimonia. Después Charlye y Christian se acercaron y debieron de verse más a menudo, más aún cuando su apartamento de Birkadem fue utilizado por el PCA para ocultar allí a sus clandestinos.

*

He aquí, pues, lo que se puede leer en los cuadernos de cuentas:

El primero data de 1953. Después de la boda, el pan, el periódico y los cigarrillos son las compras casi diarias. Él fumaba. En aquella época el cigarrillo no era una vergüenza, sino un detalle interesante. Él fumaba Camelia Sports. En los colegios de hijos de tropa les daban, me han dicho, su ración de cigarrillos como en el resto del ejército. En una de las fotos nevadas de Autun, él y su compañero tienen un cigarrillo en la boca. Los Camelia Sports eran una especie de Gauloises locales. El cuaderno dice que él compraba un paquete diario, o casi. Y los encendía, al menos en 1954, con un encendedor de gasolina, porque el segundo cuaderno registra las compras de gasolina para ese mechero. Fumaba en la cama, lo sé porque, entre las minúsculas huellas que dejó, hay un agujero en una manta.

Él y mi madre comían carne (bistec, caballo, saladillo, costillas, carne de cerdo, hígado), huevos, salchichas, jamón y sobrasada. Compraban patatas y pasta, pero también tomates, lechuga (una sola vez durante aquellos treinta y un días), hortalizas (zanahorias, coliflores, alcachofas, berros), habitualmente queso (camembert, brie), frutas (sobre todo plátanos, pero era invierno, naranjas y mandarinas), compraban a menudo galletitas de mantequilla, a veces tartas, una vez caramelos y una vez chocolate. En cuanto al «color local» (o, más exactamente, en cuanto al espíritu de la época), observo que hacían compras todos los días (por supuesto, no tenían nevera). Bebían café, el café aparece ocho veces en los treinta y un días en cuestión, pero no leche, o poca, porque sólo compraron una vez, y eso contesta a la pregunta del café solo. No se menciona ninguna bebida alcohólica, lo que contesta provisionalmente a la pregunta del vino y el anisete. Compraron buñuelos, los *ftaïrs*, en la calle, iban poco al café (dos veces) pero comían en el restaurante universitario, donde se encontraban con compañeros, porque el cuaderno registra a veces que han revendido un tique. En Argel había dos restaurantes universitarios. El de la Asociación de Estudiantes Musulmanes de África del Norte se encontraba en La Robertsau y era el que mi madre y él frecuentaban. El precio del tique de comida era de setenta y cinco francos, lo cual, siempre utilizando la «escala huevos», una comida por 4,42 huevos era muy barata.

No salían mucho, vivían lejos del centro y acababan de casarse.

Los cuadernos también dicen cosas sobre su modo de vida. El hecho de que él no era muy manitas, por ejemplo. Los gastos de material son muy pequeños para una pareja joven que se estaba instalando: dos metros de cable eléctrico, ganchos, una bombilla y una lámpara; los del hogar son todavía más escasos, esperaron dos semanas para sentir la necesidad de comprar, el 7 de febrero, un «trapo para el suelo» y «estropajos Gex». Los gastos de representación

tampoco es que los arruinasen: compraron dos Dops, una vez pasta de dientes, brillantina (¡vaya!) y jabón, pero no ropa (es verdad que el periodo incluido es muy corto); tres veces llevaron ropa a «limpiar» y uno de ellos fue una vez al peluquero. Tampoco se mencionan gastos en fotografía. La hermosa foto que los retrata a los dos juntos se sacó en una tienda de Bab el-Oued, Splendid Photo, en marzo, justo después del periodo del cuaderno: ya lo he señalado, ¡la boda había sido tan sencilla que ni siquiera había habido fotos! Hizo falta compensarlo.

Justo al día siguiente de la boda, el domingo 25 de enero de 1953, primer día del primer cuaderno de cuentas, él y su joven esposa, mi madre, acudieron a la reunión anual de entrega de carnés del «partido». Así pues, desde el primer día, la lista de cuentas contiene gastos ligados al PCA. Él y mi madre hicieron donaciones regulares, en particular una donación «para los Rosenberg» el 14 de febrero, lo que no impidió la ejecución de Ethel y Julius Rosenberg en junio; lo que sintieron, lo que sintió él, no me cuesta nada imaginarlo.

Estaban abonados a *La Nouvelle Critique* y compraban periódicos. Leían el diario *L'Humanité* (puede verse en la fotografía que ella le sacó y que ya he descrito, en una fecha un poco posterior, porque el periódico llevaba el titular «¡Paz en Argelia!»). El cuaderno lo dice: también compraban *Les Lettres françaises*, de donde podemos deducir que leyeron, unas semanas después, el número de ese periódico en cuya primera plana aparece el famoso retrato de Stalin por Picasso, pero de lo que él pensó de aquel retrato no sabemos nada, lo mismo que tampoco sabemos qué sintió tras la muerte del «pequeño padre de los pueblos» el 5 de marzo. Podemos imaginarlo, al igual que imaginamos lo que los comunistas sintieron, pensaron, pero su manera particular de hacerlo la ignoramos.

Puesto que se han mencionado las suscripciones a los periódicos, añado que el cuaderno nos cuenta que estaba abonado al *Bulletin du CNRS*, y que pagó su primera cuota a la Sociedad Matemática de Francia, mil trescientos veinte francos, el 20 de febrero de 1953 (y, como él lo había conservado, sé que esta sociedad le envió muy pronto su carné de miembro, el 24 de febrero, según el matasellos).

Los cuadernos también informan de las entradas de dinero. Antes del puesto de ayudante, él había dado clases de matemáticas, física y química en un curso privado (nos lo dice otro cuaderno: quizá en ese, quizá en otro, había enseñado los miércoles en clase de cuarto, en octubre y noviembre de 1951, al menos tres miércoles), pero había discutido con la directora, que, según mi madre, estaba medio loca. ¡Cómo no iba a discutir! Si lo he entendido bien, esta directora medio loca era la del colegio privado que sufría Yann, el hijo de De Possel. Además, mi padre había corregido exámenes para un curso por

correspondencia. Seguía dando pequeñas clases, y mi madre también.

El cuaderno ve pasar sus respectivos cumpleaños, él cumple veintiuno el 14 de febrero y ella veintidós el 15, sin que se mencione ningún gasto en particular, ni flores ni tarta, quizá una compra de libros el sábado 14. Pero era fin de semana y los cumpleaños pudieron celebrarse con sus familias. Por el contrario, una página aislada contiene los gastos del 26 de mayo de 1953 e incluye un «Cumpleaños mil quinientos francos»: el 26 de mayo era el cumpleaños de su madre, que aquel día cumplió cincuenta y un años.

El segundo cuaderno data de 1954. Se trata, materialmente, de una agenda de 1952 reciclada. Con minuciosidad, y sin duda por adelantado, él modificó de pronto los nombres de los días: el 14 de marzo era, en 1954, un domingo y no un viernes. Es en esta fecha cuando vuelven a empezar las cuentas. Cubren el periodo del 14 de marzo al 22 de mayo y del 21 de agosto al 10 de septiembre de 1954, y muestran hasta qué punto ha cambiado su vida un año después.

Su salario, «retribución» se decía, que, por supuesto, no le habían pagado acto seguido de su nombramiento en febrero de 1953, llegaba ahora regularmente, vivían en el centro de Argel y tenían una hija. También sabemos que la hermana de mi madre, Lucette, vivió en su casa durante este periodo, lo que explica por ejemplo la compra de seis costillas y tres *zelabias* el 12 de mayo. Las clases particulares que daban ambos les proporcionaban seis mil francos al mes, lo cual se añadía a los setenta mil del sueldo. Uno de los alumnos a quienes dio clases durante este periodo se llamaba Mohamed Rebah (su hermano Noureddine fue asesinado en el maquis, también a los veinticinco años, en 1957). El alquiler costaba veinte mil francos, los impuestos cuatro mil setecientos, la cuota de la CGT (así que estaba sindicado en la CGT), mil cien francos.

Tenían una limpiadora a la que sin duda trataban de usted, a la que sin duda no llamaban, como era la costumbre en los franceses de Argelia, «una *fatma*», que se llamaba Barka, a la que pagaban cien francos la hora y que hacía la compra, pero seguramente también el grueso de la colada, en especial los pañales (aunque ellos hacían una parte de la colada fuera de casa). En la «escala huevos», cien francos la hora es poco, pero, conociéndolos, supongo que en Argel, en 1954, era el precio normal. El salario mensual de un joven «profesor investigador» representaba, pues, setecientas horas de limpieza (en Francia, hoy, serían más bien ciento cincuenta horas). Aquello era Argelia y el colonialismo, y hasta los cuadernos de cuentas eran capaces de reflejar eso.

Antes de comenzar estas cuentas, determinó, en la página del 13 de marzo, un plan de menús semanales, en el que programaba

«mercado 8 h» los martes y los sábados. Y el cuaderno nos revela que el sábado 8 de mayo no fue al mercado uno solo, sino que hicieron la compra juntos, porque está apuntado que pagaron tres quiches y dos buñuelos: los buñuelos son los *ftaïrs* que hacen delante de ti y que te dan, chorreando aceite de fritura, en un trozo de papel de periódico. Los buñuelos no se llevan a casa, se comen enseguida, en la calle, y, si se compran dos, es porque hay dos personas. Asimismo, el 22 de mayo, sábado también, tres bistecs de caballo y dos buñuelos, que ese día él anotó como «*phtaïrs*». Fueron juntos a hacer la compra y luego comieron, en su casa, con Lucette, que se había quedado con el bebé.

Si, como los demás días, hubo cigarrillos y pan el domingo 14 de marzo, hubo también aquel día dos viajes en taxi, dos butacas de cine (más la propina de la acomodadora), caramelos y dos pasteles, e incluso helados de chocolate (que todavía no se llamaban *eskimos*), en el intermedio, antes de la película larga, por supuesto. ¡Día de fiesta!, lo cual permite imaginar que era la primera vez que salían desde el nacimiento del bebé, pero no nos dice quién lo cuidaba (¿Lucette, en la casa de ellos?, ¿la madre de él, en la suya?), ni por qué tomaron un taxi ni, sobre todo, qué película fueron a ver. *Thérèse Raquin*,recuerda mi madre, sin estar segura, porque la vieron, sí, pero ella no sabe si antes o después del nacimiento. Volvieron al cine el martes 13 de abril y el 10 de mayo, esas veces sin registrar gastos accesorios, y en ambos casos, ¿para ver qué? Hojeando viejos periódicos en páginas web, descubrimos que *Julio César* la pasaron en el Régent y en Variétés a partir del 16 de abril y *Fanfan la Tulipe* en el Majestic en mayo, pero seguramente ellos ya la habían visto. El cuaderno no sabe que haya habido otra salida hasta el 29 de mayo, ni tampoco entre el 21 de agosto y el 10 de septiembre. Añado que, aunque en los cuadernos no se vea, eran miembros del Círculo de Estudio del Cine Soviético, una asociación que organizaba proyecciones de películas soviéticas.

El cuaderno muestra también la «mejora» en las condiciones de su vida material: a veces tomaban taxis, estaban equipados, tenían una nevera (porque el cuaderno señala que compraban hielo y que el bloque costaba treinta francos), se procuraron una batidora (nueve mil cuatrocientos francos, el 11 de mayo, señal de que el bebé empezaba a consumir algo más que leche), una manta, quizá la que luego se quemó, un martillo y una «tenaza universal» (que todavía está, bajo el nombre de «llave inglesa», en casa de mi madre) y cincuenta gramos de chinchetas (clavos), pero no sabemos nada de lo que hicieron con ellos; pestillos y tornillos, que podemos imaginar que sirvieron para cerrar puertas; un kilo de yeso y uno de cemento, misterio. Mandaron revelar las fotos, sin duda las primeras fotos del bebé, en brazos de distintas personas de la familia (que, señalémoslo, datan de febrero, «¡¡¡Michèle tiene un mes!!!», exclama triplemente el álbum de fotos; al

igual que en 1932, en 1954 tampoco se hacían fotografías de los recién nacidos). Sabemos que tenían una cámara de fotos (aún la camara de caja Kodak), pero eso no les impidió llevar al bebé al fotógrafo (¡¡ocho mil quinientos francos!!, y ahí soy yo quien exclama doblemente), también tenían ya el álbum sobre cuyas hojas negras él pegaba las fotografías que comentaba con tinta blanca. Entre el 29 de mayo y el 8 de julio, compraron el armario planeado (que les vendieron Charlye y Christian), pero todavía no la máquina de escribir, dice el cuaderno. La «nota» presentada a la Academia de Ciencias el 24 de mayo, que está mecanografiada, lo fue por tanto con una máquina de escribir de la facultad.

Ellos, seguramente él, compraban flores a menudo, mimosas el 16 de marzo, flores el 19 de marzo, un ramo el 21 de marzo, flores para su madre el 24 de marzo, flores el 28 de marzo, tulipanes el 12 de abril, cuatro lirios del valle el 30, las flores del Primero de Mayo, que probablemente fueron también lirios, flores el 9 de mayo. Si hiciera falta en este texto un lugar donde evocar la primavera de Argel, sería este. Pero no.

Ese año el cuaderno no incluye las fechas de sus cumpleaños, así que no nos dice si le regaló violetas a mi madre, lo que sin duda hizo alguna que otra vez, ella se acuerda y yo también lo sé. Asimismo, sé que le gustaban los guisantes de olor.

El cuaderno registra el cumpleaños de Georges, el padre de mi madre, el 7 de abril, pero no así ningún gasto vinculado a él.

El cuaderno muestra también que los lunes compraban poco, lo que concuerda no sólo con el cierre de muchos comercios, sino también con el plan de los menús, que tenía programado cuscús, que él escribía «cusscuss», para el lunes. Su madre era la que hacía el cuscús, él iba a buscarlo a la rue Barbès con un gran capazo. Sé que lo comían con un tenedor (más que con una cuchara), lo que también formaba parte de la tradición familiar (y, en nuestra casa, el cuscús se come con tenedor).

Su consumo se había diversificado un poco, lo anoto desordenadamente: latas de sardinas, morcilla, pato, salchichas chipolatas, limones, calabacines, habas, alubias, un kilo de sardinas, tocino, nabo, cebollas, paté, puerros, guisantes, pescado, manzanas, carne para estofado, pollo, arroz, carne asada, yogures…

Comían más chocolate, siete tabletas y una «bolsa de chocolatinas» en dos meses. A las tartas, a los flanes lioneses, a los pasteles y caramelos, a los buñuelos y a las *zelabias* hay que añadir, porque era primavera, dos *mounas* (los tradicionales bollos de Pascua), el 4 y el 19 de abril (que fue el lunes de Pascua), y dulces de ramadán el 5 de mayo (aunque no he conseguido encontrar la fecha del ramadán aquel año). Su consumo de bebidas alcohólicas aumentó ligeramente (es

verdad que eran tres adultos en casa), el cuaderno registra diez litros de vino el 21 de marzo, una botella de vino el 28 de abril, una botella de Martini el 25 de mayo.

Hubo también una botella de anisete el 25 de agosto, que quizá llevaron a casa de sus padres para el cumpleaños de su padre. Él, o los dos, pero seguro que no ella sola, fueron dos o tres veces al café.

Alguna vez hacían compras en el Monoprix. El Monoprix estaba en la rue Michelet, y recuerdo que fue allí donde usé por primera vez una escalera mecánica, pero no sé si en 1954 ya la habían instalado.

Compraron un reloj el 26 de marzo, calzado el 4 de mayo («zapatos Maurice, cuatro mil seiscientos; zapatos Josette, dos mil setecientos noventa y cinco»), lo que prueba que no sólo llevaba zapatillas de deporte, aunque también hay un par de zapatillas de tenis (quinientos ochenta francos) que compraron en la feria el 7 de mayo, y otro (quinientos ochenta y tres francos) al día siguiente (¿quizá uno para cada uno?). También se hizo con una camisa y un pantalón el 22 de mayo; no figura ninguna compra de ropa para ella, pero ella fue a la peluquería el 23 de abril (setecientos francos). Él compraba cuchillas y jabón de afeitar Gibbs; con el tiempo, utilizó una maquinilla eléctrica.

También compraron libros, entre ellos «un Bourbaki» el 26 de abril, el *Canto general* y *El incendio* (Pablo Neruda, Mohammed Dib) el 4 de mayo, y una Biblia en la feria el 7 de mayo. Más tarde, se apuntaron al Club Francés del Libro y, lógicamente, encargaron una biblioteca para ordenar los libros nuevos (las cajas que contenían la biblioteca desmontada llegaron, aguardaron, pero él ya no estaba, y tiempo después mi madre por fin se decidió a montarla, seguramente con la ayuda de Christian o Jean-Pierre).

Queda señalar la presencia del bebé, flagrante pero no realmente invasiva (hasta donde sabe el cuaderno), para quien compraron leche en lata, un biberón, ropa interior (los pañales no existían), una vacuna antivariólica el 22 de marzo, que explica la visita del médico al día siguiente (así puedo datar con exactitud la cicatriz que tengo en el muslo derecho).

La segunda parte de este segundo cuaderno, la que se refiere a agosto-septiembre de 1954, presenta un cambio significativo: a partir de agosto de 1954, sus cuentas incluyen una parte de las de la sección del partido, lo cual prueba una toma de responsabilidades más importante.

Además, estos cuadernos nos dan otras indicaciones aparte de las que se pueden leer de forma más superficial; sí, le gustaba el chocolate, regalaba flores, bebía café solo… pero también era gracioso. Pienso en su constancia al escribir «alkachofas», tras haber

eliminado la evidente errata «halcachofas». O incluso, el 7 de mayo, anotó la compra, en la feria de Argel, de un objeto de seiscientos francos, que era un «jarro» según M. (él) y un «jarrón» según J. y L. (Josette y Lucette), lo que también se puede entender como una burla, pues ellas llamaban «jarrón» (como se hacía en Bab el-Oued) a lo que él llamaba (y nosotros también) «jarro», y que recuerda al niño travieso de la foto de 1939.

*

No sé cuáles eran sus gustos musicales y no he encontrado nada al respecto en los cuadernos. Él no provenía, ni mi madre tampoco, de esos entornos en que la música clásica forma parte casi genéticamente del patrimonio cultural. Sin embargo, habían comprado un hermoso vinilo en un estuche negro rígido, que incluía extractos de la ópera *Lucia di Lammermoor* y, según mi madre, le gustaba mucho Maria Callas. Aparte de éste, el único disco de música «clásica» que tenían era una grabación de la *Pequeña serenata nocturna* de Mozart. Quizá escuchaban conciertos en la radio. ¿Qué se oía en la radio en Argel en los años cincuenta? Aparte de la música, ¿la radionovela *Signé Furax*, como en Francia? ¿Y el jazz? Tal vez la presencia de un disco de espirituales negros cantados por Marian Anderson sea, sobre todo, una prueba de su interés militante por la contralto negra estadounidense comprometida con la lucha de los derechos civiles. Escuchaban los discos con una aguja de zafiro en el tocadiscos que estaba encima del aparato de radio. También habían comprado (para mí) *Pedro y el lobo*, narrado por Gérard Philipe, y «el» disco de Yves Montand, que es uno de los discos que más he escuchado, con la plena conciencia de ser una descendiente y una heredera de esos obreros tejedores («Estamos todos desnudos») y de sus revueltas, pero sobre todo imaginándolo a él caer, en *El canto de los partisanos*; pero ¿quién salía de la sombra en su lugar? También había un disco de Les Compagnons de la Chanson, pero no estoy segura de que estuviera ahí en su época.

¿Y la poesía? Le gustaban Paul Éluard y Nazim Hikmet, eso lo sé. Mi madre podría contarles (o no) que él le había copiado en mayúsculas estos versos del poeta turco

> Cantando todos a coro
> sacar todos juntos las redes de las aguas
> trabajar el hierro como un encaje
> labrando la tierra a coro
> comer todos juntos los higos llenos de miel

estar juntos en todo y para todo
salvo encima de la mejilla
de la mujer querida[4]

en una de las persianas. ¿Y Rimbaud? ¿Y Apollinaire?

No leía novelas policiacas, eso lo sé, sencillamente porque en casa no había. Pero ni siquiera sé si se había alegrado de vivir en una calle con el nombre de Gustave Flaubert porque le gustaba este escritor. Nada en los cuadernos permite contestar esta pregunta.

*

De forma conjunta, los cuadernos y el álbum de fotografías dan cuenta de la vida de mis padres con su primera hija: las zapatillas de tenis y el reloj de los cuadernos se los ha tragado la caja Kodak en la primavera de 1954, en una imagen del joven padre sentado con las piernas cruzadas en la hierba y enseñando una flor a su hija, foto que se pegó en el álbum.

No hay cuaderno de cuentas para hablar del nacimiento de mi hermano Louis. Pero están las fotografías. La camiseta blanca, el reloj, el segundo hijo, presentado con orgullo a la caja Kodak: esta imagen también se pegó en el álbum.

No hay cuaderno de cuentas para 1957. No hay fotografías de mi hermano Pierre con su padre.

23

El álbum de fotos lo muestra: en julio de 1954 pasaron unos días de vacaciones fuera de Argel, en casa de Aline, la hermana de mi padre. Aline se había casado, poco después de nacer yo, en enero de 1954 (tenía veinte años, pero, para gran pena de todos, no había aprobado el examen de bachillerato), de manera que yo le había proporcionado una cómoda excusa a mi madre, que no quería asistir a la ceremonia religiosa. Aline vivía con su marido Robert (un hijo de colonos) en Maginot (en una casa de colonos). Por la gracia de la administración francesa, el pueblo de Chellalat el-Adhaoura había recibido el nombre de André Maginot (el de la línea Maginot, que también había sido ministro de las Colonias).

Además, siempre según el álbum, en agosto dieron un paseo con Aline y Robert -en el coche de ellos, porque ni él ni mi madre conducían aún- por Aïn Bessem, no muy lejos de Maginot, un poco al norte de Aumale, donde habían vivido Charlye y Christian. Por cierto,

en las fotos se ve el coche, uno de tracción delantera negro.

*

No hay huellas en el álbum de fotos, tal vez se habían olvidado de llevar la caja Kodak; pero, al verano siguiente, en 1955, la familia se fue de vacaciones a Francia con el 203 de Charlye y Christian. Permítanme una breve mirada hacia atrás. Las últimas vacaciones en Francia de mi padre databan de 1950. Una fotografía, tomada sin duda por mi abuelo, muestra a mi abuela, los cuatro hijos, Jean-Pierre, Aline, él, Charlye (que le da el biberón al primer nieto) y Christian en lo alto del peñón Corneille, es decir, al pie de la enorme estatua de la Santísima Virgen que domina Le Puy-en-Velay. Él y Christian están apoyados en la balaustrada, que no ha cambiado mucho desde agosto de 1950 (la fecha inscrita en el dorso de la fotografía).

Del viaje de 1955, en el que participé, al igual que mis primos Geneviève y Michel (lo que hace que en el 203 hubiera cuatro adultos, entre ellos dos mujeres embarazadas, y tres niños), aquí me limitaré, por ahora, a elaborar una lista de los lugares: Sanary (en casa de De Possel); Vaison-la-Romaine, donde, y este es un «recuerdo» reconstruido que no me cuesta revelarles, mi padre atrapó una cigarra con una sola mano para enseñármela, impidiendo con la otra que se fuera volando; Lyon (en casa de su madre, la Louise, donde vieron a los hermanos de su padre, Pierre y Jean), adonde quizá no había vuelto desde la época de Autun y en todo caso no desde el verano de 1950; Valentine, cerca de Saint-Gaudens (en casa del padrino de mi madre, el tito Marcel); Arreau, en los Pirineos (con los hermanos de Christian).

El 16 de julio de 1955, envió una postal a sus padres a Argel, que mostraba una «vista del Saona y la Cruz Roja». La encontré entre los papeles que llegaron a casa de mi madre tras la muerte de mi abuela, sin saber exactamente por qué estaba allí, con la carta de Hammam Righa y la del permiso de conducir. En ella escribía:

> Queridos padres:
>
> Nos acercamos al final de nuestra estancia en Lyon, ya que el lunes 18 nos marcharemos de aquí para ir al suroeste (a ver a Claude, a los padres de Josette y… quizá el *Tour* de Francia). Vamos a planear la ruta para pasar por Castelsarrasin a ver a los Philéas. Nuestra estancia en Lyon ha sido muy buena, todo el mundo es muy amable con nosotros. Sin embargo, seguramente los hayamos incomodado. Subimos a comer dos veces a Saint Didier y pudimos ver a Adrien, que acababa

Siblins. Por supuesto, todos los niños han cambiado increíblemente. Todo el mundo tiene muchas ganas de volver a veros el año que viene. Creo que le llevaremos a papá una sorpresa de Lyon…

Después de ir al suroeste volveremos a la Costa Azul para ver al señor De Possel y tomar nuestro avión el 31 por la tarde (llegará por la noche, seguro). Charlye y Christian subirán entonces hacia el este de París. Todo el mundo está muy bien. Michèle y los dos pequeños no han acusado el cambio. Michèle se entiende bien con «abu-papá».

Todos os enviamos muchos besos a los dos.

Maurice, Josette y Michèle

Podría explicar una parte de esta postal, presentarles a todos los que se nombran. Me limitaré a decir que si los niños habían cambiado tanto es porque él no los veía desde 1950 (¡cinco años!); que los «dos pequeños» (que eran mucho más mayores que yo) son mis primos Geneviève, que tenía seis años, y Michel, que tenía tres; que «abu-papá» es la Louise, a la que él debía de llamar abu y a la que había que distinguir bien de la abuela de mi madre, a la que mi madre y sus hermanas llamaban «abu Sempé».

Esta tarjeta también ofrece algunos datos: viajaron (debería decir «viajamos») en avión (después de haber embarcado el 203); volvieron a finales de julio (el partido lo necesitaba y los dos meses de vacaciones previstos se habían reducido al mes de julio), mientras que Charlye y Christian se quedaron en Francia hasta finales del mes de agosto; puede que vieran el Tour de Francia (una de las actividades de las vacaciones francesas de mi madre cuando era pequeña), que aquel año pasó trece días entre Mónaco y Burdeos, y con cuyo recorrido debieron de cruzarse más de una vez (y esto es realmente fácil saberlo: quien ganó fue Louison Bobet; en cuanto a Abdel Kader Zaaf, ciclista argelino y reputado «farolillo rojo», ese año no había participado).

Como hacen los argelinos todos los veranos, pasaron también unos días en Alger-Plage, desde donde se ve el cabo Matifou.

24

En el álbum de fotos, las imágenes de Argel-Plage datan del año siguiente, 1956, porque aparecen mi hermano Louis y mi prima Claude, que nacieron a finales de 1955. Lo que no adivinarían mirándolas es que esas inocentes fotos de bebés sirvieron para

disimular, en el carrete, otra fotografía, destinada a figurar en los documentos de identidad falsos de Larbi Bouhali, el (clandestino) primer secretario del PCA. Mis padres llevaron el carrete a un fotógrafo, como hacían siempre, y después volvieron para buscar las copias. Arriesgado, de todos modos.

La política, cada vez más, dice mi madre. Desde el 13 de septiembre de 1955, el PCA estaba prohibido y la actividad militante era clandestina. Esto es una nueva digresión, pero añado que Charlye y Christian escondieron a Larbi Bouhali en su apartamento durante cuatro meses hasta que el partido consiguió organizar su salida (eso se llama una «exfiltración»). Fue mi padre el encargado de acompañarlo hasta el puerto y al barco y quien lo entregó a un marinero comunista, Christophe Guillou. Éste lo ocultó en su camarote hasta que llegaron a China.

Dicha partida tuvo lugar en septiembre de 1956. Ningún cuaderno ofrece información sobre esta historia. Con respecto a septiembre de 1956, veo en las páginas de otro cuaderno que el mecánico arregló los frenos del coche el 11 y que el 12 le cambiaron el aceite y lo lavaron, sin que pueda encontrar relevancia alguna a esta información.

En 1956, ya no había ninguna duda para nadie: lo que se estaba produciendo en Argelia era una guerra. La actividad de los comunistas argelinos se había modificado: de las reuniones de célula de 1953 a la exfiltración de septiembre de 1956… Cómo militaba mi padre en el PCA clandestino es lo que hay que precisar ahora. Su ámbito de acción era «política y propaganda», dice Sadek Hadjerès, que era uno de los dirigentes del PCA, en un artículo que le dedicó. Su sector era, pues, la propaganda.

Al afiliarse al partido, en 1951, había empezado como miembro de la célula de estudiantes, que llevaba el nombre de «Paul Langevin». Después, cuando lo nombraron ayudante, se unió a una célula del centro de Argel, cuyas reuniones se celebraban en la rue Hoche, frente a las ventanas del apartamento de sus padres, que daban a esta calle, en efecto, puesto que el edificio de la rue Barbès, 6 se encontraba en la esquina de las calles Barbès y Hoche.

Podría, con lo que me ha contado mi madre, intentar elaborar una lista de lo que hizo por el PCA: vender periódicos, *Liberté* (que era el «órgano central» del PCA) e incluso, todos los jueves, por la mañana muy temprano, ayudar a que se publicara (eso dice mi madre, sin que yo pueda explicarme qué significa exactamente), participar en reuniones, conferencias, a menudo en la Librairie Nouvelle. ¿Y el Círculo de Estudiantes Marxistas, del que habla Mohamed Rebah en su libro? Mi madre menciona también guardias en la mutua de estudiantes, pero seguramente eso fue antes de su boda y en un marco

más bien sindical. No el puerta a puerta para que firmaran el llamamiento de Estocolmo, porque en 1950 todavía no era miembro del partido.

Ir a las manifestaciones, ¿qué manifestaciones? ¿Las de antes de la guerra, contra la bomba? ¿Contra Ridgway la Peste, como en París en 1952? ¿Gritando *US go home*? ¿Contra la guerra de Corea? ¿Contra la guerra de Indochina? ¿Y a favor de Argelia?

¿Y las elecciones? Hubo legislativas y cantonales en 1951 (él no votaba aún), municipales en abril-mayo de 1953 (esta vez tenía edad para votar). En 1955, más cantonales. El PCA participó en la campaña electoral, antes de que lo prohibieran. Y después fueron las elecciones legislativas anticipadas del 2 de enero de 1956, de donde salió la Asamblea Nacional que votó dar plenos poderes a Guy Mollet. De lo que hicieron los militantes del PCA prohibido, de lo que hizo él en aquellas elecciones no sé nada. En 1954 pegó carteles, lo sé porque uno de sus cuadernos de cuentas señala la compra de pegamento Rémy y de una brocha para carteles.

Al leer y escuchar estos testimonios, puedo resumir así su actividad colaborativa: distribuía la prensa y se ocupaba de la seguridad de los militantes que habían pasado a la clandestinidad, les conseguía papeles falsos, y los llevaba de un escondite a otro en el 4CV, como en el caso de la exfiltración de Larbi Bouhali.

En marzo de 1957, otro dirigente comunista clandestino, Paul Caballero, reemplazó a Larbi Bouhali en casa de Charlye y Christian. Y después, cuando cayó enfermo, mi padre lo trasladó a nuestra casa y trajo a un médico comunista. Era otra de sus misiones. El médico, arrestado, torturado, acabó diciendo en casa de quién había curado a Paul Caballero, lo cual condujo a su arresto. Ningún cuaderno ofrece tampoco información sobre él, pero eso es asunto de la Historia.

*

Pero volvamos a 1956. Argel-Plage, la política, las matemáticas y, también, un trabajo obligatorio en Correos… Dos cartas permiten describir los distintos contextos de aquel verano de 1956. La primera está firmada por De Possel y da una idea de lo que significaba ser ayudante. Aunque mi primer empleo en la universidad fue también un puesto de ayudante, me costó bastante comprender en qué consistía aquello exactamente: en mi época, ya no se era ayudante de un profesor en concreto. Seguro que él fue más que un alumno, porque De Possel fue testigo de su boda (aunque ya había sido testigo en la boda de uno de sus ayudantes más mayores, Jean Pouget), y porque la

familia visitó al profesor cuando viajó a Francia en el verano de 1955. Pero ¿su ayudante? En la enseñanza desde luego, pero también en la administración, a juzgar por las facturas de la «Cátedra de Análisis Superior» que se quedaron entre sus papeles. Actividades paramatemáticas, como asistir a la proyección, el 7 de mayo de 1956, del dibujo animado sobre la circunferencia osculatriz realizada por De Possel y Jean Pouget. Y, además, una forma de «esclavitud», de la que éste es un bonito ejemplo: el 23 de agosto de 1956, De Possel, de vacaciones en Francia, en Sanary, necesitó urgentemente resolver algunas ecuaciones algebraicas, así que escribió a su ayudante:

> Hoy tengo que pedirle un gran favor. Me faltan por resolver tres ecuaciones numéricas para el envío del concurso [un concurso del ferrocarril]. ¿Podría tratar de resolverlas de modo que tenga la solución antes del 31 de agosto? Si no tiene tiempo, quizá podría llevarse la calculadora a su casa y pedirle ayuda a Josette.

La primera de estas ecuaciones era:

$$0{,}015258\ x^8 + 0{,}11438\ x^7 + 0{,}6324\ x^6 + 2{,}044\ x^5 + 4{,}196\ x^4 + 4{,}320\ x^3 + 4{,}549\ x^2 + 1{,}9128\ x + 1{,}1206 = 0$$

Apasionante, ¿no? Para los lectores no matemáticos, aclaro que esta ecuación (única fórmula matemática presente en este texto) resulta, en efecto, tan poco interesante para un matemático como para ellos. Añado que el profesor resolvió por sí mismo sus ecuaciones y tuvo la delicadeza de avisar por telegrama a su ayudante…

La segunda carta es una carta matemática escrita por él, por mi padre. De todas las condiciones (hija, universitaria, historiadora…) que habré tenido durante la escritura de este texto, la más confortable es la de matemática. Tal vez les parezca evidente, pero para mí fue una auténtica sorpresa. He pasado años de mi vida repitiendo que no quería mezclar mi vida profesional y mi vida privada. Y hete aquí que me encuentro, entre sus papeles matemáticos, como en mi casa. Leo una carta profesional, una carta bastante trivial enviada a un colega, y en esta carta lo encuentro, lo conozco, lo reconozco.

El 4 de octubre de 1956 escribió a Serge Kratchkovsky, un matemático de Riga. Algunos trabajos de Kratchkovsky se citan en dos de las notas de los *Comptes rendus* publicados por mi padre, de modo que no es de extrañar que hayan estado en contacto. Él ya le había escrito el 24 de mayo de 1955, pero esa carta no la he visto. Kratchkovsky le había contestado el 27 de julio de 1955 (aludiendo a esa primera carta) y él respondía a su vez, más de un año después. Conservó una copia en papel carbón, que es la que yo leí. En la misma

camisa, tenía papel con membrete de la «cátedra de Análisis Superior»; cabe imaginar que la carta que recibió su colega estaba mecanografiada en aquel mismo papel:

> Querido colega:
>
> Le pido disculpas por haber tardado tanto en retomar una correspondencia que empezó tan bien; estuve enfermo y, después, tardé mucho tiempo en volver al trabajo, sobre todo debido al ambiente en Argelia, que usted ya conocerá por los periódicos.

Ahí debo detenerme para señalar que es una mentira, una auténtica mentira envuelta en una casi verdad. Tras una primavera difícil, el verano, aquel verano de 1956 del que les hablo aquí, fue agotador. Era la guerra, la guerra de verdad: el PCA había negociado la entrada de algunos de sus militantes en el Ejército de Liberación, y muchos ya habían muerto en combate, como Henri Maillot y sus camaradas del Maquis Rojo en junio. Pero eso no es todo. Los estudiantes beneficiarios de una prórroga, entre los cuales se encontraba mi padre, habían sido requeridos para que reemplazaran, durante las vacaciones, a los reclutas argelinos en sus puestos de trabajo. Él había tratado de que lo eximieran, pues, a fin de cuentas, no sólo era estudiante, sino también profesor, pero el rector se había negado. De dicha negativa se habla en la carta de De Possel (aquella en la que les pedía, a él y a mi madre, que resolvieran sus ecuaciones), el 23 de agosto de 1956. Es la razón por la que trabajaba en el servicio de reparto de la oficina de Correos. Más allá de que fuera un trabajo agotador, hacía mucho calor y sobre todo era, moralmente, «en última instancia», trabajar para el ejército. Al final del verano, estaba exhausto.

El 30 de septiembre, cuatro días antes de que él escribiera aquella carta, el atentado del Milk Bar había marcado, aunque entonces no se supiera, el comienzo de la batalla de Argel. Como la masacre de Philippeville el verano anterior, como las bombas dirigidas a los tranvías argelinos, en los cuales habría podido encontrarse la madre de Albert Camus, la mía o mi abuela, el inadmisible asesinato de civiles por la sola razón de que eran «europeos» añadía su peso a la muerte de camaradas en el maquis, en las batidas *cazamoros* llevadas a cabo por los propios civiles europeos contra los civiles «musulmanes» (moros, moracos, *cabezaturbantes*, ratas) para pudrir el ambiente en Argelia, que él no describía en su carta, pero que era, indudablemente, desalentador.

Sin embargo, no estuvo enfermo, y ni siquiera la fatiga, ni siquiera el ambiente justifican que no hubiera respondido un año antes…

> No he vuelto a ver su nombre en las revistas de análisis: ¿en qué está trabajando actualmente? Sus notas (que le agradezco) me han interesado mucho, en particular la que utiliza cadenas de Jordan infinitas; yo las había utilizado de forma muy diferente en los últimos tiempos.

Kratchkovsky le había enviado separatas de cinco notas publicadas en los *Dokladi* (el equivalente ruso de los *Comptes rendus*), en 1950, 1952, 1953 y 1954. Tres de esas separatas se quedaron entre los papeles de mi padre. Los artículos están en ruso, por supuesto, y he visto, entre los papeles que dejó, retazos de traducciones del ruso escritas por amigos o colegas, y también, en la nota de 1952, la prueba de que él mismo la leyó, seguramente con un diccionario. No sé de qué «revistas de análisis» disponía la biblioteca de la Facultad de Ciencias, el plural parece indicar que recibía las dos, la alemana *Zentralblatt* y la estadounidense *Mathematical Reviews*. La consulta de *Zentralblatt* muestra, en efecto, que Kratchkovsky no publicó nada entre 1954 y 1959 (pero después publicó hasta 1979).

> En las universidades francesas, la costumbre es no publicar las pruebas que forman parte de una tesis doctoral. Sin embargo, pronto podré enviarle una transcripción de mi manuscrito, ya que lo relativo a la tercera nota está casi listo.

¡Ah! Un muchacho de veinticuatro años, que trabaja en una universidad francesa, digamos, apartada, y que se refugia detrás de una «costumbre». Seguramente, De Possel le había aconsejado no enviar demostraciones y darle largas a su correspondiente (¿un competidor potencial?), que había empezado su carta pidiéndole las demostraciones de los teoremas anunciados en la tercera nota (la de febrero de 1955).

> Este año presentaré mi tesis en París. Consta de dos partes, y casi todos los resultados son inéditos; parte de ellos los expuso R. de Possel, mi director, ante el Congreso de Matemáticos Rumanos. Se puede considerar que representa la teoría de Nikolski y de Gohlberg-Atkinson para un espacio vectorial topológico general, o incluso para casos más extendidos.
>
> Una segunda parte estudiará algunas familias T de transformaciones lineales y los conjuntos de puntos de Riesz (era verdad que en mi nota su definición es incorrecta).

Y es que la carta de su correspondiente, además de pedir demostraciones, señalaba un error en la nota de febrero de 1955. La

última, la de mayo de 1957, aludirá a los puntos de Riesz y a la nota de Kratchkovsky de 1952… Añado que no se menciona el error en ninguna de las notas. De Possel participó en el Congreso de Matemáticos Rumanos, que tuvo lugar en Bucarest en mayo de 1956, y presentó allí los resultados de su alumno. No sé si Kratchkovsky recibió esta carta, si estuvo pensando antes de responder, si el anuncio de la muerte de su correspondiente llegó hasta Riga. Lo que sé, que prueba que el mundo de las matemáticas es muy pequeño, es que Kratchkovsky fue el traductor al ruso del libro de topología de Bourbaki: la primera de sus traducciones apareció ende 1959; la última, en 1975. Una especie de *marabout-bout de ficelle*, la cancioncilla infantil cíclica: Audin-De Possel, De Possel-Bourbaki, Bourbaki-Kratchkovsky, Kratchkovsky-Audin.

*

Quizá tras aquel verano terrible de 1956, mi padre escribió a Túnez para informarse sobre un puesto de profesor universitario. Escribo «quizá» porque no he visto esa carta y no conozco su fecha exacta. Pero sí he visto la respuesta de Jean-Marie Souriau, que está fechada el 30 de octubre y en la que se disculpa por no haber contestado inmediatamente. Habla sobre un puesto en Túnez para cuyo desempeño, dice Souriau, sería necesario que estuviera inscrito en la lista de candidatos aptos, lo que pasaría por De Possel y por Pérès, el decano en París, porque Túnez dependía de París en esos asuntos. Presenta datos precisos sobre el puesto, la formación, el salario (entre ciento cuarenta mil y doscientos mil francos) y sobre un puesto para mi madre (se trata de formación secundaria, pero ofrece también un puesto de ayudante).

Para Souriau se trataba claramente de un asunto urgente, ya que al final de la carta escribió: «Su nombramiento administrativo es más urgente que su toma de posesión, que no habría inconveniente en que se produjera a finales de mes». ¿Finales del mes de noviembre, probablemente? La segunda carta de Souriau confirma la urgencia, ya que está datada el 19 de noviembre:

> Querido amigo:
>
> Me sorprende no haber recibido aún noticias suyas; espero que haya recibido mi carta del 30 de octubre.
>
> De cualquier forma, si mantiene usted su candidatura al Instituto [de Altos Estudios de Túnez], he aquí el estado actual de la cuestión: el presidente pedirá su nombramiento al ministro tunecino en cuanto sea posible (el ministro volverá de la India a primeros de diciembre); estaría usted «encargado de

las funciones» de profesor titular a la espera de la defensa de su tesis y de la inscripción en las listas de candidatos aptos (no hay ninguna diferencia económica). Probablemente podría tomar posesión a primeros de enero, al igual que la señora Audin.

Téngame al corriente, se lo ruego, de sus proyectos; quedo a su disposición para cualquier otra información que estime necesaria. Espero sinceramente su próxima colaboración.

Un saludo cordial,

[Firmado] J.-M. Souriau

No sé si mi padre contestó a esta carta y, de ser así, qué contestó, y ni siquiera sé si solicitó la inscripción en la lista de candidatos aptos. Lo cierto es que renunció, renunciaron, a Túnez. Me cuesta percibir con claridad las razones que lo empujaron a informarse sobre este puesto y después a abandonar esta alternativa. La complejidad de la situación en Argel durante el otoño de 1956, con el ambiente al que ya he aludido, su peligrosidad para una familia que pronto tendría tres hijos, los obligó a enfrentarse al deseo de quedarse a vivir en la ciudad que amaban. El hecho de que el partido lo necesitara desempeñó, sin duda, su papel en la decisión que tomaron.

*

En noviembre de 1956 se dirigió a París. Schwartz lo encontró «tímido y frágil», porque también tenemos el testimonio de Laurent Schwartz.

Durante este viaje, tenía una lista de personas a las que ver: por razones políticas (era una misión para el PCA, no sé nada más y ni siquiera es seguro que mi madre supiera algo en aquella época) y por razones científicas (preparar la defensa de su tesis). Si esta visita tuvo lugar en noviembre es porque él había esperado a que terminara el periodo de exámenes en Argel (donde las pruebas de análisis superior se llevaron a cabo el 26 y el 27 de octubre) y a que en París se hubieran iniciado las clases.

Mi madre se acuerda perfectamente de que fue durante los acontecimientos de Hungría, o justo después, cuando mi padre fue a París. Incluso conozco las fechas exactas de ese viaje: se conservan algunos papeles. Eran necesarias dos autorizaciones, que le expidió la prefectura de policía de Argel, una para salir de Argelia y una otra para volver a entrar. Ya se han mencionado: son los documentos de los que he extraído los datos que he utilizado para describirlo. Se extendieron el 12 de noviembre de 1956, y dicen que se marchó el 19 de noviembre (un lunes) y que volvió el 24 (un sábado).

Viajó en avión. Alguien, sin duda su padre, pues mi madre no tenía el permiso de conducir (tenía, en cambio, dos niños en los brazos), lo condujo al aeropuerto de Maison-Blanche, que hoy se llama Dar el-Beida (que quiere decir lo mismo, «casa blanca») y al que por cierto llamaban aeródromo (que también quiere decir lo mismo), pasando por la carretera llamada Moutonnière (que quiere decir que bordea el mar en el que las olas forman cabrillas). El avión era sin duda un DC3, con sus tres hélices, al que subió por una escalera móvil, que se llamaba pasarela, tal vez volviéndose para decir adiós con la mano. ¿Llevaba maleta? Creo acordarme de una pequeña maleta de cartón marrón, con las esquinas reforzadas, que quizá mi madre tenga todavía. En el avión, una azafata repartió caramelos y después sirvió una comida. Llegó a Orly, y después no sé. ¿Cómo se iba de Orly a París en 1956? ¿En autobús? ¿Y el autobús te dejaba dónde? ¿En los Inválidos? ¿En la puerta de Orleans?

*

Al evocar la llegada de mi padre a París, no puedo evitar pensar, por ejemplo, en el papel que desempeña el bulevar Ornano en la búsqueda de Dora Bruder emprendida por Modiano en un libro que ya he citado. Así pues, salí en busca de lugares que nos fueran comunes, al visitante de 1956 y a mí. Sabía que se había hospedado en un hotel del barrio latino. Había empezado a tratar de imaginármelo cuando pasé por la rue de Les Écoles: justo enfrente de lo que hoy se llama plaza Maurice Audin, hay tres hoteles alineados, Quartier Latin, Familia, Minerve. Después encontré, entre sus papeles matemáticos, una tarjeta:

HOTEL GERSON
Máximo confort
Rue de La Sorbonne, 14, 14

Cómo se enteró mi padre de la existencia de este hotel y lo eligió, mi madre lo había olvidado. Entonces encontré otra hoja con la lista de las direcciones de aquellos a quienes debía ver en París. El hotel Gerson aparecía allí, junto al nombre de Alain Buono. Alain ya no se acordaba de la visita de mi padre a París, pero me confirmó que entonces él era profesor de gimnasia en el liceo Henri IV (y futbolista en el PUC) y que vivía en ese hotel, en la rue de La Sorbonne. La homonimia con Alfred Gerson, uno de los pocos comunistas franceses (de Francia, del PCF) que ayudaban al PCA en Argel, no es más que una coincidencia: el hotel llevaba ese nombre por un teólogo de la

Edad Media.

También me había imaginado que encontrar el nombre y, sobre todo, la ubicación de aquel hotel transformaría mi percepción de un barrio que, sin embargo, me era familiar, al igual que la plaza de la Sorbona cambió por completo para mí el día en que mi madre me habló del desconcierto que recordaba haber sentido cuando se encontró ella sola (no hay ninguna duda, tampoco para ella cuando lo piensa, de que no estaba sola, pero a quién le va a extrañar que recuerde haber estado sola) en aquel paisaje desconocido y helado -porque hacía frío-, el 2 de diciembre de 1957, el día de la defensa póstuma de la tesis. Pero no. Aunque la universidad, o en todo caso sus edificios, sigue siendo la universidad, el barrio ha cambiado mucho en estos sesenta años. En el lugar y en el inmueble mismo en que estaba el hotel de «máximo confort» hay un hotel de «cuatro estrellas» que pertenece a una gran cadena internacional. Una noche en la habitación más barata cuesta la séptima parte del salario mensual de un profesor investigador principiante. En la rue de La Sorbonne, uno de mis lugares familiares, sigue estando, en la esquina de la rue de Les Écoles, el inmueble donde había vivido y donde había muerto, cincuenta y cinco años antes, el matemático Charles Hermite, pero seguramente él no sabía nada; y también están las librerías, la de la editorial Hermann, en la que habría podido comprar algún «Bourbaki», la Librairie des Cahiers de Péguy, bajo las placas desgastadas donde se borran los nombres de algunos poetas, y después el ostentoso hotel Mercure. Nada para él, nada para mí. También me imagino que De Possel le dio el nombre de algún café para que fuera a desayunar, quizá el Capoulade, en memoria de las primeras reuniones de Bourbaki en las que él había participado veinte o veinticinco años antes. Pero ¿cómo encontrar su rastro en el reino de la comida rápida y los «trapitos» en que se ha convertido el barrio?

Simplemente no puedo imaginármelo en noviembre en París, porque de él sólo me vienen imágenes en las que lleva camiseta blanca, como en la fotografía en la que lee el periódico, que veo, detrás de una vitrina de la biblioteca, cuando voy a casa de mi madre.

Ni jersey, ni chaqueta ni cazadora, menos aún abrigo. Sin embargo, están las fotos de Autun, en la nieve, con el abrigo del uniforme, la chaqueta del traje de 1947, y la de la foto «Borsalino». Debía de tener también un abrigo, jerséis: en Argel puede hacer bastante frío en invierno, sobre todo en los apartamentos sin calefacción.

Incluso hay una foto donde aparece con una camisa, un jersey y una chaqueta (y mi madre), en la primavera de 1953, en la punta Pescade, quizá el mismo jersey que llevaba en febrero de 1954 cuando se hizo una fotografía con su bebé en brazos. De aquel viaje a París trajo, por cierto, una bufanda a mi madre. ¿Dónde la había comprado,

en los grandes almacenes del Louvre? ¿En la Belle Jardinière? ¿En el Soldat Laboureur? ¿En Printemps?

Y por lo demás, ¿adónde fue él en París, cuáles fueron sus lugares parisinos, cuáles eran los sitios que habría deseado visitar? ¿Los pasajes porque había leído *El aldeano de París*? ¿El museo del Louvre? No tuvo tiempo de hacer turismo, dice mi madre. Pudo admirar Notre-Dame, ciertamente, una Notre-Dame bastante distinta de la de hoy: en aquel entonces, la hermosa piedra blanca era completamente negra. ¿Qué película ponían en el cine Le Panthéon, al otro lado de la rue Soufflot? ¿Y en los siete cines de la rue Champollion? Tampoco debía de haber ido al cine. Seguramente pasó por delante de los carteles de *La belle Arabelle*, una comedia musical que ponían en la Puerta de Saint-Martin en noviembre de 1956.

Mientras escribo esto, se me presentan imágenes en blanco y negro, el café Capoulade, escaparates con libros de viejo bajo las arcadas del Odeón, las rejas del Luxembourg, autobuses con plataforma. También habría exotismo, un exotismo familiar, si se me permite el oxímoron, los huevos duros en el mostrador de zinc, los agujeros en los billetes de metro, hasta el cartel que anunciaba la puesta en marcha del primer metro con ruedas, precisamente el 9 de noviembre de 1956, en la línea Châtelet-Lilas. Me puedo imaginar muy bien el metro de 1956, con sus vagones verdes y rojos (porque había vagones verdes y un vagón rojo) y sus banquetas de madera, pero sigo sin poder imaginármelo a él allí, quizá sencillamente porque me cuesta verlo en un paisaje en color.

Desde luego, lo que he escrito, el hecho de haberlo escrito, modifica también lo que digo de él. ¿Cómo podré, después de estas páginas, subir la rue de La Sorbonne sin oírlo caminar detrás de mí, en zapatillas de tenis y camisa blanca, con su maleta de cartón hervido en la mano?

*

Mi padre había anotado las direcciones de aquellos a los que De Possel le había dicho que fuera a ver:

Cartan, bulevar Jourdan, 95, 14.º, 2.º izquierda, GOB 93-00 (puerta de Orleans)

Laurent Schwartz, avenida Daumesnil, 225, 3.ª planta izquierda DID 05-52 (metro Michel Bizot)

Julia G, rue Traversière 4bis, Versalles, VER 20-05 o Academia

Minou Drouet, rue de Les Moines, 15 (cerca de la plaza Clichy)

MAR 35-16 3.º Izquierda

Instituto H. P., rue Pierre-Curie, Bibl. última planta, ver al Sr. Belgodère

Tres matemáticos… y Minou Drouet, porque De Possel era un admirador de los poemas de la joven prodigio. Esto hace que no sepa si tuvo tiempo de visitar París, ni qué vio, pero que sí sepa que, en efecto, fue a ver a Minou Drouet. Aquí un historiador diría: las fuentes son caprichosas.

Quizá fue en la colina Sainte Geneviève, en el instituto Henri Poincaré, donde vio a Laurent Schwartz y éste lo encontró frágil, como escribió después en su libro de recuerdos. La fragilidad del joven adulto encaja con la falta de coordinación del adolescente, con su incompetencia para las actividades físicas, con la fatiga tras la movilización del verano. Bien puede ser también una reconstrucción por parte de Schwartz, la fragilidad de un joven muerto por tortura, o venir de la «constitución frágil» que Pierre Vidal-Naquet menciona como argumento contra la fábula de la evasión en su libro *L'Affaire Audin* [El caso Audin].

En la biblioteca del instituto Henri Poincaré, donde estaba consultando registros antiguos para otro trabajo en curso, busqué también lo que se había registrado durante aquella semana de noviembre de 1956. Así supe que Henri Cartan fue a la biblioteca el martes 20 de noviembre, porque se llevó un libro. Quizá fue también allí y ese mismo día cuando mi padre se encontró con él, ya que Henri Cartan era uno de los matemáticos a los que debía ver en París. Sé que lo vio: vio a todos aquellos que De Possel le había dicho que viera. Pero quizá fue a su casa, al bulevar Jourdan. No lo sé. Conozco el apartamento donde vivía Henri Cartan, su despacho, y puedo imaginármelo a él, un joven tímido, en aquel paisaje intimidatorio. Pero no sé si fue allí. ¿Por qué Cartan? Probablemente sólo para darle recuerdos de parte de De Possel, o algo más. Laurent Schwartz dice en sus memorias que, de cuantos pelearon por mi padre, él era el único, con De Possel, que lo conocía. Si fue a ver a Cartan, seguramente eso no sea del todo exacto, y además una de sus hijas me dijo que su padre hablaba del mío como de alguien a quien había conocido.

No cabe duda de que De Possel ya había hablado de él y de su tesis a Cartan. Ya lo había mencionado (y como alguien conocido para ambos) en una carta del 12 de febrero:

> Mi querido Cartan:
>
> Te había prometido las demostraciones del teorema de descomposición de Audin relativo a puntos singulares del

espectro. Pienso en ello, pero Audin ha restringido sus hipótesis: más norma para algunas propiedades, y espero que esté listo.

La visita a Gaston Julia fue también una visita de cortesía: Gaston Julia era el académico que comunicaba las notas de todos los alumnos de De Possel, así como las del lógico Roland Fraïssé, cuyo tribunal de tesis había presidido en 1953. Las buenas relaciones de De Possel con Gaston Julia databan del «seminario Julia», en el que De Possel había participado de manera muy activa en los años treinta. Los orígenes de Julia, que había nacido en Argelia (en Sidi Bel Abbès), acrecentaban quizá su interés por la Universidad de Argel, pero eso no lo sé con seguridad. Una de las funciones de esta visita era pedirle a Julia, que había remitido sus cuatro primeras notas a la Academia de Ciencias y que remitiría otras dos en 1957, que presidiera el tribunal de su tesis. Se vieron, aunque de ello no hayan quedado huellas, y no hay duda de que Julia había accedido a su solicitud, o más probablemente a la de De Possel. Pero de la composición del tribunal de su tesis volveré a hablar más adelante.

Sobre todo, mi padre vio a Schwartz, habló de matemáticas con él: ésta era la razón principal de su visita a París. La tesis no estaba del todo lista, dice Schwartz, que añade que el joven tenía prisa y que le habló de la situación política y de su compromiso. También ahí los recuerdos no son más que recuerdos, y Schwartz escribió que fue a finales de la primavera de 1957 cuando mi padre fue a verlo. A diferencia de mi madre, él no tenía un motivo especial para asociar esta visita a los acontecimientos de Hungría, lo que explica su error en la fecha.

*

Los acontecimientos de 1956 en Hungría se desarrollaron en octubre (insurrección, toma del poder por Imre Nagy, formación de consejos obreros) y, después, en noviembre y diciembre (intervención soviética, imposición del régimen). La intervención militar, la represión violenta de un movimiento popular por parte del «gran hermano» comunista marcaron profundamente a los intelectuales franceses (no sólo a ellos, pero de ellos se trata aquí). El desconcierto de los militantes comunistas que habían advertido un comienzo de deshielo tras el vigésimo congreso del PCUS a primeros de año también es inimaginable. Todavía no habíamos llegado al «¿qué hacéis aquí, camaradas?» de Praga, en 1968. En cuanto al clima que reinaba en París, la tensión política, la incertidumbre, el miedo son difíciles de imaginar hoy. En diciembre, Henri Cartan escribió (a André Weil, que

vivía en Estados Unidos) que debido a este clima no había podido trabajar durante un mes y que había pospuesto un viaje a la India previsto para enero de 1957. El 7 de noviembre, unos manifestantes habían prendido fuego a la sede del PCF en el cruce de Châteaudun. Apenas diez días después, mi padre llegó a París: la sede del PCF seguía siendo un bastión asediado, atrincherado, protegido, y al que le costó acceder.

En Argelia la situación también había cambiado después de lo que en un primer momento se llamó «los acontecimientos», el 1 de noviembre de 1954. Aunque no se hubieran interrumpido antes, seguramente los cuadernos de cuentas de mis padres no se habrían percatado del acontecimiento, al igual que habían ignorado la derrota del Ejército francés en Điê . n Biên Phu̓ el 7 de mayo anterior. Hoy todo el mundo sabe que el 1 de noviembre había empezado la guerra de Argelia, que terminaría con la independencia del país. Pero en la época no era así. En particular, el clima, las relaciones entre las comunidades «árabes» y «*pied-noires*» se deterioraron poco a poco y por doquier, incluso dentro de la universidad. Salvo quizá entre los camaradas del PCA, que continuaban soñando «un sueño argelino», el de una Argelia independiente y fraterna en la que todos, *pieds-noirs* y «musulmanes», vivirían juntos, libres e iguales.

1957

25

Enero de 1957. En Argel, la décima división de paracaidistas, comandada por Massu, tiene plenos poderes en materia policial.

«Los tacones de los paracas en las aceras de Argel me dieron la misma impresión que los tacones de las botas alemanas en las aceras de Bayona en 1940», escribió mi abuela en un cuaderno unos meses después.

Las imágenes de archivo que muestran a los paracas con el torso desnudo registrando a los argelinos pillados en las redadas (dieciocho mil detenciones y arrestos, en 1957, entre ellos más de tres mil desapariciones) recuerdan a los jóvenes también con el torso desnudo haciendo deporte en las fotos de propaganda de la escuela militar preparatoria de Hammam Righa. Porque, sí, seguramente en eso acabaron convertidos muchos de aquellos chavales, al menos los que no habían muerto en Indochina…

El 21 de mayo, el gobierno de Guy Mollet había «caído», como se suele decir. Y el 12 de junio, el hombre llamado Bourgès-Maunoury, hasta entonces ministro de Defensa Nacional, y en ese sentido responsable de lo que hacía el ejército en Argelia, por cierto, partidario de una «solución» militar, era nombrado primer ministro por el presidente (que se llamaba René Coty, pero en aquella época pregaullista el presidente era poco importante; además éste no había sido elegido hasta la decimotercera votación).

26

A principios de año, mi padre estaba acabando de escribir su tesis, que versaba, por utilizar las palabras exactas, sobre «los operadores lineales entre espacios vectoriales de dimensión infinita, sus núcleos, sus imágenes».

Gaston Julia ya había remitido a la Academia de Ciencias cuatro notas que mi padre había escrito para anunciar sus nuevos resultados a medida que los iba obteniendo. A ellas se sumaron otras dos en 1957, el 7 de enero y el 27 de mayo, tras la visita a Schwartz (y a Julia) en noviembre. De modo que había seguido demostrando los resultados que constituirían su tesis. Aquellas seis notas aparecieron en los *Comptes rendus de l'Académie des sciences*, en las fechas en que fueron remitidas o unas semanas después, lo que tardó en recibir las pruebas, corregirlas y devolvérselas al impresor.

Abro aquí un paréntesis para apuntar dos detalles. Esto tenía un coste: la nota del 24 de mayo de 1954 figura en el cuaderno de cuentas por la suma de mil setecientos treinta y dos francos (no sé qué contabilizó, las separatas, que no eran gratuitas, pero quizá también el franqueo postal). En cuanto a los plazos de publicación, el más largo es el que media entre la presentación el 26 de septiembre y la publicación el 31 de octubre de 1955 de la nota «Extensión del método de Galois-Hilbert a casos no simétricos»; yo no sabía que el método se llamaba, o se había llamado, así, pero es una generalización de una situación mucho más compleja de un teorema que enseño a mis estudiantes… Quizá las cinco semanas se explican por el nacimiento en ese periodo de mi hermano Louis, el 18 de octubre.

Cerrado este paréntesis, debo señalar que a la publicación de los resultados de estas notas hay que añadir la publicidad que les hacía De Possel. Del 27 de mayo al 4 de junio de 1956 se había celebrado en Bucarest el cuarto Congreso de Matemáticos Rumanos. Una parte de las comunicaciones que se impartieron allí las publicó la *Revue Roumaine de Mathématiques Pures et Appliquées*. René de Possel, que ya he dicho que había participado en este congreso y cuya carta a Kratchkovsky mencionaba la presentación, entregó un breve artículo titulado «Las ecuaciones lineales en un espacio vectorial algebraico topológico y de Banach», cuya introducción empieza así:

> Mi intención es ofrecer un panorama de los principales resultados sobre las ecuaciones lineales obtenidos por Maurice Audin, ayudante en la Facultad de Ciencias de Argel, que trabaja conmigo sobre esas cuestiones. Algunos de estos resultados se han señalado en Notas […]

Sutil, ¿no? Él ha obtenido, él trabaja conmigo: lo bastante sutil como para que W. A. J. Luxemburg, quien reseñó el artículo para el periódico *Mathematical Reviews*, lo entendiera mal:

> *This is a survey of results about linear transformations in topological vector spaces which were obtained by the present author and M. Audin [resultados obtenidos por el presente autor y M.*

Audin] and which were announced previously by M. Audin.

De todas formas, esta reseña no apareció hasta septiembre de 1959, una fecha en la que ya nadie podía ofenderse por el error (las reseñas de las notas de 1957 aparecieron en septiembre de 1957 y junio de 1958, ambas después de la muerte de su autor).

De Possel había hablado también de esos trabajos en el cuarto Congreso de Matemáticos Austriacos en Viena del 17 al 22 de septiembre de 1956. Me enteré en una carta de De Possel a Cartan de la que sólo citaré una frase: «ahora mismo me muero por salir de Argel», lo cual no es realmente una digresión.

Pero volvamos a la tesis de mi padre y a 1957. En febrero, redactó para el «señor J. Leray» (y seguramente le expidió) un resumen de su tesis, doce páginas mecanografiadas de las que había conservado una copia, la que yo vi. En mayo, De Possel estaba en París. Se preocupaba, de lejos, por el examen de análisis superior, dejando que sus colegas que se habían quedado lo elaboraran. Se dirigió a la Academia de Ciencias, se reunió con Julia y Leray, e informó de ello a mi padre en una carta fechada el 29 de mayo:

> Su nota fue entregada el lunes al señor Julia. Estos días recibirá las pruebas. Leray estaba presente, y hemos determinado la composición del tribunal: estará Favard, además de Leray, Julia y yo mismo. Fecha de la defensa: demasiado tarde para este año académico. En el primer trimestre Leray no estará, lo que nos lleva a primeros de enero.

Si bien la tesis y su defensa en diciembre quedaron finalmente asociadas a Laurent Schwartz, es llamativo que en mayo de 1957 De Possel no mencionara a Schwartz en el tribunal. La última nota de mi padre, de la que hablaba De Possel en esta carta, presentada el 27 de mayo de 1957, se publicó en los *Comptes rendus* con fecha de 12 de junio de 1957, excepcionalmente un miércoles, porque el lunes de aquella semana, el 10 de junio, fue lunes de Pentecostés, un día festivo.

Unos días después, el secretario archivero ordenó los manuscritos que venían de la imprenta en el orden en que aparecían en el cuaderno publicado, añadió la correspondencia recibida desde la sesión anterior, en particular la resolución adoptada el 26 de abril por el *Science Council in Japan* para el cese de los ensayos con bombas atómicas y de hidrógeno (aquel día no había demostración de la trisección del ángulo ni ninguna otra carta de algún «desequilibrado», como sucede a menudo), adjuntó las pruebas que había corregido de los *Comptes rendus*, y escribió la fecha de la sesión, 12 de junio de

1957, en un sobre grande, en el que metió todo sin miramientos y que desde entonces conservan los archivos de la Academia de Ciencias.

De esta última nota de mi padre, las separatas llegaron después de su muerte.

No me ha costado nada reunir esta información, habría podido detallar más el contenido del sobre, incluso habría podido citar los nombres de todas las personas que, en la imprenta Gauthier-Villars, compusieron tal o cual página de sus notas… Los archivos de la Academia de Ciencias me son familiares como lugar de trabajo. Ya he consultado muchos documentos allí: he tratado de reconstruir lo que pasó en las sesiones de la Academia de Ciencias durante la Comuna de París, durante la Primera Guerra Mundial o incluso durante la ocupación, cuando se hizo desaparecer a los autores judíos de las publicaciones científicas, he estudiado los archivos de Bourbaki, los de los matemáticos Henri Cartan y André Weil; la carta de mi padre a Kratchkovsky no es la primera carta de un matemático que publico…

Fui una vez más y solicité consultar los sobres de las sesiones durante las cuales habían pasado sus notas (antes había hecho una lista de las fechas de dichas sesiones). Miré y hasta fotografié los «manuscritos» (tan sólo la primera nota estaba efectivamente manuscrita, lo demás eran más bien mecanografiados). Como hago siempre, rellené con cuidado el formulario de «autorización de reproducción», en el que deben declararse los documentos que se han fotografiado. Sentía tan poca legitimidad al consultar y reproducir los documentos que, lo confieso, escribí en el formulario que había fotografiado notas de Bouligand, uno de los matemáticos cuyo nombre tenía delante. Asimismo, a la amistosa pregunta de la responsable «¿y sobre qué trabajas?», contesté amablemente y en realidad sin mentir, pero muy vagamente «¡ah!, todavía los matemáticos del siglo XX…».

La demora (corrección de pruebas, lunes de Pentecostés) hizo que cuando apareció su última nota ya estuviera en manos de los paracaidistas, y quizá, porque no sabemos la fecha exacta en la que el cuaderno salió de la imprenta, y sobre todo no sabemos la fecha exacta de su muerte, quizá fuera ya una publicación póstuma.

Seguramente, las otras veces se había alegrado de ver impreso su trabajo. Quizá había ido a enseñar a sus padres los artículos publicados con su nombre, y seguro que ellos se mostraron felices y orgullosos, seguro que pensaron que, tal como prometió al dejar Autun, de civil lo hacía mucho mejor de lo que lo hubiera hecho de militar. Seguro. Sólo que ni siquiera de eso, que imagino fácilmente, puedo estar segura.

*

De lo que sí estoy segura es de que dijo a su madre, y quizá fueron las últimas palabras que le dijo, al menos eso recordaba ella, que eran pocos los estudiantes que no llevaban un cuchillo o una pistola en el bolsillo, y que cualquier día esperaba recibir una cuchillada por la espalda o un balazo.

27

Las últimas palabras que dijo a mi madre, cuando se lo llevaron los paracaidistas, fueron: «Ocúpate de los niños». Fue el martes 11 de junio.

Las últimas palabras que dijo a Henri Alleg cuando sus torturadores los pusieron cara a cara fueron: «Es duro, Henri». Fue el miércoles 12 de junio.

Sabemos que después habló con Georges Hadjadj y otros prisioneros, pero las palabras exactas que dijo no las conocemos, la fecha tampoco.

28

Era en un edificio en construcción de lo que se llamaba avenida Georges Clemenceau, y que hoy lleva el nombre de Ali Khodja, en El-Biar, donde los paracaidistas torturaban. Inmediatamente después de que el médico que había curado a Paul Caballero hablara, se precipitaron sobre nuestra casa. Fue allí también donde lo llevaron, torturaron y asesinaron.

Más tarde, es decir, mucho tiempo después de que yo supiera que se trataba de un edificio en construcción, me enteré de que lo que llamamos «Drancy», un campo donde muchos franceses judíos esperaron el tren para Auschwitz, era también un grupo de edificios en construcción. Hoy es un barrio habitado, al igual que el edificio de la avenida Ali Khodja es hoy un edificio de viviendas, un edificio vivo, como muestran las fotos que realizó Ernest Pignon-Ernest.

29

Mi abuela se acordaba y lo contó muchas veces, incluso lo escribió en uno de sus cuadernos, que yo había llorado mucho reclamando a mi padre, que estaba «como una loca», y que incluso les había dado patadas a los paracas gritándoles que se fueran de la casa.

Eso me da una dimensión heroica, la chiquilla que no tiene miedo de dar patadas a los malvados paracas, que encaja bastante mal con mis recuerdos. De las patadas a los paracas no me acuerdo, pero no hay razón para no creer lo que dice mi abuela, que no estaba presente pero habló con mi madre. Llorar reclamando a mi padre, eso estoy segura de haberlo hecho, y más de una vez, ciertamente. Si estoy segura de ello es porque tengo un recuerdo muy preciso de una de las veces que pasó. Como no tiene nada de glorioso, mi madre nunca lo ha contado delante de mí, de manera que está intacto, al menos hasta que lo ponga por escrito.

Recuerdo pues una inmensa crisis de sollozos y lágrimas, durante la cual lo reclamaba, y que mi madre acabó por calmar prometiendo llevarme al circo, algo que yo acepté con un poco de vergüenza y mucha satisfacción.

30

Por razones fáciles de entender, el arresto y la desaparición de mi padre crearon inmediatamente una fractura en nuestra familia y volvieron abominables las relaciones familiares. «Así aprenderá», dijo una vecina -que no había digerido el matrimonio civil de mis padres- a mi abuela cuando se enteró de la detención de mi padre. No sé qué dijeron exactamente los demás miembros de la familia, pero no cabe duda de que muchos de ellos pensaron lo mismo. «La indiferencia, la duda, el desprecio o la alegría contenida por el mal que le hicieron a mi querido Maurice», he ahí los sentimientos que mi abuela confesó a una de sus hermanas.

El padre de mi madre, un día que estábamos en su casa, declaró (creo) que mi padre era un imbécil y que bailaría sobre su tumba (de esto creo acordarme, seguramente por la palabra *tumba*, que fue dicha para hacer daño). Mi madre se llevó a sus hijos y no volvimos a verlo jamás. Por eso, y sólo ahora que ya casi he terminado de escribir este texto me doy cuenta, siempre he nombrado a mi abuelo paterno como «mi abuelo», sin pensar nunca en especificar: mis hermanos y yo sólo tuvimos un abuelo.

Mi madre y mis abuelos rompieron, así, con muchos de sus allegados.

Y eso que a mis abuelos, sus padres, les había gustado poco que se

metiera en política, y menos aún que fuera comunista, pero confiaban en él. «Sé que mi hijo sólo ha podido faltar de pensamiento», escribió mi abuela en junio de 1957.

Sus padres, sus hermanas Charlye y Aline, su hermano Jean-Pierre y su cuñado Christian, su cuñada Lucette con su marido, con mi madre y nosotros los niños, era casi todo lo que le quedaba de familia, pero él ya estaba muerto.

31

Los profesores de la Universidad de Argel, de los que había sido alumno y después colega, tampoco se apresuraron a mostrar su solidaridad; mi madre recuerda que sólo uno de ellos fue a visitarla, varias veces, durante el verano de 1957. Fue en París donde tuvo lugar la conclusión de la vida matemática de mi padre, a finales de año.

«Vamos a organizar una "tesis honorífica" para Maurice Audin análoga a las de los prisioneros durante la guerra. El tribunal es el que estaba previsto (Julia, Favard y yo)», escribió Schwartz a mi madre el 5 de octubre. La defensa se celebró el 2 de diciembre de 1957, un lunes, a las diez y media de la mañana, en el gran anfiteatro de la Sorbona. Fue una impresionante manifestación pública. He leído reseñas de ello en la prensa. También he ido recogiendo los recuerdos de algunos de mis colegas de más edad.

El diario *L'Humanité* informó detalladamente sobre la defensa en su edición del día siguiente, el 3 de diciembre, con tres grandes fotos en primera página, una de las cuales mostraba a la multitud de oyentes, entre quienes se podía reconocer a François Mauriac. Decenas de profesores y centenares de estudiantes estaban presentes, escribió el periodista Georges Bouvard en su artículo. Señaló la presencia de muchos matemáticos, entre los cuales nombró a Henri Cartan, Georges Bouligand y Jacques Hadamard, que entonces tenía noventa y dos años. Puede que este último pensara en sus tres hijos asesinados en las dos guerras precedentes y en René Gâteaux, muerto en 1914, antes de haber terminado su tesis, y cuyos trabajos póstumos había dado a conocer, cerca de cuarenta años atrás; puede que también recordara que ya había oído hablar a De Possel sobre los resultados de la tesis en Bucarest un año y medio antes. Albert Châtelet, que se había comprometido contra la guerra de Argelia, contra la tortura, y que unos meses más tarde fue el primer presidente de honor del Comité Maurice Audin, se hallaba presente también. Mi madre y mis abuelos, que habían venido de Argel, estaban en la primera fila.

Sin embargo, no todo se había suspendido, ni siquiera entre los matemáticos, porque, por ejemplo, parece que aquel día el seminario de álgebra se desarrolló con normalidad en el instituto Henri Poincaré, a las once menos cuarto, con una conferencia sobre los «teoremas de transferencia en teoría de anillos».

El tribunal de la tesis estaba constituido por Laurent Schwartz, por supuesto, que había decidido considerar a mi padre como uno de sus alumnos porque había ido a verlo; Jean Favard, que tenía fama de ser un hombre de derechas y que lo presidía; René de Possel, que era el director de la investigación, había tenido la idea de la ceremonia y presentó los trabajos; y Jacques Dixmier.

Al cabo de qué negociaciones, de qué discusiones se había formado ese tribunal seguramente siempre será un misterio. La ausencia de Leray se explica por el hecho de que estaba en Estados Unidos. De la de Julia, que debía presidir el tribunal, como seguía creyendo Schwartz el 5 de octubre, no conozco la razón.

*

El presidente del tribunal empezó preguntando si Maurice Audin estaba en la sala. Ante la ausencia de respuesta, dio la palabra a De Possel. Los presentes escucharon la presentación, algunos recuerdan «un gran momento, muy impresionante», esperaron a que terminaran las deliberaciones y, después, Maurice Audin fue proclamado doctor. Quizá fuera durante dicha proclamación cuando Jean Favard habló de «un talento tanto más valioso cuanto que era muy poco habitual», como recuerda uno de los matemáticos presentes. Hubo un minuto de silencio, de eso también hay fotos en los periódicos, que muestran a mi madre y a mis abuelos durante ese minuto.

Después la gente se disolvió para retomar sus actividades ordinarias. François Mauriac lo escribió su columna, que aparecía en el semanario *L'Express*, seguramente el mismo día; sin embargo, anotó que el acontecimiento había tenido lugar en un anfiteatro de la Academia de Ciencias, lo que prueba que ni siquiera los testimonios inmediatos son más que testimonios, y nos empuja a señalar que la ausencia de Julia hacía que el tribunal no contara con académicos de ciencias. El decano de la Facultad de Ciencias, que era el matemático Joseph Pérès, sin cuyo apoyo no habría podido celebrarse la defensa, dijo al periódico *Le Monde* que se trataba de un «acto pedagógico normal». Muchos matemáticos se acercaron al Instituto Henri Poincaré. Aquel día, aunque era lunes, no había sesión del seminario de Henri Cartan porque también se llevaba a cabo el seminario Bourbaki (en la sala 116, como el seminario de álgebra de la mañana), a las dos y media.

Las matemáticas continuaban. El mismo día, o quizá fuera la víspera o la antevíspera, no he conseguido encontrar ese minúsculo dato, durante aquella sesión del seminario Bourbaki de diciembre de 1957, René Thom presentó la clasificación de las inmersiones que acababa de obtener Stephen Smale. Su presentación fue considerada crucial para comprender la teoría de las inmersiones, y el hermoso teorema de Smale, una de cuyas consecuencias, algo espectacular, es el hecho de que podamos darle la vuelta a la esfera. Este resultado, que había sorprendido y cautivado a más de un matemático, seguro que no habría dejado indiferente a mi padre: al hojear sus papeles, anoté la variedad de sus intereses matemáticos, los ejemplos de ciclos límite -los ciclos límite habrían sido el tema de su «segunda tesis»- y los cálculos de la característica de Euler: uno de los libros que faltaron en la biblioteca de Argel en el cotejo de junio de 1957 es el libro de topología algebraica de Lefschetz.

Laurent Schwartz se había negado a hacer trampas al corregir algunos detalles en el texto que dejó mi padre. Escribió una fe de erratas que se añadió a la tesis cuando fue publicada por las *Publications scientifiques de l'Université d'Alger*. El cuaderno se fechó en junio de 1957.

Antes de crear el diploma, la secretaría le preguntó al decano: «Al haberse defendido la tesis sin la presencia del candidato, ¿debe incluirse esta mención en el diploma?». Y Joseph Pérès contestó «no».

DESPUÉS

32

El 2 de diciembre de 1957, en el mismo momento en que le concedieron el título de doctor, se supo que el premio Goncourt había recaído en Roger Vailland por *La ley*, y el Renaudot, en Michel Butor por *La modificación*. Unos días después, se otorgó el Premio Nobel de Literatura a Albert Camus.

33

En el libro *El primer hombre*, que su muerte en un brutal accidente dejó inacabado, Albert Camus se representa a sí mismo saliendo en busca de su padre asesinado durante la Primera Guerra Mundial. Como las de mis padres, su familia estaba constituida por personas de las que se ha dicho que no tienen historia: pienso en Clémence Janet, la abuela paterna de mi padre, en Adeline Tonolo, su abuela materna, y en Léonie Villari, mi abuela materna, que sólo tenía veinticinco años, también, cuando murió, y de la que los órganos del registro civil de Nantes ni siquiera tienen el certificado de defunción. La familia que describe Camus, la suya, se parece mucho a aquella en la que creció mi madre; un barrio muy popular de Argel, la educación que recibió y el modo en que la recibió, la maestra yendo a casa, insistiendo para que pasara el examen de ingreso en sexto, aquella maestra que fue la única persona ajena a la familia invitada a participar en la «merienda» posterior a la boda de mis padres, los lugares y los personajes son sorprendentemente cercanos a los que Albert Camus cuenta en su libro.

Sin embargo, es a él, a mi padre, a quien más me recuerda ese libro, con un salto de dos generaciones: el padre del narrador murió sin dejar huellas, el mío no dejó sino la huella de su muerte, de su desaparición.

34

La plaza más próxima a los edificios históricos de la Universidad de Argel fue denominada «plaza Audin» en cuanto Argelia se convirtió, como él había deseado, en un país independiente. Cuando en la primavera de 1966 fuimos a visitar en familia el sur de Argelia, dos meses antes de abandonar ese país que, finalmente, no era el nuestro, nos detuvimos en Laghouat. Mi madre, Charlye y Christian aparcaron nuestros dos coches en una calle que descubrimos que se llamaba «rue Maurice-Audin».

En Francia también se le ha dado su nombre a algunos lugares. En 1962, sin embargo, los prefectos de Isère y Aube prohibieron a las ciudades de Échirolles y de Romilly-sur-Seine este tipo de conmemoraciones. Pasó el tiempo y hoy en día hay calles Maurice-Audin en Vaulx-en-Velin, en el Blanc-Mesnil, en Sartrouville, en Saint-Denis, en Sin-le-Noble cerca de Douai, y una plaza Maurice-Audin en París, un paseo en Clichy-sous-Bois y hasta una rue de Le Professeur-Maurice-Audin en Rennes.

Se habla de dar su nombre a liceos, se inauguran placas conmemorativas, residencias, se discuten los títulos: ¿hay que designarlo como militante anticolonialista o como militante comunista? Sutil diferencia que mantienen los que no han olvidado las posturas discutibles del PCF durante la guerra de Argelia. ¿Hay que decir que fue asesinado por el Ejército francés o por los paracaidistas? ¿Hay que decir, por cierto, «asesinado» o «torturado y asesinado»? No se libra de la retórica política que hace de él una víctima emblemática de la barbarie, un militante político y sindical ejemplar, un patriota argelino de origen europeo (sobre todo no olvidemos el origen). Se lo ha instrumentalizado y, últimamente, convertido en un símbolo de la necesaria amistad entre los pueblos de los dos lados del Mediterráneo (no olvidemos deslizar el Mediterráneo entre su país y él).

Y todos estos homenajes confirman su desaparición.

35

Se creó un «Comité Audin» contra la tortura en Argelia, en el que participaron Pierre Vidal-Naquet, Laurent Schwartz y Albert Châtelet, por no nombrar más que a los que ya han aparecido en este libro. Fue la razón de que se instaurara un premio de matemáticas que llevaba su nombre y que se concedió varias veces. Algunos matemáticos contribuyeron con donativos. No hay duda, por ejemplo, de que Henri

Cartan aportó dinero. Si lo menciono a él es porque he visto sus archivos, pero hubo muchos otros.

Puede que sea éste el lugar para señalar que, también aquí, esta historia reciente ha dejado pocas huellas. ¿Quién ha ganado este premio? En el cuadragésimo aniversario de la defensa en 1997, Laurent Schwartz recordó que se había concedido tres veces, primero a Michel Lazard; después, a André Néron y a Jean-Pierre Kahane, y, por último, a Paul-André Meyer y a Pierre Cartier. Gérard Tronel, al refundar el premio en 2004, habló también de Jacques-Louis Lions y de Marcel Berger. Y, efectivamente, Marcel Berger recibió ese premio en 1963, y envió el importe a mi madre para que ella eligiera cómo utilizarlo («para los niños argelinos», sugería). Schwartz dijo que cada premiado recibió cien mil francos (un mes de sueldo); Tronel, que el montante del premio era simbólico, pero quizá no sea una contradicción.

Durante el curso 1963-64, Henri Cartan dedicó su seminario, en colaboración con Laurent Schwartz, al teorema del índice que Atiyah y Singer acababan de demostrar. Este teorema relaciona el índice de un operador (el operador de Dirac) con un invariante topológico de la variedad considerada. El índice de un operador, que mi padre había estudiado en su tesis y que el propio Schwartz no conocía en 1957, como él mismo dijo, estaba de actualidad. Laurent Schwartz incluyó su tesis en la bibliografía de la segunda conferencia que dio, el 21 de octubre de 1963.

Porque soy también matemática y a veces uso teoremas de índice, he tenido la ocasión de citar, en obras matemáticas, la presentación sobre las operaciones con índice que hizo Pierre Grisvard el 3 de febrero de 1964. No me ha costado nada imaginar que Schwartz habría podido pedir a mi padre que hiciera esta presentación.

El éxito del teorema del índice y el empleo intensivo que desde esa época hacen los matemáticos de los operadores elípticos sobre las variedades han hecho que sus trabajos, que forzosamente no evolucionaban, queden anticuados, condenándolos también a ellos a un rápido olvido.

*

> Vista la copia ejecutoria remitida a Nos el veintiséis de septiembre de mil novecientos sesenta y seis, transcribimos aquí la parte dispositiva de un juicio declarativo de fallecimiento con carácter ejecutivo en Francia por sentencia del Tribunal de Primera Instancia del Sena el veintisiete de mayo de mil novecientos sesenta y seis: POR ESTOS

> FUNDAMENTOS declara de obligado cumplimiento en Francia el fallo el primero de junio de mil novecientos sesenta y tres por el Tribunal de Primera Instancia de Argel diciendo que Maurice AUDIN, nacido el catorce de febrero de mil novecientos treinta y dos en Béja (Túnez), hijo de Louis AUDIN y de Alphonsine FORT, falleció en Argel el veintiuno de junio de mil novecientos cincuenta y siete. Ordenar la transcripción de la parte dispositiva del presente juicio sobre los registros de la población del Consulado de Francia en Argel. Transcrito el cinco de octubre de mil novecientos sesenta y seis a las once y treinta horas por Nos, Léon Coviaux, cónsul adjunto al Consulado General de Francia en Argel, Oficial delegado del Registro Civil.

En esta «transcripción» no consta quién lo asesinó. ¿Un torturador alterado? ¿Un ejecutor, como sugiere la investigación reabierta por Nathalie Funès? Más probablemente, el sistema, la arbitrariedad y la tortura, con sus tres mil desaparecidos.

*

Es una coincidencia inquietante que Pierre Vidal-Naquet, cuando habla en sus memorias sobre el periodo de su vida durante el cual militó en el Comité Audin, haya utilizado la misma palabra, «torbellino», que el adolescente de Autun. Para qué preguntarse si habrían sido amigos, ellos, que seguramente no se habrían conocido nunca. En sus memorias, Pierre Vidal-Naquet dice también que se le ha objetado que los tres mil desaparecidos de la batalla de Argel eran «una hora de Auschwitz». Me niego a tratar de comprender qué macabro cálculo puede llevar a un resultado así. Tres mil desaparecidos son tres convoyes llegando a Auschwitz. ¿Qué tres convoyes elegir olvidar?

Las menciones en este texto a Auschwitz y Drancy (a título de indicación, una antesala francesa de Auschwitz) no son fortuitas. Créanme, he sopesado cuidadosamente la mayoría (no me atrevo a decir que cada una) de las palabras que he escrito aquí.

En estos últimos años, he trabajado mucho sobre la historia de los matemáticos en el siglo XX. En particular, he escrito una biografía de Jacques Feldbau, un matemático cuyos trabajos utilizo a veces. Feldbau no había llegado a acabar su tesis en 1943 cuando fue deportado, como judío, a Drancy y después a Auschwitz, en el convoy 60. Sobrevivió a Auschwitz y a su mortal evacuación en enero de 1945, pero murió en un campo alemán justo antes del final de la guerra. En 1958, después de la defensa *in absentia* de mi padre,

algunos de sus amigos tuvieron la idea de organizar para Feldbau una defensa comparable. Era demasiado tarde: no se hizo. Aparte de sus matemáticas, fue una de las primeras cosas que aprendí sobre él. Quizá fuera lo que me decidió a investigar, a hurgar, a registrar otras informaciones, a partir de las cuales escribí un librito sobre sus matemáticas y su vida.

Puede que aquel trabajo fuera para mí, sobre todo, un primer paso hacia este texto. Una manera de relacionar la historia concreta de la desaparición de mi padre (pues su profesión y sus orígenes lo volvieron singular entre la cohorte de desaparecidos de la batalla de Argel) y nuestro duelo particular con una historia colectiva. Alrededor de los millones de dolores individuales que siguieron a las desapariciones de millones de personas en los campos nazis, entre ellas hombres y mujeres tan diferentes como Cyrla Szulewicz (la madre de Georges Perec), Margot y Lucien Vidal-Naquet (los padres de Pierre), Dora Bruder o Jacques Feldbau, hay un duelo colectivo, una memoria histórica que nos han faltado, cuya ausencia sigo sintiendo todavía.

*

Durante mucho tiempo me negué no sólo a hablar de mis recuerdos de infancia, sino a hablar de él. Cuando estaba en el liceo, a veces respondí, a personas que reconocían su apellido en el mío que no, que no había ninguna relación entre nosotros. Traté de mantener mi vida profesional a distancia del hecho de ser su hija. Repetí que el caso Audin era para mí un asunto privado, algo que, por lo demás, no se contradice con lo que escribo aquí.

Simultáneamente, y tampoco es contradictorio, no dejaban de llegarme retazos de información, como huellas que él me hubiera dejado, pequeñas señales que él me hubiera enviado…

Documentos del registro civil, mi propia partida de nacimiento, que examino todos los años acabados en 6 (porque mi identidad francesa comenzó en 1966), cuando la necesito para renovar el carné de identidad; sí, él fue al ayuntamiento el 5 de enero a las diez para registrar mi nacimiento, y sí, firmó el acta (porque en esa época los hospitales no registraban los nacimientos y los padres debían ir a los ayuntamientos).

Cuadernos llenos de matemáticas, un cuaderno entero de fórmulas sobre las funciones elípticas, de los que por supuesto yo no entendía nada; incluso hoy, las veces que utilizo, y hasta enseño, las funciones elípticas, me impresiona el contenido de ese cuaderno.

Desorden, mucho desorden entre sus papeles, un desorden del que

me he sentido cómplice.

Hojas sueltas, conservadas como por azar. En algunas de ellas, incluso encontré modelos de caligrafía que él me había preparado y, aquí o allá, en un cuaderno o en un libro, pruebas con bolígrafo rojo. Porque fue él quien me enseñó a leer y a escribir (por suerte, fui una niña precoz).

Cuadernos repletos de una letra pequeña y apretada, y en los que en ciertos momentos, advertí, usaba tinta azul oscuro. En una especie de complicidad íntima y secreta con él, en el mismo momento en que negaba al mundo exterior nuestro parentesco, adopté la tinta azul oscuro. Su alegre letra recurría a veces a una *d* redondeada, es decir, como aprendí un poco después, la ∂ que los matemáticos utilizan para designar las «derivadas parciales». Puede que él mismo se hubiera inspirado en esa letra, llegué a pensar, pero, ahora lo sé, hay una ∂ en la carta de Hammam Righa y varias en los cuadernos de Autun, antes de los estudios de matemáticas. Adopté también la ∂.

Objetos. El escritorio, el reloj (porque se había ido sin su reloj), que seguramente era el «reloj Maurice» comprado por siete mil doscientos francos el 26 de marzo de 1954, él ya se había acostado (y se había quitado el reloj) cuando vinieron a arrestarlo, la maquinilla eléctrica, incluso el bote de cola blanca se conservan. De adolescente, mi hermano Louis había hecho suyos el reloj y la maquinilla. Yo no recuerdo que hubiera una regla de cálculo. ¿Quizá no la había? ¿Y una tabla de logaritmos? Quizá la Bouvart y Ratinet que utilicé hacia 1972 le había pertenecido, como el diccionario de alemán. Yo estaba, y lo sigo estando, dividida entre la profunda aversión por el fetichismo de esos objetos y el deseo de conservar sus huellas.

*

Y todo lo que decían de él: cariñoso, bueno, trabajador, la inteligencia asesinada, dulce y amable, su frente amplia, su aspecto distinguido, sus manos mágicas, sus capacidades, apasionado por la justicia y la libertad, bueno con todos, un joven luminoso, amabilidad y profundidad, honrado…

*

Sí. Pero también quisiera acordarme de una costumbre, de una expresión, del modo que tenía de llevar tal o cual prenda, de cosas insignificantes, anecdóticas. Me gustaría conocerle defectos.

Sería fácil escribir aquí que me acuerdo de haber ido caminando por la calle con él, con mi vestidito rojo, sería fácil escribirlo porque mi madre dice que me rememora así, pero no, de eso no me acuerdo, porque no puedo obviar todo lo que se ha contado, repetido, congelado. ¿Cómo no iba a acordarme de que le impidió a mi madre que me pusiera *harissa* en la boca (pero ¿realmente ella habría hecho algo así?) por haber dicho una palabrota?, ¿cómo no iba a acordarme después de que ella me lo haya contado tantas veces?

Sería falso decir que no tengo recuerdos de él. Los tengo, me importan y por eso me los guardo para mí.

Me habría resultado fácil decirles que en la calle de Nîmes no tenían teléfono, porque el cuaderno de cuentas de 1954 alude a comunicaciones telefónicas (a treinta francos). Me resulta fácil decirles que en la calle Gustave Flaubert sí teníamos teléfono, e incluso les puedo decir que el número era el 688-95. Este teléfono está indicado en un plano del apartamento que encontré (pero, a diferencia de lo que dicho plano preveía, no estaba en la entrada). Desempeña su pequeño papel en la historia de la ratonera en la que se convirtió aquel apartamento durante los días que siguieron a su detención, de manera que está acreditado por la historia. No me resulta demasiado difícil contarles que, cuando yo quería llamar por teléfono, él hacía el número del reloj parlante y yo escuchaba extasiada, escuchábamos juntos: «a la tercera señal, serán exactamente…», pues, en efecto, me parece recordar que en aquella época no había más que tres «señales».

Me resulta un poco más difícil decirles cuánto lamento la muerte del reloj parlante. Para conservar intactos mis recuerdos, escasos, íntimos, preciosos, fútiles y dolorosos, fugaces y fieles, no escribo más sobre ello aquí.

*

Varios de sus libros de matemáticas están ordenados entre los míos. En algunos lugares, pequeños trozos de papel ya amarillo sobresalen entre las páginas, hay que alisarlos para leer lo que había apuntado y debían de permitirle ir directamente a tal o cual pasaje. Están los dos libros prestados de la biblioteca de la Universidad de Argel y que mi madre había decidido no devolver, para llamar la atención sobre el hecho de que él no estaba allí para entregarlos. Un cotejo, para el que los lectores debían «devolver íntegramente» los libros antes del 13 de junio -algo que él no pudo hacer- se realizó precisamente los días 20, 21 y 22 de junio, mientras lo asesinaban. Este detalle no lo había descubierto hasta que he querido saber: la

circular deambulaba por entre sus papeles y allí se había quedado.

También hay algunos fascículos de Bourbaki y el libro de análisis funcional de Riesz y Nagy, que citó mucho y en el que aprendí, me enseñó… a escribir.

Febrero 2011 - Septiembre 2012

AGRADECIMIENTOS Y FUENTES

Quiero dar las gracias a todos aquéllos y aquéllas que me han ayudado proporcionándome información o leyendo y comentando versiones preliminares de este libro. Por orden alfabético (para simplificar):

Françoise Adam-Cartan, Josette Audin, Pierre Audin, Roland Brasseur, Alain Buono, Charlye Buono, Christian Buono, Michel Buono, Jean Cerf, François Demerliac, Anne F. Garréta, Léon Garréta, Roger Grenier, Marcel Guigon, André Haefliger, Jean Pouget, Claude Sabbah, Juliette Sabbah, Aline Voisin.

PAPELES DE MAURICE AUDIN: cartas de René de Possel a M. A.; carta de M. A. a Kratchkovsky; cuadernos de cuentas; distintos papeles administrativos; dos cartas de Jean-Marie Souriau a M. A. *Documentos familiares*: cuadernos de M. A.; cartas de M. A. a sus padres (1945-55); dos cartas de M. A. a Charlye y Christian Buono (1947-50); plano de Argel de M. y Josette Audin; diario de Alphonsine Audin (1957-58); cartas de Laurent Schwartz a Josette Audin; notas de Alphonsine Audin (1979); recuerdos de Charlye Buono; notas de Josette Audin (dos oleadas); álbumes de fotografías de Josette Audin; papeles de Aline Voisin. *Documentos del registro civil*: extractos de partidas de nacimiento de Jacques, Maurice, Louis, Maurice, Michèle Audin; extracto de partida de defunción de Maurice Audin; libros de familia de Maurice Audin y Clémence Janet, de Louis Audin y Alphonsine Fort. *Documentos de archivos*: el fondo Henri Cartan en los archivos de la Academia de Ciencias; una página del JMO de Autun en 1948, en el Servicio Histórico de la Defensa. *Libros publicados*: Henri Alleg, *La question*, Minuit, París, 1958 [*La question*, y una entrevista de Gilles Martin a Henri Alleg; trad. de Beatriz Morales Bastos, Hiru, Hondarribia, 2010]; Christian Buono, *L'Olivier de Makouda*, Tiresias, París, 1991; Nathalie Funès, *Le Camp de Lodi. Algérie, 1954-1962*, Stock, París, 2012; François Mauriac, *Bloc-notes*, tomo 1, 1952-57, Seuil, París, 1993; Laurent Schwartz, *Un mathématicien aux prises avec le siècle*, Odile Jacob, París, 1997; Pierre Vidal-Naquet, *Mémoires*, Seuil, París, 1989. *Artículos*: Yann de Possel, Jean Pouget, Laurent Schwartz, en «De Bourbaki à la machine à lire. Journée d'hommage à

René de Possel (1905-1974)», Publications de l'Institut Blaise Pascal, París, 1994; Laurent Schwartz, «Commémoration de la thèse de Maurice Audin, assassiné pendant la guerre d'Algérie», *Gazette des Mathématiciens*, vol. 75, 1998; Georges Bouvard, en *L'Humanité* del 3 de diciembre de 1957; Sadek Hadjerès, *Maurice Audin, la torture et les deux rives*, en *L'Humanité* del 27 de mayo de 2004. *Publicaciones matemáticas*: las seis notas de M. A., en los volúmenes 237, 238, 240, 241 y 244 de los *Comptes rendus* (disponibles en el sitio web Gallica de la BNF); su tesis, en las *Publications mathématiques d'Alger* (1957); René de Possel, *Revue roumaine de mathématiques pures et appliquées* (1956); reseñas de estos artículos en *Mathematical Reviews*; Riesz y Nagy, *Analyse fonctionnelle*, Budapest, 1953; Lefschetz, *Topologie algébrique*, Nueva York, 1942. *Y también*: Vladimir Maz'ya y Tatyana Shaposhnikova, *Jacques Hadamard, un mathématicien universel*, traducido del inglés por G. Tronel, EDP-Sciences, 2005 [original: *Jacques Hadamard: a universal mathematician*, London Mathematical Society, Londres, 1999]; Mohamed Rebah, *Des chemins et des hommes*, Mille-Feuilles, Alger, 2009. *Sin olvidar*: Georges Perec, *W ou le souvenir d'enfance*, Denoël, 1975 [*W o el recuerdo de la infancia*, trad. de Alberto Clavería, Península, Barcelona, 1987]; Georges Perec, *Je me souviens*, POL, Hachette, 1978 [*Me acuerdo*, prólogo, trad. y notas de Yolanda Morató, Berenice, Córdoba, 2006]; Albert Camus, *Le premier homme*, Gallimard, 1994 [*El primer hombre*, trad. de Aurora Bernárdez, Tusquets, Barcelona, 1994]; Gustave Flaubert, *L'Éducation sentimentale*, Gallimard, Folio Classique [*La educación sentimental*, varias traducciones]; Claude Simon, *L'acacia*, Minuit, 1989 [*La acacia*, trad. de José Escué, Anagrama, Barcelona, 1991]; Patrick Modiano, *Dora Bruder*, Gallimard, 1997 [*Dora Bruder*, trad. de Marina Pino, Seix Barral, Barcelona, 1999]; Alain Corbin, *Le monde retrouvé de Louis-François Pinagot*, Champs, Flammarion, 1998; Roland Brasseur, *Je me souviens encore mieux de «Je me souviens»*, Le Castor astral, 2003; Michèle Audin, *Fatou, Julia, Montel: le Grand Prix des Sciences mathématiques de 1918, et après*, Springer, 2009; Michèle Audin, *Une histoire de Jacques Feldbau*, Collection T, Société Mathématique de France, 2010; *Correspondance d'Henri Cartan et André Weil*, editada por M. Audin, Documents mathématiques, Société mathématique de France, París, 2011. *La información sobre los seminarios y los miembros de la Sociedad Matemática de Francia*, en el sitio web **http://www.numdam.org**. *Un rêve algérien* [*Un sueño argelino*] (de los militantes del PCA) es el título de la película que Jean-Pierre Lledo dedicó a Henri Alleg. *Sobre los hijos de tropa*: **http://www.lignedemir.net/** para el liceo militar de Autun; la página **http://algerianistesmtp.free.fr/troupe.htm**, en relación con Hammam Righa. *Otros sitios*: los sitios de archivos departamentales del

Ródano y de Saona y Loira para el registro civil; el sitio Le Maitron, **http://maitron.fr**, diccionario biográfico del movimiento obrero, para las noticias biográficas en línea sobre Maurice Audin, Paul Caballero, Albert Châtelet y Alfred Gerson (Sepselevicius); el sitio Mémoire des hommes [Memoria de los hombres del Ejército francés], **http://www.memoiredeshommes.sga.defense.gouv.fr/es/**; los sitios del ejército dedicados a los colegios militares preparatorios.

NOTA DE LAS EDITORAS

«Puede que hayan oído hablar de lo que se conoce como el "caso Audin"», escribe Michèle Audin al inicio del libro, «[…] no es de ese "caso" de lo que quiero hablar aquí. Por lo demás, no veo qué podría añadir a una verdad también breve y brutal: en 1957 Maurice Audin tenía veinticinco años, fue arrestado durante la batalla de Argel, fue torturado por el ejército francés, fue asesinado, se organizó un simulacro de evasión y se hicieron desaparecer las huellas de su muerte, como determinó la investigación que llevó a cabo Pierre Vidal-Naquet entre 1957 y 1958. Nada nuevo aprenderán aquí acerca de dicho caso. Ni el mártir, ni su muerte ni su desaparición son el tema de este libro.»

El caso Audin ha tenido un impacto tan amplio y duradero sobre la sociedad francesa que, seguramente, para un lector de aquel país no sean necesarias demasiadas explicaciones. Sin embargo, creemos de interés para el lector en castellano un pequeño resumen de un crimen de Estado que nunca se ha cerrado ni resuelto del todo y por el que el presidente Emmanuel Macron pidió perdón en 2018, casi sesenta años después de que se produjese. Macron anunció entonces la apertura de los archivos militares a los investigadores independientes, para que estos traten de encontrar los flecos que todavía siguen sueltos. El más importante de esos «flecos» es que el cadáver de Maurice Audin nunca apareció. Su familia no sólo nunca pudo recuperar el cuerpo, sino que tampoco sabe cómo se deshicieron de él sus verdugos.

Maurice Audin fue apresado en su domicilio de la capital argelina por el cuerpo de paracaidistas durante la llamada batalla de Argel, la ofensiva que el ejército francés lanzó, sobre todo en la casba, para tratar de acabar con el Frente de Liberación Nacional (FLN), el movimiento independentista, atrincherado en las callejuelas de la parte vieja de la ciudad. Las tropas francesas, a las órdenes del general Massu, aplicaban la tortura de forma generalizada y recurrían a las desapariciones forzosas. Ésa era la respuesta militar del Estado francés a una oleada de atentados del FLN y al creciente aumento del sentir independentista entre los argelinos. Argelia no era una colonia, sino un departamento francés más. Muchos ciudadanos estaban a favor de

la guerra y de que el Ejército hiciese todo lo necesario -incluso violaciones masivas de derechos humanos en el país que los inventó-, pero muchos otros apoyaban el movimiento independentista, entre ellos Maurice Audin, matemático y militante comunista.

El secuestro tuvo lugar el 11 de junio de 1957 y, diez días después, el Ejército informó a sus allegados de que se había fugado. Nunca volvió a aparecer y ahora se da por hecho que murió a consecuencia de la tortura o que fue ejecutado. Una de las últimas personas en verlo con vida fue el periodista Henri Alleg, detenido y torturado a la vez que Audin, si bien aquél sobrevivió y pudo escribir un libro titulado *La cuestión. La tortura en el corazón de la República*, que en 1958 publicó Les Éditions de Minuit. Alleg explica en el texto que lo detuvieron veinticuatro horas después que a su amigo Audin, y que lo torturó el mismo «equipo» que luego se «ocuparía» de él. Esta editorial, clandestina durante la ocupación nazi, sacó a la luz ese mismo año el libro fundamental sobre la desaparición, cuya repercusión podría compararse con el *Yo acuso*, de Émile Zola, sesenta años antes. El título era *El caso Audin* y su autor fue Pierre Vidal-Naquet (1930-2006), entonces un joven licenciado en estudios helenísticos, que se jugó su incipiente carrera al publicar esta investigación. Vidal-Naquet llegó a ser uno de los grandes helenistas franceses, pero también un intelectual comprometido, de una feroz y valiente independencia intelectual: fue un implacable combatiente del negacionismo de los crímenes nazis -superviviente del Holocausto, sus padres perecieron asesinados en Auschwitz-, pero no dudó en criticar al Estado de Israel.

Las verdades que estableció Vidal-Naquet en su libro son en esencia las mismas que se conocen todavía: que a Maurice Audin lo secuestraron, torturaron y asesinaron, y que toda la historia de su fuga fue un montaje inconsistente. Según su tesis, el matemático falleció el 21 de junio durante una sesión de tortura a manos del teniente Charbonnier, que se jubiló siendo coronel en 1981, y condecorado con la Legión de Honor. Sin embargo, otros oficiales franceses han señalado que ni siquiera se encontraba en ese sector en el momento del asesinato. El silencio cómplice de los militares ha permitido que persevere un siniestro velo sobre la muerte y desaparición de Maurice Audin y que su caso siga abierto todavía hoy.

NOTAS

[1] Traducción de Miguel Salabert, en Albert Camus, *Obras*, vol. 5, ed. de José María Guelbenzu, Alianza, Madrid, 1996.

[2] Traducción de José Antonio Millán Alba, en *Moralistas franceses: máximas, pensamientos y caracteres*, Almuzara, Córdoba, 2008, pág. 625.

[3] El Jardin d'Essais de Hamma, es un jardín botánico de unas treinta y dos hectáreas de extensión, que se encuentra en el barrio de Hamma, en la ciudad de Argel.

[4] Nazim Hikmet, *Antología*, selección, traducción y prólogo de Soliman Salom, Alberto Corazón, Madrid, 1970.